

MONOGRAFÍAS
DE LA
REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS
Exactas
Físicas
Químicas y
Naturales
DE
ZARAGOZA

Nº 45

**El nacimiento de las ideas biológicas
de Félix de Azara: la etapa americana**

Juan Pablo Martínez Rica



2022

© Real Academia de Ciencias de Zaragoza

ISSN: 1132-6360

El nacimiento de las ideas biológicas de Félix de Azara: la etapa americana

Juan Pablo Martínez Rica

Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas, Químicas y Naturales de Zaragoza
jupamatri@gmail.com



Figura 1: Retrato de Félix de Azara por Francisco de Goya. Museo Goya. Colección Ibercaja-Museo Camón Aznar,

Resumen

En este trabajo se analiza la estancia de Félix de Azara en Sudamérica con el fin de rastrear el origen de su interés y dedicación a las ciencias naturales. Se exponen los antecedentes históricos de la misión que llevó a Azara al Nuevo Mundo y que no pudo desempeñar. Se describen sus viajes, sus escritos y sus demás actividades durante los veinte años de su residencia en América, así como sus relaciones con sus colegas y sus subordinados en las partidas de demarcación, y con las autoridades del Virreinato del Río de la Plata. La conclusión principal es que Azara partió para Sudamérica en 1781 sin una formación adecuada en historia natural y, sin el recurso a libros o a otros naturalistas, salió de allí en 1801, con un bagaje científico suficiente, no sólo para la publicación de sus obras sino también para la adquisición de ideas relevantes en los ámbitos de la zoología, la botánica, la ecología, la geografía, la etnografía, la cartografía y otras disciplinas relacionadas con la historia natural.

Abstract

This paper analyzes Félix de Azara's stay in South America in order to trace the origin of his interest and dedication to natural sciences. The historical background of the mission that took Azara to the New World, and that he was unable to carry out, is exposed. His travels, his writings and his other activities for his twenty years in America are described, as well as his relations with his colleagues and his subordinates in the demarcation teams, and with the authorities of the Viceroyalty of the Río de la Plata. The main conclusion is that Azara left for South America in 1781 without adequate training in natural history and, without any help from books or from other scientists, returned to Spain in 1801 with sufficient scientific background, not only for the publication of his works but also for the acquisition of relevant ideas in the fields of zoology, botany, ecology, geography, ethnography, cartography and other disciplines related to natural history.

Introducción

Félix de Azara murió el 20 de Octubre de 1821. Cuando se empieza este artículo han transcurrido apenas unos días desde el que corresponde al bicentenario de su muerte, y por ello el presente escrito es oportuno. Habida cuenta de que normalmente las conmemoraciones de este tipo se extienden por un año entero tras el día de apertura, se ha dispuesto de tiempo suficiente para terminar el trabajo; no con mucho margen, ya que la investigación con base documental es más bien lenta y laboriosa para el autor, pero se ha terminado dentro del plazo, como consta en la nota al pie de esta página. Sirvan así estas páginas como una contribución de la Academia de Ciencias

de Zaragoza al homenaje debido a un aragonés tan ilustre como olvidado en estos tiempos. En efecto, la celebración de este centenario ha transcurrido de forma modesta, como tantas otras actividades que se han visto disminuidas y hasta anuladas por las circunstancias sanitarias de estos años. Además hace ya cinco que falleció Julio Rafael Contreras Forqué, el gran especialista en la vida, la obra y la época de Félix de Azara, y su ausencia es ahora una dificultad adicional para desarrollar cualquier trabajo sobre el personaje que murió hace 200 años. El presente escrito pretende extender uno anterior (MARTÍNEZ RICA, 2008) a lo largo de los veinte años siguientes de la vida de Félix de Azara, es decir, durante los 20 años que pasó en Sudamérica. Estos años cubren el intervalo que media entre su partida para América, en 1781 y su regreso en 1821.

Antecedentes: La frontera hispano-lusa en América

Terminada la reconquista portuguesa en 1249 con la entrada de las tropas del rey Alfonso III en la ciudad de Faro, Portugal queda libre para su expansión marítima, con mucho adelanto sobre España, que no terminaría su propia reconquista hasta 1492. Durante todo el siglo XIV se iniciarían tímidamente las exploraciones del Atlántico próximo a África; genoveses, mallorquines, castellanos y portugueses habían visitado el archipiélago canario durante el siglo XIV, generalmente por iniciativas particulares y desvinculadas de sus respectivos países. En 1344 el papa Clemente VI otorgó la soberanía de las Islas Canarias al infante castellano Luis de la Cerda, no sin las protestas de Portugal, que se mantuvieron hasta finales del siglo XV. Comenzaban así los rifirrafes entre España y Portugal por la posesión de los territorios ultramarinos. En ese siglo –de 1403 a 1496– tiene lugar la conquista de dichas islas, siempre en nombre de Castilla. También en ese siglo, en 1415, sucede la conquista de la ciudad africana de Ceuta por parte de Portugal, que iniciaría de este modo su ciclo de expansión marítima.

Durante el siglo XV, mientras que una España aún sin unificar, liderada por una Castilla que conducía el final de la Reconquista y un Aragón que miraba abiertamente hacia el Mediterráneo, se perdía en luchas intestinas, Portugal iniciaba sus viajes de exploración y conquista, quizás desde la escuela supuestamente fundada en Sagres por el príncipe Enrique el Navegante, quizás, como parecen sostener hoy muchos historiadores portugueses, desde la misma corte de Lisboa (RANDLES, 1993, ROCA-BRUZZO, 2019). El hecho es que la conquista de Ceuta marca la salida para la exploración y conquista de África. Esto era la lógica continuación de la Reconquista tanto para Castilla como para Portugal, toda vez que ambas naciones temían, y no sin razón, futuras incursiones de los benimerines marroquíes.

Pero aunque la conquista de África avanzó con éxito variable¹, la importante derrota del ejército portugués en un intento temprano de conquistar Tánger (1437), frenó los avances lusos por vía terrestre hacia el sur. Sin embargo estos avances prosiguieron por vía marítima, y así, en 1434 Gil de Eanes sobrepasó el Cabo Bojador, a la altura de las Islas Canarias, límite de la costa africana entonces conocida². El avance portugués a lo largo de la costa de África es bien conocido, superando el Cabo Blanco en 1441, el río Senegal en 1444, las islas de Cabo Verde en 1455 y el Cabo de Buena Esperanza en 1487. Este último hito no interesa aquí, pero sí interesa, en cambio, el hecho de que en 1455 y en 1456 los papas Nicolás V y Calixto III otorgaron a Portugal el monopolio de la navegación y el comercio al sur de las Canarias.

Como ya en 1418 los portugueses habían descubierto y en 1424 iniciado la colonización de las deshabitadas islas de Madeira y Porto Santo, y en 1432 Gonçalo Velho Cabral, había desembarcado en las Azores, las disputas por los derechos de navegación se extendieron al Atlántico norte, lejos de las costas de África. Durante años hubo fricciones, con acusaciones reiteradas de los portugueses sobre violaciones de su soberanía marítima. La verdad es que Castilla poco podía hacer en este terreno a causa de sus problemas sucesorios. El conflicto impedía a Castilla ocuparse de exploraciones y conquistas, ni siquiera de terminar la Reconquista luchando con el reino de Granada. Pero tuvo un efecto aún peor al internacionalizarse: en efecto, si vencía Juana ello conllevaría la alianza y probablemente la unión de Castilla y Portugal; si vencía Isabel la alianza y quizás la unión sería entre Castilla y Aragón, con las extensas y ricas posesiones de este último reino en el Mediterráneo. En 1479 la victoria final fue para Isabel y Castilla, aunque Portugal no salió malparada, sino muy beneficiada. Se firmó la paz y se estableció una concordia plasmada en el Tratado de Alçacovas, publicado ese mismo año.

El Tratado de Alçacovas incluía varios artículos encaminados a solventar los problemas derivados de la guerra, entre ellos la asignación de las posesiones respectivas en el Atlántico. España retenía únicamente las Islas Canarias, mientras que Portugal recibió los archipiélagos de Madeira, Azores y Cabo Verde, Guinea con sus minas de oro, el monopolio de la navegación africana al sur de Canarias y el de la conquista del reino de Fez, amén de una indemnización enorme de parte de Castilla. Pero se estableció la paz entre Castilla y Portugal, una paz que se mantuvo, no libre

¹Portugal llegó a establecer 13 fortalezas entre el Estrecho de Gibraltar y Agadir, algunas tan duraderas como la de Tánger, de 1471 a 1661, o Casablanca, entre 1515 y 1775.

²Los reyes de Portugal, quizás por medio de Enrique el Navegante, habían enviado entre 1424 y 1433 quince expediciones para superar ese peligroso cabo, pero la primera en conseguirlo fue la decimosexta, de Gil de Eanes, quien se apartó mucho de la costa, dando un largo rodeo para superar los obstáculos. Esta expedición y las que la precedieron servirían de base para las protestas del rey portugués ante el papa, por asignar éste las Canarias a Castilla.

de tensiones, hasta la llegada a América de Cristóbal Colón. Con todo, el Tratado de Alçacovas estaba abierto a interpretaciones muy diversas, y ello se pondría de relieve con el descubrimiento de América. Especialmente conflictivo era el párrafo del mismo que decía “*y en general todo lo que es hallado e se hallare, conquistase o descubriere en los dichos términos, allende de lo que es hallado ocupado o descubierto, queden a los dichos rey e príncipe de Portugal e a sus reinos, quitando solamente las islas de Canaria*”. Si todo lo que se hallare, salvo las Islas Canarias, debía quedar para Portugal, estaba claro que a este país le correspondía América. Pero si se tiene en cuenta la vaga referencia a “en los dichos términos” (la costa e islas africanas), América debía ser para España.

Las controversias entre España y Portugal acerca de sus respectivos territorios en América se reanudaron, pues, tras el descubrimiento. Colón hizo escala en las Azores al regresar, donde fue detenido y luego un temporal le obligó a recalar en Lisboa antes de regresar a España. Se vio obligado a comunicar al rey de Portugal su descubrimiento, a cuya comunicación respondió el rey portugués protestando enérgicamente, y diciendo “*Que aquella conquista lhe pertencia e que suas eram as terras aonde elle chegára*”. Las reclamaciones de Portugal se hicieron de manera formal en 1493, cuando el embajador portugués visitó en Barcelona a los Reyes Católicos y propuso que el Atlántico se dividiese por el paralelo de Canarias y que los nuevos descubrimientos fuesen asignados a España si estaban al norte de este paralelo y a Portugal si estaban al sur. Por supuesto, los Reyes Católicos siempre sostuvieron que las tierras recién descubiertas les pertenecían, porque la navegación de Colón se había dirigido al oeste y nunca al sur de las Canarias, como lo estipulaba el Tratado de Alçacovas.

Tales discrepancias motivaron de nuevo el recurso a la Santa Sede. La correspondiente intervención dio lugar al Tratado de Tordesillas (1494), que distribuyó entre Portugal y España no ya las islas del Atlántico, sino la totalidad de las tierras por descubrir y conquistar en el globo terrestre. Las cuatro Bulas Alejandrinas emitidas por el papa en 1493 fijaban el límite de separación de las posesiones portuguesas y españolas en el meridiano que discurre cien leguas al oeste de los archipiélagos de Azores y Cabo Verde, y decretaban la excomuniación automática para quien navegase al oeste de dicha línea sin el permiso de los reyes de España. Cien leguas marinas de entonces equivalen a poco más de 550 km, y esta distancia, con la interpretación más favorable de las bulas, dejaba a Portugal sólo con una pequeña extensión de tierra, no mayor que el territorio ibérico de Portugal, a occidente del Cabo San Roque, mientras que la interpretación menos favorable le dejaba sin tierra alguna en el continente americano.

Naturalmente, los portugueses consideraron este reparto que les excluía de América muy desfavorable y reclamaron desplazar la línea divisoria hacia el oeste. Por razones políticas derivadas de los lazos matrimoniales entre las respectivas familias reinantes, los Reyes Católicos aceptaron negociar algunos cambios en las Bulas Alejandrinas, como reclamaba Portugal. Finalmente los acuerdos se concretaron en el Tratado de Tordesillas, que establecía el meridiano de separación a 370 leguas al oeste del archipiélago de Cabo Verde. Aunque menos ambiguo que el de Alçacovas (al designar un solo archipiélago de origen y no dos) el Tratado de Tordesillas seguía manteniendo puntos imprecisos: no se indicaba si el origen de las 370 leguas debía ser el centro del archipiélago o su extremo occidental, se daba una medida de distancia, en lugar de la medida angular de la longitud, que hubiera sido totalmente precisa, pero que no se podía averiguar bien por aquellos tiempos. Tampoco se indicaba el valor de la legua en uso, distinto para diferentes países, aunque puede sobreentenderse que se trata de la legua marina. El método de medida propuesto por el tratado³ deja los pormenores a los procuradores que debían medir de hecho la distancia establecida, pero esa medición nunca se realizó.

La vigencia del Tratado de Tordesillas fue muy fugaz. Portugal situó por su parte la línea divisoria donde según sus geógrafos indicaba el tratado pero mucho más allá de donde la situaban los demás, y como con los conocimientos y los mapas de entonces no se podía rebatir esta decisión, España la aceptó. Con ello el meridiano se situó en el lado sur de la desembocadura del Amazonas, duplicando el territorio portugués hasta abarcar un tercio del actual Brasil, y quedando los dos tercios restantes para España, con la casi totalidad de la cuenca del gran río. Los demás países europeos, y especialmente Francia e Inglaterra ignoraron por completo el tratado, y enviaron desde 1498 sus propias expediciones de descubrimiento, y con la llegada de la reforma protestante, cualquier documento firmado por los papas devino letra muerta para diversas naciones, que establecieron sus colonias al margen de los derechos españoles⁴.

³El tratado dice “*es asentado con los dichos procuradores de ambas las dichas partes, que dentro de diez meses primeros siguientes, contados desde el día de la fecha de esta capitulación, los dichos señores constituyentes hayan de enviar dos o cuatro carabelas, una o dos de cada parte, o más o menos, según se acordare por las dichas partes que sean necesarias, las cuales para el dicho tiempo sean juntas en la isla de Gran Canaria (. . .) Los cuales dichos navíos, todos juntamente continúen su camino a las dichas islas de Cabo Verde, y de ahí tomarán su rota derecha al poniente hasta las dichas trescientas setenta leguas, medidas como las dichas personas acordaren que se deben medir*”

⁴Es conocida la respuesta del rey de Francia, Francisco I, cuando se enteró del reparto hecho por el pontífice: “*Le soleil chauffe pour moi comme pour les autres hommes. Je voudrais bien voir la clause du testament d'Adam qui m'excloit de la répartition du monde et leur laisse tout entier aux espagnols et aux portugais*”

España tuvo fronteras en América con cinco países, pero la más larga, más conflictiva y más importante para la vida de Félix de Azara fue la de las posesiones portuguesas con las españolas. Y esa frontera es, por tanto, la de única de interés para el presente trabajo. La zona más conflictiva fue la que hoy separa el Brasil de Uruguay, Argentina, Paraguay y Bolivia, pero también hubo problemas en la cuenca del Orinoco.

Fue Vicente Yáñez Pinzón, el codescubridor de América con Cristóbal Colón, quien descubrió para los europeos la tierra que luego sería Brasil, así como el río Amazonas, Fue el primer europeo que penetró algo en el continente siguiendo ese río, y el primero que tomaría posesión del territorio para la corona de Castilla. Tres meses más tarde llegaría a la región Alvares Cabral, quien hizo la misma reclamación para Portugal. Pero las reivindicaciones respectivas tenían bases muy distintas: Cabral había desembarcado a unos 13 grados de latitud sur, en un lugar que bautizó como Porto Seguro, mientras que Yáñez Pinzón lo había hecho bastante más al norte, en el puerto de San Agustín, cerca de la desembocadura del río San Francisco; Cabral permaneció 12 días en el lugar de arribada antes de retomar su camino hacia la India, mientras que Vicente Yáñez Pinzón había recorrido durante seis meses toda la costa desde el actual Recife hasta Colombia y las Antillas, descubriendo en el camino la desembocadura del Amazonas y su portentoso caudal⁵; el navegante español realizó una narración detallada de su recorrido y sus descubrimientos, recogida verbalmente por Pedro Mártir de Anglería y por Gonzalo Fernández de Oviedo mientras que Álvares Cabral informó solamente de sus acciones en Puerto Seguro: aguada, obtención de provisiones, contacto con los indios, misa, toma de posesión y erección de una cruz. La limitada acción de Cabral bastó para que los portugueses sostuvieran que había tomado posesión de toda la costa de América del Sur por debajo del Cabo San Roque, pues según ellos dicha costa quedaba totalmente al oriente de la línea de demarcación señalada por el Tratado de Tordesillas.

Pero Portugal acabó reconociendo oficialmente que fue Pedro Alvares Cabral el primero de sus compatriotas que pisó la tierra del futuro Brasil. Por supuesto, ni los navegantes portugueses ni los españoles tenían la menor idea de los viajes a América de los noruegos Leif Ericson y Thorfinn Karlsefni, efectuados cinco siglos antes (THORDARSON, 1930).

En el aspecto geográfico también había diferencias entre España y Portugal, puestas de manifiesto, como hemos visto, después de la firma del Tratado de Tordesillas. Como se ha dicho, el breve y localizado desembarco de Alvares Cabral en Brasil sirvió a los portugueses para reclamar

⁵Yáñez Pinzón declaró que habían notado la salida de agua dulce hacia el mar, en el que dicha agua se adentraba nada menos que 40 leguas (222 km) (MÁRTIR DE ANGLERÍA, 2012)

toda la costa atlántica de Sudamérica. Las disputas continuaron hasta la sustitución del Tratado de Tordesillas en 1750, pero fueron jalonadas por episodios de intensa expansión portuguesa, ya durante la unión de las dos coronas peninsulares, ya mediante la ocupación de hecho y con violencia por parte de las partidas *bandeirantes*.

Los mapas elaborados antes de 1750 siguieron siendo poco fiables principalmente debido a que algunos cartógrafos, siguiendo la idea de Colón sobre las dimensiones de la Tierra, mucho menores que las reales, asignaban también dimensiones menores a los grados de longitud. Aunque el tamaño del globo terrestre y la longitud de un punto determinado de su superficie se pudieron conocer mejor después de los viajes del descubrimiento de América, y sobre todo después de la vuelta al mundo de Magallanes y Elcano, la determinación precisa de la longitud tuvo que esperar hasta 1760, y todavía se publicaron mapas portugueses muy distantes de la realidad en la segunda mitad del siglo XVIII.

El más antiguo de los mapas elaborados tras la firma del Tratado de Tordesillas es el de Jaume Ferrer de Blanes, literato y cartógrafo de la Corona de Aragón. Este mapa de 1495 señalaba ya el meridiano del tratado, haciendo discurrir la línea por el centro del Atlántico, por lo que su mapa es uno de los más favorables para España, pero también de los menos fiables, lo cual es comprensible dado lo precario de los conocimientos sobre longitudes. La oposición de los portugueses al mismo era de esperar, y pronto publicaron sus propios mapas, aunque otros los mantuvieron secretos. Pero rehechos hoy los cálculos de Ferrer y corregidos sus errores sobre las unidades y las dimensiones del globo terrestre, resulta una posición bastante aproximada a la correcta del meridiano en cuestión, posición refrendada por los llamados “peritos de Badajoz y Elvas” (Tomás Durán, Sebastián Gaboto y Juan Vesputio) en 1524 y por Gonzalo Fernández de Oviedo en 1547. Fuera de éstos, el llamado mapa de Cantino de 1502 sitúa el meridiano divisorio algo más al este, favoreciendo a España, mientras que el mapa de Diego Ribeiro, de 1519, lo situó más al oeste, con perjuicio para nuestro país, a $49^{\circ} 45' W$ ⁶. Finalmente, sin duda por el alto nivel científico de este autor (para muchos se trata del primer mapa de América hecho con bases científicas), fue su mapa el que resultó oficialmente elegido como referencia, a pesar de alejarse su meridiano de la posición correcta casi 450 km hacia el oeste. Con todo, durante la segunda mitad del siglo XVI, cartógrafos de gran valía señalaban todavía que el meridiano de Tordesillas debía retrotraerse hacia el este.

⁶Diego Ribeiro era un cosmógrafo portugués, lo que pudiera hacer pensar que su información no era imparcial, pero no fue así, ya que desde 1518 trabajó para la Corona de España como cosmógrafo real, y llegó a adquirir la nacionalidad española.

A pesar de esta elección que debía terminar todas las discusiones, nuevos mapas fueron apareciendo durante los siglos XVI, XVII y XVIII, por ejemplo los de Pedro Nunes (1537), Joao Teixeira (1631 y 1642), o Costa Miranda (1688). Todos estos mapas tienen dos rasgos comunes: sus autores son portugueses, y en ellos el meridiano de Tordesillas no va de norte a sur, sino de sursuroeste a nornordeste, formando un ángulo de 16° y añadiendo a los dominios portugueses toda la costa de Uruguay, Argentina y Chile hasta el Cabo de Hornos. Estos mapas tan exageradamente erróneos fueron criticados por los mismos cartógrafos portugueses, y no se aplicaron en la práctica⁷. Pero todavía fueron invocados en la segunda mitad del siglo XVIII durante las luchas por la Colonia de Sacramento, llegando, por lo tanto, a concernir a Félix de Azara.



Figura 2: Distintas propuestas del trazado del Meridiano de Tordesillas según algunos cartógrafos españoles y portugueses. Las dos líneas blancas corresponden al trazado del meridiano a partir de los conocimientos geodésicos actuales, la más oriental tomando como origen el centro del Archipiélago de Cabo Verde, la otra tomando el punto más occidental de la isla de Santo Antao, en dicho archipiélago. (De Wikipedia, salvo las líneas blancas, calculadas por el autor).

⁷Se ha supuesto (TAUNAY, 1924) que los errores de los cartógrafos lusos no se debieron a parcialidad, sino a que no deducían la orientación de los meridianos mediante la observación de la estrella polar, casi invisible desde Sudamérica, sino mediante la brújula, que no señalaba el polo norte geográfico sino el magnético. En aquellos tiempos no se conocería mucho acerca de la declinación magnética, y se tomaría la dirección marcada por la brújula como la del norte geográfico. En contra de esta explicación se aduce que la declinación había sido ya descubierta por el propio Cristóbal Colon, y era conocida tras su muerte. A favor de la misma milita el hecho de que durante la primera mitad del siglo XVII la declinación magnética en la costa oriental de Sudamérica difería de la orientación de los meridianos precisamente en el ángulo que marcan los mapas incorrectos.

Después del regreso a España de Juan Sebastián Elcano se conocieron con mayor exactitud las dimensiones de la Tierra, y con ello las de los grados de longitud. Sin embargo, a partir de 1580 la delimitación de los dominios españoles y portugueses en ultramar dejó de ser relevante. En efecto, tras la muerte del rey de Portugal Sebastian I en la batalla de Alcazarquivir (1578), acabó heredando el trono portugués el rey Felipe II de España (Felipe I en Portugal), con lo que España se hizo con todas las posesiones portuguesas. Entonces dejaron de tener sentido las disputas sobre límites, aunque Portugal mantuvo sus leyes y usos durante los 60 años que duró la unión, y colonizó con intensidad sus territorios americanos sin hacer demasiado caso de las posibles limitaciones. Por otra parte, la propia corona española asignó a colonos portugueses zonas que anteriormente habían sido españolas, y que fueron retenidas por los colonos lusos después de 1640.

Estas facilidades para la expansión portuguesa, junto con la convicción de algunos grupos de brasileños de que les pertenecía un territorio mucho más grande del que poseían y con la situación geográfica de la ciudad de Sao Paulo, dieron lugar a la aparición de las partidas de *bandeirantes*, que expandirían notablemente las fronteras de su país hasta alcanzar la extensión del Brasil actual. A diferencia de la mayoría de las poblaciones brasileñas, situadas en la costa y por ello abocadas al comercio y la pesca, Sao Paulo estaba situada en lo alto de una pequeña sierra, más al interior, no a mucha distancia de la costa –unos 50 km– pero suficiente como para dificultar a sus habitantes las actividades vinculadas al mar. Por lo tanto los paulistas se dedicaron principalmente a la agricultura y la ganadería, pero el hinterland occidental era muy tentador para los más intrépidos de ellos: inmensamente extenso, casi deshabitado y desde luego no ocupado por sus dueños *de iure*, los españoles, prometía riquezas sin límite, al menos en oro y esclavos indios.

Parece ser que ya desde 1560 tuvieron lugar algunas “entradas”⁸ en el sertao próximo a Sao Paulo, una de ellas protagonizada en 1561 por San José de Anchieta, un jesuita español radicado por entonces cerca de esa ciudad. Pero la primera *bandeira* merecedora del nombre, es decir la primera partida numerosa y armada que se internó en el territorio para guerrear, fue la capitaneada por Jerónimo de Leitao, quien desde 1585, al comienzo de la época de unificación de las coronas española y portuguesa, llevó a su tropa durante seis años hasta unos 730 km de Sao Paulo, en razzias continuas, destruyendo, según los jesuitas españoles, 300 poblados de indios con hasta 30000 almas. El rey Felipe II de España conocía tropelías semejantes a cargo de los paulistas y de sus auxiliares, los indios tupi, acostumbrados al ataque y la rapiña de otras tribus, pero o bien no

⁸El término *entrada* designa aquí toda penetración hacia el interior de Brasil, de algunas o numerosas personas, con fines de exploración, misión, obtención de oro, caza de indios para esclavitud, o simplemente apropiación del territorio.

le importaba demasiado una región tan remota y difícil de colonizar, o bien consideró que daba igual que tales dominios fueran colonizados por sus súbditos portugueses o españoles, ya que en uno u otro caso seguían siendo sus dominios.

Como señala TAUNAY –y también CONTRERAS (2011a), citándole– el siglo XVII es el de apogeo de los *bandeirantes*. El número de incursiones hacia el norte, el oeste o el sur se multiplica, las partidas son mucho más numerosas y organizadas, los centros de origen no se limitan a Sao Paulo y los crecientes rendimientos, sobre todo en indígenas esclavos pero también en oro, son la razón y la consecuencia de este crecimiento. Para empezar, se destaca la asombrosa *bandeira* de Antonio Raposo Tavares, que, iniciada en 1548, recorrió durante tres años 10000 km, a pie y en canoas, desde Sao Paulo a Belem. El segundo volumen de la inmensa obra de CONTRERAS incluye un pequeño mapa esquemático ilustrando las diez principales rutas seguidas por las *bandeiras* más importantes. En el mapa se destaca el largo camino recorrido por la citada expedición que luego se comentará.

Las *bandeiras* estaban formadas por gente variada, normalmente por blancos o criollos portugueses, acompañados, y a veces dirigidos, por hombres de otros países, españoles, franceses, italianos, ingleses o flamencos, y casi siempre acompañados de muchos auxiliares indios, generalmente tupís, que ya estaban acostumbrados a guerrear contra otros indios. A los *bandeirantes* se les suele considerar piratas de tierra, pues sus actividades se centraban en la guerra y la rapiña, pero no eran mirados de ese modo por los brasileños, para quienes representaban partidas de hombres intrépidos, agrupados bajo la *bandeira* de capitanes heroicos. De hecho ellos mismos se veían, no como ladrones, sino como servidores de la corona de Portugal, y en bastantes casos recibieron realmente una Carta Regia de autorización, verdadera patente de corso firmada por el rey de ese país. Allí se les consideraba, pues, corsarios más que piratas, como lo eran los que, en el mar, tenían patentes similares suministradas por las coronas de Francia o Inglaterra. Por supuesto, la mayoría de ellos “trabajaba” por cuenta propia, consideraba que las líneas de demarcación se situaban donde a ellos les convenía, y no hacía ningún caso de tratados, bulas o penas de excomunión, y a menudo ni siquiera de las órdenes de las autoridades lusas. En todo caso pensaban que España les había robado las tierras que les pertenecían y ellos simplemente las recuperaban.

Taunay menciona docenas de partidas de *bandeirantes* entre 1550 y 1750. Como cada partida podía operar durante varios años, y multiplicarse en decenas y aún centenares de trayectos y razzias, el número de incursiones de caza y guerra es enorme. De entre todas las entradas merece

destacarse la antes mencionada partida de Antonio Raposo Tavares. Era éste un portugués que se trasladó a Sudamérica en 1620, radicándose en Sao Paulo. Empezó su primer recorrido en 1628. Con cerca de un millar de colonos y unos 2000 indios tupis como auxiliares, la *bandeira* se dirigió hacia el suroeste, atacando varios poblados indígenas y luego alcanzó la zona española, donde los indios guaraníes ya estaban protegidos en las reducciones de los jesuitas. El ataque fue brutal, mataron a muchas personas y se llevaron 2500 indios guaraníes para venderlos y que sirvieran de mano de obra esclava en las haciendas próximas a Sao Paulo. De paso incorporaron al territorio brasileño amplias regiones pertenecientes a España, y que serían más tarde los estados brasileños de Paraná y Santa Catarina. Cinco años duró esta incursión, que sería seguida por otras dos.

La segunda incursión de Tavares se inició tres años después de su regreso y tuvo el propósito de destruir las reducciones de los jesuitas al sur de Sao Paulo, al sureste del río Uruguay, con lo cual añadió a Brasil lo que sería el actual estado de Rio Grande do Sul. La tercera, ya en 1648, fue la épica gesta de su recorrido de 10000 km por toda la cuenca del Amazonas, de su cruce de los Andes y de sus encuentros con tropas españolas en territorio del Perú. Esta expedición, que llevó a Tavares, junto con unos 200 mercenarios y un millar de indios por los grandes ríos de Sudamérica, hasta entrar en el Perú y alcanzar la costa del Pacífico, para volver después a la cuenca del Amazonas y terminar su periplo en Belem, es tan inmensa que la leyenda la ha envuelto y desfigurado, probablemente exagerándola. Ni siquiera se sabe su duración, que pudo ser de 18 años (AZEVEDO MARQUES, 1953). El hecho conocido es que los restos de la expedición (un 30 % de los blancos y menos de un 1 % de los indios que partieron) acabaron regresando al Sao Paulo, con un Raposo Tavares tan desfigurado que ni sus parientes podían reconocerlo.

Si en el periplo final Raposo Tavares partió con el propósito de arrasarse las reducciones de los jesuitas en el Paraguay, y luego giró hacia el norte y al oeste fue porque en esta ocasión dichas reducciones estaban mejor defendidas y fue necesario buscar nuevos objetivos. En efecto, ante las continuas agresiones de los brasileños, las autoridades locales de España, primero indiferentes, luego preocupadas, empezaron a organizar defensas y a plantear sus quejas ante el virrey, ante el rey, y ante los mismos órganos de gobierno de Portugal. Aunque estas quejas fueron en su mayor parte ineficaces, algunas fueron escuchadas, y las incursiones de los *bandeirantes* encontraron cada vez mayores obstáculos. Pero la resistencia no fue fácil; y si se dificultaron algo las acciones de bandidaje, apenas se logró nada en cuanto a restituciones del terreno robado. Una síntesis de la situación a principios del siglo XVII puede resumirse en la siguiente frase que Juan de Mendoza

y Luna, virrey del Perú, escribió en 1610 al rey de España, Felipe III: “*Nada es tan dificultoso de emprender como quitar un terrón de tierra a la Corona de Portugal y que sea su fin el agregarlo a la de Castilla*”.

Tras la recuperación de la independencia por parte de Portugal en 1640 transcurrieron 28 años en los que se mantuvieron las hostilidades entre ese país y España. Finalmente, en 1668 se firmó el Tratado de Lisboa, por el cual España reconocía la independencia portuguesa. También se comprometían ambas partes a devolver todas las tierras capturadas durante la guerra, pero este punto era difícil de cumplir, porque en ese plazo España consideraba a Portugal y sus posesiones como sujetas a la corona española, y por lo tanto sus conquistas no eran usurpaciones, mientras que Portugal las consideraba sujetas a su propio rey. Otros puntos del tratado, como la libertad mutua de comercio y movimientos se especificaban en el mismo, pero en conjunto éste fue muy favorable para Portugal, en parte porque en aquellos años el rey de España, Carlos II, era menor de edad, y la situación de la corona era muy débil, como se reveló más adelante, al terminar el siglo.

La represión ocasional de las partidas de *bandeirantes* tuvo un efecto colateral pernicioso para España, y fue la reactivación de las reclamaciones portuguesas sobre la costa oriental de Sudamérica. Fruto de esta reactivación fue la campaña emprendida en 1679 por Manuel Lobo, gobernador del Brasil, para hacerse con un trozo de tierra en el lado norte del estuario del Río de la Plata, donde se halla hoy Montevideo. No llevó sus ambiciones más al sur porque Buenos Aires le cerraba el camino, pero atacó la orilla norte con algunos navíos, 400 soldados y unos pocos cañones. No quería enfrentarse a los españoles, sino defenderse de los indios y conseguir una cabeza de puente desde la que más tarde se pudiera ocupar el territorio intermedio y unirlo al Brasil. Fundó allí la Colonia de Sacramento, que pasaría a manos españolas y volvería a las portuguesas en un largo vaivén que duraría hasta después de que la colonia dejara de existir como tal.

El gobernador español de Río de la Plata, José de Garro, una vez cerciorado de la presencia portuguesa, reunió un pequeño ejército y atacó la colonia, tomándola y apresando a Lobo. Poco más de seis meses había durado la ocupación portuguesa, pero Portugal protestó, alegando que el ataque del gobernador de Buenos Aires había sido unilateral, sin la aprobación de España, como si no lo hubiera sido también el de Manuel Lobo. El hecho es que Carlos II dio la razón a los portugueses, y no sólo accedió a devolver a Portugal la Colonia y su armamento, sino que reprobó

la acción de Garro. Este acuerdo, llamado Tratado Provisional de Lisboa, se firmó y ratificó en 1681, pero la plaza no se devolvió a Portugal hasta 1683, de manera que la posesión española fue algo más larga.

De todos modos el tratado provisional no dejó de serlo. La cuestión de la soberanía legal sobre el territorio disputado quedó en el aire, encomendada a una comisión mixta que debía llegar a un acuerdo sobre el tema, remitiéndose al papa en caso de desacuerdo. En tal caso el arbitraje papal debía dar sentencia definitiva en el plazo de un año. Aunque tanto España como Portugal firmaron y ratificaron el tratado, la comisión no alcanzó un acuerdo, y España, cumpliendo con lo previsto, envió un comisario a Roma para participar en el arbitraje. Pero Portugal no lo envió, y el papa, Inocencio XI, en vista de la ausencia portuguesa, renunció al arbitraje una vez transcurrido el plazo⁹.

Como es sabido, a la muerte del rey Carlos II en 1700, España se vio involucrada en el problema de la sucesión, que daría lugar a la guerra de este nombre. En previsión de las consecuencias de la misma los dos países ibéricos reactivaron las negociaciones sobre la soberanía de la Colonia de Sacramento, coronadas en 1701 por un nuevo Tratado de Lisboa, por el que España reconocía la soberanía portuguesa del territorio a cambio del apoyo portugués a la causa de Felipe V. Pero la vigencia de ese tratado fue asimismo breve, pues al cabo de dos años Portugal cambió de postura y decidió apoyar al archiduque Carlos de Austria, con lo que España retiró el mencionado reconocimiento. Los siguientes quince años fueron de guerra, y ninguno de los candidatos a la corona española podía hacer mucho en relación con las fronteras en litigio. Al final resultó victorioso en la sucesión Felipe V, con quien se instauró en el trono de España la dinastía de Borbón. La propia guerra costó a España la pérdida de buena parte de sus posesiones europeas, y también la de sus derechos a la Colonia de Sacramento, pues el tratado de Utrecht otorgó la soberanía una vez más a Portugal. Sin embargo, algunos de los logros ligados al reinado de Felipe V, como fueron el saneamiento de la economía y la reconstrucción de una armada poderosa, frenaron en parte la expansión portuguesa a costa de los territorios españoles. Los tres pactos de familia posteriores, que ligaron los destinos españoles a los de Francia, si bien acarrearón la pérdida (y luego el retorno) de territorios españoles en Norteamérica, y los ataques

⁹La incomparecencia del comisario portugués es un ejemplo más de las tácticas dilatorias empleadas por esta nación para prevenir sentencias o acciones contrarias a sus intereses. Empleó estas tácticas en relación con las fronteras hispano-portuguesas de América en varias ocasiones, entre ellas las relativas al trabajo delimitador de Félix de Azara.

de ingleses y holandeses contra las posesiones españolas y portuguesas en Sudamérica, afectaron poco al trazado de las fronteras hispano-lusas en ese continente, de manera que tales fronteras permanecieron aproximadamente estables hasta 1750, año en que se firmó el tratado de Madrid.

Antecedentes inmediatos: Los tiempos de Azara

Mientras que el Primer Pacto de Familia, firmado por Felipe V de España y Luis XIV de Francia consistió en una alianza de ambos reinos para defenderse de Inglaterra, el segundo, firmado en 1743, si bien tenía los mismos firmantes y los mismos propósitos, se desarrolló de un modo diferente, ya que el nuevo rey de España, Fernando VI, cambió de política. Seguramente por influencia de la reina, la portuguesa Bárbara de Braganza, prefirió un camino de estricta neutralidad entre Francia e Inglaterra, y por lo tanto una mejor relación con Portugal, la perpetua aliada de este último país. Desde 1746, año en que Fernando VI subió al trono, hasta 1750, cuando se firmó el Tratado de Madrid, las posiciones de España fueron aproximándose a las portuguesas, hasta el punto de que dicho Tratado vino a ser una cancelación del Tratado de Tordesillas y una capitulación casi completa ante los deseos de Portugal.

El Tratado de Madrid era muy distinto al de Tordesillas por su propósito esencial, por sus fundamentos jurídicos, por su lenguaje conciliador, por su gestión y por su duración. En cuanto a esta última, fue muy corta: a pesar de los múltiples puntos en que señala que se trata de un documento irrevocable, que pondría paz para siempre entre las coronas de España y Portugal, sólo estuvo en vigor durante once años¹⁰. En 1761 se firmaría el Tratado de El Pardo, que lo revocó, y que marcaría el destino de Félix de Azara. La gestión del Tratado también fue peculiar, pues a diferencia de los anteriores, se tomó en serio, y los distintos puntos que contenía fueron aceptados y ejecutados puntualmente por ambas partes. El lenguaje conciliador se aprecia en casi todos los artículos, aunque es bien sabido que lo que dice el lenguaje diplomático es siempre mucho más suave de lo que quiere decir.

Pero su propósito esencial y sus fundamentos jurídicos son lo que lo aparta de documentos precedentes y lo que lo caracteriza por encima de todo. En la nota a pie 10 ya se alude al objetivo del tratado, establecer de manera explícita, segura y precisa los límites entre las posesiones de España y Portugal, modificándolos antes para fuesen acordes con las leyes aceptadas por ambos

¹⁰ Parte del artículo primero del Tratado recalca la importancia y la perennidad de éste del siguiente modo: “. . . Y en lo futuro no se tratará más de la citada línea (de Tordesillas), ni se podrá usar de este medio para la decisión de cualquiera dificultad que ocurra sobre los límites, sino únicamente de la frontera que se prescribe en los presentes artículos, como regla invariable y mucho menos sujeta a controversias.”

países. En consecuencia, cada país se comprometía a devolver al otro las tierras injustamente arrebatadas, en tal manera que se intercambiasen las tierras arrebatadas con las devueltas. Es por ello que el Tratado de Madrid recibió también el nombre de Tratado de Permuta.

En la práctica solo fueron devueltos unos pocos territorios, ya que se prefirió mantener el “*statu quo*”. Así, el tratado especificaba que los españoles podrían conservar las Islas Filipinas, como también los olvidados archipiélagos de Micronesia –Carolinas, Marianas, Palau– que legalmente hubieran correspondido a Portugal pero que habían sido conquistados y ocupados por España, mientras que a los lusitanos se les permitió conservar la mayor parte de sus anexiones ilegales en Brasil. En las fronteras sudamericanas de ambos países el intercambio de territorios fue muy asimétrico, favoreciendo notablemente a Portugal. Este país entregaba a España la Colonia de Sacramento, y a cambio recibía los territorios del Sur, las misiones de los jesuitas situadas al este del río Uruguay, buena parte de las cuencas de los ríos Ibicuí y Guaporé, el inmenso territorio occidental del río Japurá al Amazonas y el derecho de navegación por otros ríos. Con esta permuta el futuro Brasil alcanzaba casi la extensión que tiene actualmente y que le otorga el quinto lugar por su extensión entre los países del mundo.

El tratado se basó en una interpretación sesgada de un antiguo principio jurídico romano, el “derecho del poseedor”, que no es más que una versión retocada del derecho de conquista: “*quien posee de hecho debe poseer de derecho*”. Roma construyó su imperio basándose en esta norma, la dinastía carolingia sustituyó en Francia a los reyes merovingios aplicando el mismo principio y lo propio han hecho la mayor parte de los países que han ocupado y luego anexionado territorios. En el caso del Tratado de Madrid, como en la mayor parte de los casos en que se ha aplicado este principio, se refiere a una posesión de facto, que debería ser pacífica e incontestada, pero que a menudo, como fue el caso entre las coronas española y portuguesa, no lo fue.

El tratado fue firmado en 1750 por los dos monarcas, Juan V de Portugal y Fernando VI de España, y con la mediación de Inglaterra, que lo suscribió, pero que no lo respetó: si bien renunciaba al “asiento de negros”, es decir, al suministro de esclavos para las colonias sudamericanas, y al privilegio de comerciar en ellas mediante un “barco de permiso”, continuó efectuando estas actividades de forma ilegal y clandestina, además de negarse a devolver a España la colonia de Belize, como lo exigía el tratado. El recorrido de la línea fronteriza comenzó a trazarse sobre el terreno en 1752, pero fue abandonado en 1753 tras el estallido de la llamada “guerra guaraníca”.

Como se ha indicado, España debió ceder a Portugal siete prósperos pueblos guaraníes, surgidos de las reducciones de los jesuitas en la llamada Banda Oriental, el actual Uruguay. Como la legislación española difería de la portuguesa en relación con la esclavitud de los indígenas, legal para Portugal y prohibida en España, claro está que los guaraníes residentes en tales pueblos se negaron a someterse a la soberanía portuguesa, o a seguir la alternativa ofrecida por el Tratado de Madrid de mudarse a territorio español. La rebelión alcanzó proporciones de guerra y los indígenas, con una rudimentaria formación militar suministrada por los jesuitas, debieron enfrentarse a ejércitos portugueses y españoles, más numerosos, más entrenados y mejor armados, que, tras una lucha de casi cuatro años aniquilaron la resistencia indígena¹¹. A pesar de la victoria, probablemente debido al retardo causado por la guerra, ni los pueblos fueron entregados a los portugueses, ni la Colonia de Sacramento a España. La situación permaneció en este impasse hasta la muerte del monarca español en 1759.

Cuando muere Fernando VI le sucede su hermanastro Carlos III. Este monarca, ya bregado en los problemas del gobierno, pues era rey de Nápoles y Sicilia, volvió a cambiar la política española respecto a las fronteras sudamericanas de España y Portugal. Viendo que la actitud contemporizadora hacia Inglaterra y Portugal de su antecesor no había dado otros frutos que el aumento de las agresiones por parte de la primera y el de los ataques y ocupaciones de territorios españoles por parte de la segunda, adoptó una actitud más belicosa.

El monarca español, desde que ascendió al trono, se adhirió al nuevo Pacto de Familia, tercero en el tiempo y encaminado a reforzar la alianza de Francia y España frente a la coalición de Inglaterra y Portugal con otras naciones europeas. Aunque Carlos III no quería recurrir a la guerra hasta que no hubiese concluido la de los Siete Años, que estaba entonces en curso, las presiones de Francia le forzaron a participar en esa contienda en condiciones poco favorables, ya que para entonces ya se podía estimar que el probable vencedor sería la coalición liderada por Inglaterra, y además el ejército español no estaba preparado para una guerra de esa envergadura¹². Junto a

¹¹La guerra guaraníca es la popularizada en la película “La Misión”. A pesar de las necesarias ficciones y licencias históricas, dicha película refleja muy bien el dilema de los jesuitas, que deben obediencia a sus reyes, la resistencia de los guaraníes, y la unión temporal de los ejércitos español y portugués contra un enemigo muy inferior.

¹²La Guerra de los Siete Años mereció el título de “Primera Guerra Mundial” que llevaría la que estalló en 1914, ya que se desarrolló no sólo en distintas naciones europeas, sino también en sus respectivas colonias en América, Asia y África. Principalmente combatieron dos coaliciones, la de Inglaterra, Prusia, Hannover y al final Portugal y Rusia, contra la de Francia, Austria, Suecia, Sajonia y al final España.

las presiones francesas, empujaron a la guerra al rey de España los desprecios de Inglaterra hacia las reclamaciones españolas y la esperanza de recuperar Menorca y Gibraltar, entonces en manos inglesas.

El hecho es que la guerra llevó a España al enfrentamiento armado con Portugal y Gran Bretaña, aunque la declaración de guerra y los primeros ataques partieron de esta última nación. España invadió Portugal, mientras Inglaterra logró tomar La Habana y Manila. También intentó hacerse con Buenos Aires y el Río de la Plata. Pero en este caso debió retirarse sin conseguirlo porque el gobernador de Buenos Aires, Pedro de Ceballos decidió anticiparse y atacar las posesiones portuguesas al norte del estuario. De este modo la Colonia de Sacramento volvió a manos españolas forzando el cumplimiento del Tratado de Madrid. Es más el ejército español resistió en esa ciudad el ataque de la flota combinada luso-británica a comienzos de 1763, manteniendo el control de la fortaleza hasta que los atacantes se retiraron. Poco después se firmaba el Tratado de París, que ponía fin a la Guerra de los Siete Años sancionando la victoria de la coalición anglo-prusiana.

El Tratado de París recogió los cambios de soberanía de los territorios coloniales en los tres continentes. La gran beneficiada en el tratado fue Gran Bretaña, y la gran derrotada fue Francia, que perdió casi todos sus territorios en Norteamérica y en la India, así como la colonia de Senegal. España debió ceder la Florida (que volvería a ser española más tarde), pero recuperó La Habana y Manila además de la isla de Menorca y la Louisiana, que recibió de Francia. Los españoles evacuaron Portugal y devolvieron los territorios recién conquistados al norte del Río de la Plata, incluida la Colonia de Sacramento, que había sido tomada unos meses antes por los soldados de Buenos Aires. Esta situación se mantuvo más o menos hasta la firma del Pacto de San Ildefonso en 1777. Al mismo tiempo, la potencia económica y militar del futuro Brasil con relación a la de las posesiones españolas, iba creciendo, sobre todo a causa de la mayor extensión, que comportaba una mayor población y mayores fuerzas armadas, y también por la aplicación de medidas económicas modernas, impuestas desde la metrópoli con mano férrea por el Marqués de Pombal. El empuje expansionista de la colonia portuguesa, dirigido ahora principalmente hacia el sur y ya no hacia el oeste, se puso de manifiesto en 1763, con el traslado de la capital de la colonia desde San Salvador de Bahía a Rio de Janeiro, casi 10° más al sur. También se crearon compañías comerciales, a imitación de las creadas por Inglaterra y Holanda, para gestionar la conquista y explotación de los territorios meridionales.

En esta situación no faltaron las escaramuzas en las regiones fronterizas con el territorio del Río de la Plata. El año 1776 contempló algunos acontecimientos de gran trascendencia histórica en América, que influyeron notablemente en el devenir de las posesiones españolas en ese continente. A principios de Julio tuvo lugar la declaración de independencia de los Estados Unidos, y en Agosto el rey de España creó el Virreinato del Río de la Plata, que abarcaba los territorios de Argentina, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay. El primer acontecimiento tuvo influencias claras sobre las posesiones españolas, aunque no en la zona del Plata. En el vecino virreinato de Lima se registraron revueltas contra la metrópoli que desembocaron en la rebelión de Tupac Amaru. El segundo, por supuesto, tuvo una influencia directa y mucho mayor. Precisamente ese año los portugueses atacaron a navíos de guerra españoles fondeados en el Río de la Plata, y a los pocos meses llegó la respuesta española: el rey de España, Carlos III, envió una expedición militar a la zona, al mando de Pedro de Ceballos, el mismo que ya en 1762, como gobernador de Buenos Aires, había enviado una fuerza militar que conquistó la Colonia de Sacramento. Ahora mandaba por sí mismo la expedición con fuerzas mucho mayores y con el nombramiento de primer virrey del nuevo virreinato en su haber. La expedición no atacó las posiciones portuguesas próximas, sino que se dirigió hacia el norte, sobrepasando Porto Alegre y atacando la isla de Santa Catarina, la cual tomó haciendo cerca de 4000 prisioneros.

Ese mismo año –tres días después de la ocupación de la isla indicada– murió el rey de Portugal, José I, y tras los correspondientes funerales ocupó el trono portugués la reina María I. Con la muerte del rey su protector, el Marqués de Pombal perdió todo apoyo en la corte, pues la reina María era su acérrima enemiga, y fue obligado a dimitir. La reina puso en marcha también una política más amistosa hacia España¹³, fruto de la cual fueron los Tratados de San Ildefonso (1777) y de El Pardo (1778).

El Tratado de San Ildefonso fue también consecuencia de las victorias conseguidas por los españoles en el terreno disputado. Después de tomar la isla de Santa Catarina, las tropas españolas continuaron la lucha, conquistaron parte de la Colonia de Sacramento, entraron en Montevideo, tomaron San Antonio del Real y ocuparon Santa Teresa para preparar el ataque a Río Grande.

¹³La reina María odiaba intensamente a Pombal a causa del proceso que hizo sufrir a la familia Távora en 1759. Se acusó principalmente al Marqués de Távora de participar en una conjura para matar al rey José, y se hizo morir entre tormentos no sólo al marqués sino a toda su familia, incluyendo parientes lejanos. Luego se demostraría que todos eran inocentes. Además la reina, que era muy piadosa, no vio con buenos ojos la política anticlerical de Pombal, y cuando ascendió al trono cesó y desterró al marqués, prohibiéndole también el acercarse a menos de 20 millas de su persona durante el resto de su vida, y decretando que nadie se atreviese a pronunciar en su presencia el nombre del proscrito.

Ante estas victorias la reina de Portugal no tuvo otra opción que la de sustituir a su embajador en Madrid y encargar al nuevo embajador que negociase la paz. En el tratado, llamado oficialmente “Tratado Preliminar de Límites”, se establecen una vez más los límites entre las posesiones de ambos países en la vecindad del Río de la Plata. España evacuó sus tropas de la isla de Santa Catarina y a cambio recibió no sólo la Colonia de Sacramento, esta vez de forma definitiva, sino también territorios de Misiones disputados en la Guerra Guaranítica, amén de las islas de Fernando Poo y Annobon, frente a las costas de África.

El Tratado de El Pardo, firmado en 1778, tenía el propósito de confirmar el tratado anterior de límites, que como indica su nombre tenía el carácter de preliminar, hacer públicos los artículos secretos de aquel mismo tratado – relativos a la cesión de las islas africanas – y especificar los extremos relativos a la alianza y el comercio entre las dos naciones. Se trata, así, de un tratado de menor relevancia, pero para el presente trabajo la tiene y mucha, pues para dar cumplimiento a lo establecido en cuanto al nuevo trazado de las fronteras, el rey Carlos III expidió la Real Instrucción de 6 de junio de 1778, dictada con la aprobación de las cortes de Madrid y Lisboa, encomendando su ejecución al nuevo virrey del Río de la Plata, don Juan José de Vertiz, quien había sustituido a Pedro de Ceballos. Esta Real Instrucción sería la determinante del viaje y los trabajos de Félix de Azara en Sudamérica, aunque éstos no comenzarían hasta cinco años más tarde.

Antes de la partida

En Marzo de 1778, cuando se firmó el Tratado de El Pardo, el mismo año en que murió Linneo y fue publicado el libro de Lamarck, Félix de Azara era ingeniero militar ordinario, con grado de Capitán de Infantería, destinado en Gerona y ocupado en trabajos de diseño y construcción de fortificaciones o de encauzamiento de ríos. Ni por asomo pensaba en viajar a Sudamérica o en interesarse por la historia natural. Sí pensaba, seguramente, en los problemas derivados de la herida que recibió combatiendo frente a la ciudad de Argel en 1775, que le obligó a una larga convalecencia y que todavía le molestaba (MARTINEZ RICA, 2008). De hecho tuvo una recaída en 1779 que le obligó a apartarse nuevamente del trabajo durante algunos meses. Desde su residencia en Gerona se desplazaba algunas veces a distintas zonas de España, cuando se le necesitaba en obras locales, y así se encontraba en Lérida cuando le sobrevino la recaída, y a Lérida volvió en Noviembre de 1779 al curarse, para reanudar las labores interrumpidas.

Los dos periodos de convalecencia mencionados fueron, quizás los que convirtieron a Azara en un ilustrado, principalmente a través de lecturas y del contacto ocasional con personajes de la cultura aragonesa de entonces. Al menos esa es la opinión de la mayoría de los autores que han tratado el tema (ver relación en el trabajo recién citado). Se ha especulado con las posibilidades de contactos concretos con miembros de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, ya que se afilió a dicha sociedad durante su primera convalecencia, en 1776, pero CONTRERAS (2011a) lo niega rotundamente, basándose en que la afiliación no se debió a su propia iniciativa, sino que le fue solicitada por la Sociedad, y en que su nombre apenas aparece en las actas de las reuniones que mantuvo la Sociedad. Pero si, como afirma SINUÉS (1930), fue reclutado porque ya era un personaje significado entre los ilustrados de Aragón, sólo habría conseguido este carácter mediante contactos directos o epistolares durante sus convalecencias en Barbuñales. Ahora bien, la asistencia frecuente a las reuniones le era muy difícil por razones médicas durante las convalecencias, y por la lejanía de sus destinos cuando se encontraba en activo. En todo caso su posible aprendizaje de las ideas ilustradas no incluiría el de la historia natural, sino más bien temas militares relacionados con las fortificaciones, o bien algunas lecturas históricas, geográficas o económicas.

Antes de la recaída de Azara, durante el año 1778, Juan José de Vértiz, el virrey del Río de la Plata, terminó la propuesta que le había encargado Carlos III para la determinación de los límites, y la sometió al rey para su aprobación, que tuvo lugar en Enero de 1779. Aunque aprobado el proyecto de límites, la composición de las partidas no se había establecido. En las primeras propuestas figuraban cinco comisarios, de los cuales solamente uno, Diego de Alvear, se mantendría en la propuesta definitiva. Pero “las cosas de palacio van despacio”, y aún faltaba mucho para que se crease la Comisión de Límites. A pesar de la aprobación real de la propuesta los trabajos no comenzaron hasta el 10 de enero de 1784, y se conservan sus informes día a día hasta enero de 1790, si bien no finalizaron nunca.

Mientras tanto la herida de Félix de Azara terminó de curarse, y el herido fue ascendido en Septiembre de 1780 a Teniente Coronel de Infantería. Su primer destino tras el ascenso –y el último en España– fue esta vez San Sebastián.

Como se insinúa en el capítulo precedente, la década que comienza en 1781 iba a ser fecunda en acontecimientos importantes para la historia, la cultura, la ciencia, la exploración de otras tierras y la vida de Félix de Azara. Con ella se cierra el trabajo reiteradamente citado de MARTINEZ RICA, y se abandonan las conexiones con Buffon y Linneo, si bien el primero será mencionado

todavía algunas veces en estas páginas. Uno de tales acontecimientos, la Revolución Francesa, comenzó en dicha década, y sus efectos sobre la historia de Europa, y especialmente de España fueron de tal magnitud que ha servido de hito para marcar el comienzo de una nueva edad histórica, la Edad Contemporánea. Por supuesto, muchos cambios en la cultura y en la ciencia europea se gestaron después de esa revolución pero también en años anteriores. Sumariamente se describe la década como de transición entre la época de la ilustración y la de la revolución industrial, y ciertamente contenía elementos de ambas épocas, tanto en relación con la sociedad, como en relación específica con la ciencia y la tecnología.

En estos campos se dieron ciertamente, avances considerables. Por ejemplo, el descubrimiento del planeta Urano por William Herschel en 1781, que puede compararse a los que efectuó Galileo con su mucho más rudimentario anteojo. O el primer paso en la navegación aérea, con los primitivos globos de los hermanos Montgolfier en 1782, mínimo para nuestros días, pero inmenso en sus consecuencias. O el nacimiento de la química cuantitativa con Antoine de Lavoisier, quien también escribió en 1789 el *Traité Élémentaire de Chimie*, considerado el primer libro de texto de la química moderna. Y en relación con libros de gran impacto en la ciencia cabe reseñar el comienzo de la edición de la *Encyclopédie Méthodique*, sucesora de la célebre *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert que tanto peso tuvo en la divulgación de la ciencia de su época¹⁴. Pero también en el terreno de la organización de la ciencia hubo grandes cambios: se crearon nuevas academias de ciencias, nuevas universidades, y en España muchas de las llamadas “sociedades económicas de amigos del país”, dedicadas en gran parte a las reformas económicas y a las ciencias aplicadas. Al mismo tiempo fue cambiando la consideración social de la ciencia, que llegó a constituir un campo de trabajo prestigioso incluso para la nobleza¹⁵.

¹⁴La enciclopedia de Diderot comenzó a publicarse en 1751 y se terminó en 1772, con 28 volúmenes. La *Encyclopédie Méthodique* se inició diez años después de terminada su predecesora, en 1782, y se concluyó en 1832 con 206 volúmenes. Esta titánica empresa difería de la anterior en muchos puntos. En primer lugar la obra era temática y no alfabética, o más bien alfabética dentro de los temas, era mucho más extensa, su ritmo de publicación era más alto, ampliaba, corregía y actualizaba aquella y además suavizaba su radicalidad. Más de mil autores y editores trabajaron en ella. Sólo la parte de botánica, encomendada a Lamarck y a De Candolle, ocupaba 8 volúmenes con más de 5000 páginas. Merece más fama de la que tiene, pero, claro está, presentaba el inconveniente de ser posterior.

¹⁵Un ejemplo interesante y no muy divulgado de estos cambios sociales es el proporcionado por la Princesa Dashkova (Catalina Vorontsova), una figura importante en la corte de la emperatriz rusa Catalina la Grande. En 1783 la Dashkova fue nombrada Directora de la Academia de Ciencias de San Petersburgo, y después, en el mismo año, fue cofundadora y Presidenta de la Academia Imperial Rusa (una institución comparable a la Real Academia Española de la Lengua, pues ella era filóloga). Catalina Vorontsova fue la primera mujer en el mundo que dirigió una academia nacional de ciencias, y una academia de la lengua. También fue la primera mujer extranjera invitada a formar parte de la American Philosophical Society (por Benjamin Franklin), y de la Academia de Ciencias de Suecia.

Por lo que hace a la historia natural, la figura señera seguía siendo Georges Leclerc, el Conde de Buffon. Habiendo sobrevivido a Linneo, Buffon reinaba en solitario sobre las ciencias naturales, y en especial sobre la zoología, si bien trabajó también la botánica, la mineralogía, la física, la química y aún las matemáticas. La gran obra de su vida, la *Histoire Naturelle*, creció hasta quedar casi terminada a finales de la década, constituyendo un monumento científico que sirvió de referencia no sólo para los naturalistas, sino para toda persona culta (y acomodada: ya sabemos que la obra no se hallaba al alcance de todos los bolsillos), durante casi un siglo.

La publicación no quedó concluida, y a ella se fueron añadiendo después de la muerte de Buffon nuevos volúmenes o nuevas ediciones de los ya existentes, debidos a la pluma de sus discípulos y colaboradores. La falta más patente era la de la botánica, ausente en toda la obra, pero que podía compensarse con las obras de Lamarck. Precisamente por sus conocimientos botánicos, manifestados en la publicación de la *Flore Française*, Buffon encargó a Lamarck que se ocupase, junto con otros tutores, de la educación de su único hijo Georges en lo referente a la botánica. Lamarck aceptó el trabajo y al terminar el aprendizaje, en 1781, Buffon premió al maestro y al discípulo con un viaje de estudios generosamente financiado a través de Europa. Visitaron Austria, Hungría, Alemania y Holanda, pero no pudieron pasar a Italia porque el viaje terminó mal a causa de las desavenencias entre tutor y pupilo. Cuando, años más tarde Buffon volvió a enviar a su hijo de viaje a Rusia, ya no permitió que Lamarck le acompañase, y su apoyo al joven botánico disminuyó mucho. Sin embargo, para Lamarck no fue tiempo perdido el viaje incompleto. Durante el mismo se relacionó indirectamente con reyes, embajadores, nobles y científicos, (indirectamente, porque a menudo era sólo el joven Buffon el que hacía las visitas de mayor importancia), visitó jardines botánicos y museos y aumentó sus conocimientos sobre las plantas, alcanzando un nivel que le permitió después redactar parte de los volúmenes de botánica de la *Encyclopédie Méthodique*.

Buffon padre, cuya salud ya era delicada desde hacía bastantes años, continuó trabajando hasta el año de su muerte, 1788. En su propio lecho de muerte escribió a Luis XVI solicitando una vez más que su hijo le sucediera como intendente del *Jardin du Roi*, pero ni siquiera la petición de un moribundo movió al rey. Ni su hijo pudo ocupar el cargo, ni la *Histoire Naturelle* quedó terminada, ni Lamarck recuperó la confianza de su patrón, de manera que su puesto de ayudante se acabó con la vida del mismo. Algunas de estas situaciones se resolvieron feliz o trágicamente mucho después: la gran enciclopedia de los animales sería continuada por los colaboradores y discípulos de Buffon, principalmente Daubenton, Lacepède, Montbéillard, etc., quienes agruparían sus contribuciones

bajo el nombre informal de “*Suites à Buffon*”. Lamarck perdió el salario irregular que le pagaba Buffon, pero, como se ha dicho, empezó a ocuparse de la parte botánica de la *Encyclopédie Méthodique*, lo que le daba unas ganancias muy escasas pero regulares. En cuanto a Buffon hijo, su destino sería mucho más trágico. El estallido de la Revolución Francesa le ilusionó en principio como joven que era, pero, al igual que sucede en todas las revoluciones, ésta acabó devorando a sus propios hijos: Buffon fue arrestado, condenado y guillotinado en 1793, durante el Terror.

La historia natural en España durante la penúltima década del siglo XVIII también se trata en el trabajo precedente de Martínez Rica. Viene marcada por dos acontecimientos importantes, el traslado del Real Jardín Botánico de Madrid desde el Soto de Migas Calientes al Paseo del Prado, y la creación del Real Gabinete de Historia Natural, hoy Museo Nacional de Ciencias Naturales. Ambos persisten hasta hoy, integrados en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y desarrollando un trabajo científico del más alto nivel. El Jardín Botánico se trasladó en 1781, y sus investigaciones propiamente científicas, iniciadas entonces bajo la égida de Casimiro Gómez Ortega, se han comentado ya. En cuanto al Real Gabinete, con el cual Félix de Azara tendría que ver más adelante, también se trata en el trabajo previo ya citado.

Félix de Azara, que no se interesaba entonces por la historia natural, ignoraba probablemente la obra de Buffon antes de su partida para América, aunque su hermano diplomático, José Nicolás, la tenía en su biblioteca. Se ha intentado reconstruir de manera hipotética la biblioteca mucho más pequeña que, de seguro, poseía también Félix de Azara (MONES y KLAPPENBACH, 1997), obteniéndose una supuesta relación de 92 obras que probablemente, o quizás sólo posiblemente, la integraban. Pero aparte de que esta relación no se basa en datos comprobados, tampoco permite inferir cuándo esos libros ingresaron en la biblioteca y mucho menos cuando fueron leídos o consultados, si lo fueron, por Azara. De este esfuerzo reconstructivo sólo resultan tres puntos claros: que Félix de Azara poseía antes de viajar a América una biblioteca que llevaba consigo cuando cambiaba de residencia (manifiesta él mismo que debió dejar sus libros en San Sebastián cuando partió para Lisboa), que en esa biblioteca predominaban los libros relacionados con su profesión de ingeniero militar (CONTRERAS, 2005), y que un libro en concreto, el primer volumen de la obra de WILLIAM BOWLES *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España*, publicado en Madrid en 1775, formó parte de esta biblioteca (sobrevive el ejemplar, en el que figura la indicación “*Propiedad de Don Félix de Azara*”). Pero se ignora qué libros de esa biblioteca fueron transportados después de la partida de Azara a Lisboa, o directamente a Sudamérica, como se ignora si recuperó algunos a su vuelta.

La partida y la llegada

La estancia de Azara en San Sebastián tras su etapa en Cataluña no fue muy larga, duró poco más de un año¹⁶. En este tiempo se ocupó Azara, desde su residencia en el castillo de Monte Urgull, que dominaba la ciudad y sus fortificaciones, en la reparación de estas últimas, tarea que debía efectuarse regularmente, dada la complejidad del conjunto de murallas y baluartes y la frecuencia e intensidad de los ataques que la ciudad había sufrido en el pasado. Esto era consecuencia de la estratégica situación de la plaza, que se había visto sitiada varias veces desde la Edad Media. El último asedio había sido el de 1719, y desde entonces se mantuvo un esfuerzo para el mantenimiento y mejora de las defensas de la ciudad, esfuerzo que sería insuficiente en los asedios sucesivos, a finales de siglo, en las guerras napoleónicas o en las guerras carlistas. Por esta razón todo el sistema de fortificaciones se eliminaría en 1864, pero en 1780, cuando Azara se ocupó de su reparación, era un formidable conjunto de murallas y baluartes cuyo mantenimiento era esencial para el reino de España.

Pero el trabajo de Azara no debió ser muy atrayente, o por algún motivo le cansó. Quizás la vida en un puerto abierto al Atlántico y por lo tanto a los viajes de altura, o el contacto ocasional con algún capitán ilustrado, despertó su interés por la marina. De algún modo dio a conocer ese interés, o incluso pudo solicitar oficialmente su paso a la Armada. El hecho es que antes de acabar el año 1781, cuando se estaba preparando en Madrid la composición de las futuras partidas de demarcación, se sugirió su nombre en sustitución de un capitán de fragata menos competente, señalando precisamente que Azara deseaba pasar a la Armada (CAPEL, 2005).

La decisión sobre su destino le llegó a Azara en forma de una carta de su general, el 5 de Noviembre de 1781. En la carta se le indicaba que debía ponerse en camino hacia Lisboa lo antes posible y presentarse allí al embajador español, quien le informaría de sus obligaciones. Según se desprende del relato de Azara, la carta fue inesperada, y carecía de más indicaciones acerca de su destino, y en particular, sobre su paso a la Armada. En ningún momento indica que él deseaba dicho paso. Partió al día siguiente hacia Lisboa, dejando en San Sebastián su equipaje y

¹⁶Es difícil establecer la cronología de los acontecimientos que determinaron el viaje de Azara a Sudamérica porque los documentos presentan contradicciones cronológicas. Los comisarios elegidos pertenecían todos a la Marina. La sugerencia de que Azara sustituyese a uno de los comisarios ya elegidos procedía del Marqués de Sonora, en una carta al Secretario de Marina, responsable de la selección, fechada el 31 de Julio de 1781. La sugerencia es aceptada posteriormente por el Secretario de Marina, quien así lo escribe después al Conde de Floridablanca (MARTÍNEZ MARTIN, 2005). No se explica, por lo tanto, que la partida de Azara hacia América sea muy anterior, de Enero de 1781, como lo propone la autora citada. Aquí, como en MARTÍNEZ RICA (2008), siguiendo a CONTRERAS, se ha optado por retrasar un año la partida.

sus libros. Hizo el viaje por tierra, lo que le llevó poco más de tres semanas llegando a Lisboa el 29 de Noviembre (VARELA, 1781)¹⁷. Dos días antes habían llegado algunos marinos españoles con la misma misión, concretamente José Varela y Ulloa, Diego de Alvear y Juan Francisco de Aguirre, quienes venían de la Escuela de Guardiamarinas de Cádiz y habían viajado por mar hasta el Puerto de Santa María, y de allí, por tierra, hasta Lisboa.

Una vez en Lisboa, el embajador español, que era entonces Carlos Gutiérrez de los Ríos¹⁸, suministró a Azara alguna información adicional. Debía embarcar para Buenos Aires junto con los otros viajeros recientemente llegados de Cádiz, José Varela y Ulloa, capitán de navío, y otros dos oficiales de marina, Diego de Alvear¹⁹ y Francisco de Aguirre, y debían hacerlo cuanto antes y en un navío portugués, ya que hacerlo en uno español era arriesgado, por estar entonces en guerra España e Inglaterra. Una vez en Buenos Aires el virrey les informaría sobre su misión y les proporcionaría los medios de llevarla a cabo. El capitán Varela y los otros dos oficiales llevaban consigo distintos instrumentos astronómicos para su trabajo y Varela recibió además del embajador algunos despachos que no debían abrirse hasta pasar el ecuador.

El primer barco portugués que pudieron encontrar, la fragata Santísimo Sacramento, al mando del capitán Torcuato da Silva, no iba a Buenos Aires sino a Río de Janeiro, y en ella se embarcaron los expedicionarios el día 23 de Enero. Por lo tanto permanecieron en Lisboa casi dos meses, tiempo más que suficiente para que Azara pudiera recibir los libros y pertenencias que había dejado en San Sebastian. Sin embargo en distintos puntos de sus escritos posteriores señala que sus trabajos ulteriores en Sudamérica debió llevarlos a cabo sin libros. Sí tuvo tiempo, por supuesto, de averiguar algunos detalles más sobre su misión de demarcación de límites, suministrados por

¹⁷El viaje de Azara desde San Sebastián a Lisboa ha sido objeto de debate en cuanto a las fechas y lugares, debido a que BREZZO (2003) indica que su reunión con los demás viajeros habría tenido lugar en Cádiz, desde donde todos se habrían trasladado hasta Lisboa. CONTRERAS (2011a) señala que este dato contradice los de otros autores, y se apoya en una lectura cuidadosa del diario de AGUIRRE (1905) para mantener la ruta y fechas tradicionales. Además de AGUIRRE, que es muy claro en las fechas, existe otro documento, el de la cita adjunta, de puño y letra del propio VARELA, que da los datos correctos recogidos aquí.

¹⁸Curiosamente el embajador tenía la misma edad que Félix de Azara, y como él, había combatido y había sido herido en el desembarco de Argel. Por su pertenencia a la alta nobleza tenía un grado superior al de Azara, y llegaría a ser mariscal.

¹⁹Algunos autores sostienen que Diego de Alvear no iba en ese viaje, ya que había permanecido en Buenos Aires desde 1774, cuando llegó para participar en las luchas por la Colonia de Sacramento, anteriormente comentadas. El oficial que habría acompañado a Azara en el viaje sería Rosendo Rico, un teniente de navío que trabajaba a las órdenes de José Varela. Por cierto Juan Francisco de Aguirre también había combatido en Argel, como Varela, Azara y el embajador español.

Varela, que estaba al mando del grupo y por ello mejor informado. Y conocería también la ciudad, primera que pisaba fuera de España, pues en el desgraciado desembarco de Argel los españoles no lograron pasar de la playa²⁰.

La navegación desde Lisboa a Rio de Janeiro es directa con rumbo SSW, y pasando por distintas islas: Canarias, Cabo Verde, San Pedro y San Pablo y Fernando de Noronha, todas, salvo las Canarias pertenecientes a Portugal. No constan incidentes, por parte de Azara, a lo largo de la navegación, ni escalas en las islas del camino, pero el diario de Aguirre, mucho más detallado, sí relata los pormenores de la travesía. A la altura de los escollos de San Pedro y San Pablo, que están cerca del ecuador, Varela entregó a Félix de Azara su despacho, en el que se le incorporaba a la Armada con el grado de Capitán de Fragata. No se trataba de un ascenso, como han supuesto algunos autores, porque ese grado era equivalente al que tenía en el Ejército de Tierra. Al comentar el evento, Azara indica que era la voluntad del rey que todos los comisionados perteneciesen a la Marina, sin aludir para nada a su posible solicitud. Más adelante, ya en Sudamérica, sería ascendido a Capitán de Navío, el equivalente al grado militar de Coronel.

En realidad no es fácil explicar la elección de Félix de Azara para una comisión de este tipo. Si tales comisiones debían estar integradas por oficiales de marina, como lo había estado la comisión de Iturriaga en el Orinoco, lo más sencillo hubiera sido ignorar la petición, si la había, o ignorar al sujeto si no la había, en lugar de forzar la situación pasando a Azara a la Marina para homogeneizar la composición del grupo. En segundo lugar, no se trataba de ocupar una plaza secundaria, sino una plaza de Comisario, la máxima autoridad en una partida de demarcación, como lo eran Varela o Alvear. Pero éstos tenían o un grado militar más alto que Azara (caso de Varela) o una mayor experiencia en topografía y cartografía (caso de Alvear): Varela había fijado la posición y descrito las condiciones de diversas islas españolas en el Golfo de Guinea y Alvear lo había hecho en localidades del Virreinato de la Plata. La situación para Azara era similar a la de Rosendo Rico, que era sólo teniente de fragata en el momento del viaje, un grado inferior al de Azara, pero ya perteneciente a la Marina. De hecho, Rico tenía un valedor importante para ocupar el cargo de Comisario, y era el mismo José Varela, quien le había propuesto oficialmente para dicho cargo como Comisario de la 3ª Partida. Pero su propuesta fue desestimada, la jefatura de la 3ª Partida se le dio a Azara y Rico debió conformarse con ser Subcomisario de la 1ª Partida, la dirigida precisamente por su protector Varela.

²⁰AZARA no da detalles sobre Lisboa, como tampoco sobre la navegación hacia Sudamérica o sobre Rio de Janeiro. Para estos puntos es necesario recurrir al Diario de AGUIRRE, el más extenso de los llevados por los expedicionarios, y fiable en general, a pesar de las críticas de GROUSSAC 1905).

A no ser que Azara dispusiese de un valedor muy poderoso en la corte²¹, sólo cabe una explicación de lo sucedido, y esta explicación revela un rasgo muy importante de la personalidad de Félix de Azara, su gran competencia profesional, que había sido notada y registrada en las altas esferas del estado y concretamente en la Secretaría de Marina. Los cruces de comentarios acerca de las competencias de Azara y las incompetencias de aquel a quien sustituyó y cuyo nombre, naturalmente, se ha silenciado, son indicativos al respecto:

“... que dicho sujeto era un ignorante y no podríamos sacar ningún partido de él ...”

“... que en lugar de uno de los capitanes de fragata que ahora están en la Armada pudiera ir el teniente coronel D. Félix de Azara, que pretende pasar a Marina. Es del Cuerpo de Ingenieros, y que con su habilidad puede ser útil a la división y para levantar los planos”, (en CAPEL, 2005)

“... deben ser individuos que hayan dado pruebas de saber astronomía práctica y de tener gran conocimiento de geografía” (GONZÁLEZ DE CASTEJÓN, en MARTÍNEZ MARTÍN, 2005)

“... que fuera D. Félix de Azara, que solicita pasará a la Marina desde el Cuerpo de Ingenieros en que sirve, y de cuya habilidad podemos sacar utilidad empleándole en la división de terrenos y en levantar los planos necesarios” (GALVES, en MARTÍNEZ MARTÍN, 2005)

“... D. Félix de Azara sustituye al cuarto comisario con reflexión a su utilidad, como VE me expresa” GONZÁLEZ DE CASTEJÓN, en MARTÍNEZ MARTÍN, 2005)

La travesía duró 46 días, y el 11 de Marzo de 1782 llegaron los expedicionarios a Río de Janeiro. Que Azara callase los detalles de su primer viaje transatlántico no sorprende mucho, pero que no parezca afectado por el súbito descubrimiento de la naturaleza tropical es menos comprensible. En comparación con los paisajes más duros y recios de su Aragón natal, o incluso los algo más suaves de las Islas Baleares, donde también trabajó, la llegada al puerto de Río de Janeiro es tan espectacular que cualquier viajero que todavía hoy presencia ese panorama queda fascinado, incluso aunque lo conozca previamente por fotografías. ¡Cuanto más quedaría afectado Azara, en una época en que no podía existir un conocimiento previo, o si lo había era por medio de pobres grabados o de relatos de viajeros! Su colega Aguirre, en cambio, menos parco en expansiones estéticas, califica de “bellísima” la figura del Pan de Azúcar, y dedica unas 100 páginas de su diario a la descripción de la ciudad. Esto da pie a CONTRERAS (2011b), para imaginar “*la segura sorpresa maravillada de Félix ante la exuberancia de la naturaleza tropical americana*” y

²¹Probablemente lo tenía, sin saberlo. Como ya se ha dicho las propuestas de comisarios fueron cambiando, desde la primera, hecha por el virrey Vértiz, quien intentó eliminar a Diego de Alvear, hasta la última, en que Alvear fue el único superviviente de la primera. La decisión definitiva, que decidía la inclusión de Azara y Alvear se debió al propio monarca, Carlos III (MARTÍNEZ JIMÉNEZ, 2015).

suponer que *“La propia arquitectura orográfica lo desconcertaba: la maraña verde de múltiples tonalidades aparecía ante ellos como una especie de gran organismo que cercaba los picos abruptos y que a veces trepaba hasta las propias cimas, enmascarando la piedra bajo la red selvática”*. Sin embargo ni Azara ni Aguirre manifiestan esta sorpresa del primer contacto con la naturaleza de Río, ni tampoco la que hubiera sido más probable al contemplar los cielos meridionales tras cruzar por primera vez el ecuador. Para unas personas que sabían orientarse y tomar la latitud no sólo con el Sol sino también con las estrellas, los hermosos cielos nocturnos del sur, con constelaciones brillantes como la Cruz del Sur o Centauro, con estrellas tan lucientes como Canopus en la constelación de Carina (en aquel tiempo aún integrada en el Navío Argos), o con las dos galaxias satélites de la Vía Láctea (las Nubes de Magallanes), debieron causarles profunda impresión ya en alta mar, lejos de las luces urbanas, por otra parte modestas. En todo caso Azara no se refiere a estas impresiones sino muchos años más tarde, aludiendo de forma general a la naturaleza tropical.

Río de Janeiro era en aquellos tiempos una ciudad ya importante, con unos 50 000 habitantes, que había pasado a ser la capital de Brasil hacía menos de veinte años. La capitalidad le había valido un crecimiento sostenido de la población, el aterramiento de varias zonas inundadas o pantanosas, allí tan abundantes, la construcción de nuevos edificios públicos y la ocupación de una zona edificada en la costa occidental de la bahía. Desde allí se veía toda esa Bahía de Guanabara, excelente refugio para los barcos, la activa procesión de éstos en una ciudad cada vez más comercial, y el telón de fondo de las colinas cubiertas de verdor. Probablemente lo que más interesó a Félix de Azara en los escasos momentos, si es que tuvo alguno, que le quedaran para la contemplación durante su breve estancia, fueron los varios castillos y fortalezas que guardaban el puerto, y algunos de los cuales habían sido ya abandonados. Su vocación de ingeniero militar sin duda le llevó a considerarlos desde un punto de vista castrense, pero no podría hacer croquis de los mismos ni anotar su situación. Desde luego Aguirre describe el puerto y las fortalezas con un detalle exigido por la profesión.

Menos de un mes permanecieron los viajeros en Rio de Janeiro, porque no había ningún barco disponible que les llevase a su destino definitivo. Recurrieron al virrey de Brasil, quien deseaba verse libre cuanto antes de unos visitantes no deseados pero ante quienes era necesario guardar las formas; él les ayudo a encontrar y contratar un paquebote que les llevaría a Montevideo y, en efecto, consiguieron embarcarse el 5 de Abril, permaneciendo por lo tanto 25 días en la capital

brasileña. Y aunque los viajeros sólo habían llevado consigo parte de los instrumentos, no cabe duda de que los usarían para determinar la posición de algunos puntos, siempre bajo la vigilancia de los celosos servidores del virrey.

Ocho días duró el viaje a Montevideo, donde llegaron los expedicionarios el 12 de Abril²², desembarcando al día siguiente. Tuvieron entonces ocasión de asombrarse ante la enorme anchura del Río de la Plata, que a la altura de Montevideo alcanzaba un valor de 190 km. Según MARTINEZ MARTÍN (2005) permanecieron en Montevideo nada menos que diez meses, pasando a Buenos Aires en Febrero de 1783, y entrevistándose entonces con el virrey Juan José Vértiz, y con los integrantes de la partida de Diego de Alvear, y recibiendo las instrucciones e instrumentos topográficos definitivos, pero parece mucho más probable la cronología que da CONTRERAS (2011a) citando a la misma autora (1998), y de acuerdo con la cual la entrevista con el virrey tuvo lugar al cabo de un mes, el 13 de Mayo de 1782. Es muy probable que hubiese dos o más entrevistas, la primera poco después de la llegada de los viajeros, y al menos otra cuando éstos pasaron a Buenos Aires, a iniciativa de Félix de Azara, a principios de 1783 (AGUIRRE, 1905). Sea como sea, en la primera de de tales reuniones conocieron los viajeros los detalles de su misión y recibieron los instrumentos necesarios para llevarla a cabo. Debían delimitar sobre el terreno y en los correspondientes mapas el trazado de la frontera entre las posesiones portuguesas y las españolas desde la cabecera del río Marañón hasta el Atlántico, en colaboración con los correspondientes cartógrafos portugueses que en teoría les estaban ya esperando. El trabajo se distribuiría en cuatro partidas, que fueron configuradas del siguiente modo:

La primera partida estaba al mando de Don José Varela y Ulloa, cuyo cuartel general estaría en Buenos Aires. Se ocuparía de la porción más oriental de la frontera, desde el arroyo Cuy, que vierte al Atlántico, pasando por la laguna Ymery, el río Ibicuy y el río Uruguay hasta el área de Misiones. Se trata de la zona más poblada de las cuatro, la mejor comunicada y la que menos dificultades planteaba, por lo cual se asignó a Varela, el comisario de más categoría, quien lo era no sólo de su partida, sino también el jefe de todos los demarcadores y por lo tanto responsable de todo el proyecto. Tenía como subcomisario al teniente de fragata Rosendo Rico.

²²MARTÍNEZ MARTIN (2005), señala el 13 de Mayo como fecha de la llegada a Montevideo, probablemente siguiendo a GROUSSAC (1900). Pero las fuentes de este autor también señalan el 12 de Abril, lo que además es mucho más verosímil.

El comisario de la segunda partida fue D. Diego de Alvear, quien debía trabajar en la región de Misiones, hasta el río Paraguay. Se movía entre Buenos Aires y Concepción, interaccionando a menudo con el comisario de la primera partida. El subcomisario de esta segunda partida sería Andrés de Oyárvide piloto de la Armada y geógrafo. Alvear sería supervisado por Varela, y podría tener a su vez un papel de supervisor de la partida de Azara.

Éste era el comisario de la tercera partida, que operaría en la región paraguaya, y tendría su residencia en Asunción. En este caso daremos la composición completa de su partida.

Félix de Azara, Comisario, capitán de fragata e ingeniero

Martín Boneo, Subcomisario, teniente de navío

Pedro Cerviño, alférez e ingeniero militar,

Ignacio Pazos, teniente de la Armada y geógrafo

Bernabé Bueno, interventor de la Real Hacienda

Jean Souillac, astrónomo

Antonio Arcos, capellán

José Martí, cirujano

Manuel de Rosas, teniente de infantería y comandante de la escolta.

La cuarta partida estaba a cargo de Juan José de Aguirre, teniente de navío, y Julio Ramón de César, ingeniero militar, actuaba como subcomisario. Esta partida podría ser supervisada por Félix de Azara y tenía también su cuartel general en Asunción.

Estos datos, tomados de AGUIRRE (1905), no coinciden con los señalados por AZARA (1998), quien indica que se formaron cinco partidas, sin especificar su composición. También dice que él se hizo cargo de las partidas tercera y cuarta. Como se ha visto, parece ser que existía una especie de jerarquía entre los comisarios, que aumentaba en grado desde el Atlántico hasta el Chaco. Varela era el director general de todas las partidas, pero dejaba autonomía a los otros comisarios, especialmente a su inmediato de la segunda partida, Diego de Alvear, quien en una ocasión le pide permiso para firmar los informes que remitía, y no exigir, como se exigía, la firma del director. A su vez, en otra ocasión el virrey recuerda a Azara, de la tercera, que debe contar con el beneplácito de Alvear, su superior, y el mismo Azara considera que dirige también la cuarta partida, situada al oeste de la suya. Pero probablemente no se refiere a la de Aguirre, que para Azara sería la quinta, sino a una partida intermedia, que él llamaría la cuarta, que incluiría una parte de la suya, y que

él mismo habría asignado a su subcomisario, Martín Boneo, y por ello declara en alguna ocasión que él no podía dar orden alguna a Aguirre. Esta explicación, abonada por los varios encargos que Azara le hizo a Boneo, permite conciliar las discrepancias señaladas²³.

Los trabajos iniciales

El trazado de los límites oficiales no comenzó de inmediato en ninguna de las partidas. Era necesario no sólo distribuir los instrumentos que completaban los traídos de España, sino, ajustarlos, calibrarlos y dominar su empleo. También era necesario programar el encuentro con los comisarios portugueses y preparar los recursos necesarios para los viajes, es decir, caballerías, intendencia, tropas auxiliares, etc. Esto llevó un tiempo diferente para las distintas partidas, siendo más corto, naturalmente, para la primera y la segunda, que trabajaban en territorios más poblados. Pero estas necesidades no bastan a explicar el gran retraso que se dio para el comienzo de las labores. Los trabajos en firme sobre el terreno empezaron en 1783 y la Comisión de Límites dio por terminadas sus labores en 1801. El trabajo de campo y la elaboración de los informes sobre el trazado de las fronteras terminaron mucho antes, entre 1784 y 1790, pero de manera unilateral, pues los portugueses nunca las dieron por terminadas (en realidad, ni siquiera por empezadas). Los comisarios lograron terminar el trabajo que les correspondía y emitir los informes preceptivos, pero sólo después de más de diez años de fatigas.

No se comentarán aquí otros detalles de los trabajos de las partidas salvo cuando impliquen relación con la de Azara, y la atención se centrará exclusivamente en esta última. Bastará decir por ahora que los viajeros permanecieron, al parecer, ocho meses en Montevideo, a la espera de sus colegas portugueses, cuyas partidas, merced a las instrucciones dilatorias de su virrey, se hallaban en perpetua formación. Mientras tanto, en fechas dudosas de 1782 Azara fue enviado a Rio Grande de San Pedro, en el Brasil, para saber de dichas partidas, y volvió a Montevideo tras una corta estancia (CONTRERAS, 2011a). Según otros autores, el motivo del viaje de Azara a Rio Grande fue obtener el acuerdo de los comisarios portugueses para empezar los trabajos, y por ello hubo de aguardarse a la vuelta de Azara, con el acuerdo esperado, para establecer la

²³GROUSSAC (1905) sostiene que la quinta partida sería la de Rosendo Rico, quien sólo al comienzo sería subcomisario de la primera, para pasar después a dirigir la delimitación en un área más occidental, en la cabecera del Marañón, dentro de una quinta partida dirigida por Francisco Requena. Lo cierto es que la composición de las partidas fue cambiando en ocasiones. Por ejemplo, Rosendo Rico empezó su labor como subcomisario de la primera partida, pero pasó a dirigir la tercera división (v. MARTINEZ JIMENEZ, 2015, para la composición completa de las partidas y divisiones) y murió en 1784, siendo sustituido por Antonio Álvarez y Sotomayor.

composición definitiva de las partidas y su salida hacia las demarcaciones, pero según Contreras este fue el objetivo de un segundo viaje a Río Grande entre finales de Agosto y mediados de Octubre de 1783.

El grupo de Azara y el de Aguirre fueron los últimos que partieron, a finales de 1783, y ambos con el mismo destino, la ciudad de Asunción, en el Paraguay. Este viaje, muy diferente al efectuado hacia Río Grande, es el primero de los exploratorios de Azara, en tierras mucho más salvajes. Y aunque se realizó por vía fluvial, remontando los ríos Paraná y Paraguay, y por ello difiere también de los posteriores viajes por tierra, este punto del texto es un lugar adecuado para comentar en conjunto tales viajes, tanto desde el punto de vista de su organización y desarrollo, como desde el punto de vista de sus objetivos y trabajos científicos.

Viajes y trabajos

En este terreno va a servirnos de guía Charles Athanase Walckenaer, un zoólogo francés que trabajaba en el Museo de Historia Natural de París y que tuvo la fortuna de convivir largamente con Azara en dicho museo cuando éste volvió a Europa ya en el siglo XIX, obteniendo de él datos de primera mano, entre ellos datos personales que ningún otro biógrafo pudo conseguir.

En 1809 se publicó en París y en francés la primera edición de una de las obras de Azara, *Voyages par l'Amérique Méridionale*, traducida después al castellano en diversas ediciones. En esa obra, WALCKENAER (1809) inserta un prólogo en el que recoge dichos detalles biográficos obtenidos del propio Azara. En lo que respecta a los viajes azarianos por Sudamérica, se resume aquí lo escrito por el autor francés.

Azara preparaba sus viajes con el acopio de lo necesario: aguardiente, cintas, abalorios y cuchillos para ganarse la amistad de los indios. El equipaje personal era mínimo: para Azara una hamaca, algunas mudas de ropa, café y sal. Para los demás, que durante todo el viaje sólo vestían lo puesto, tabaco y mate. El equipaje de todo el grupo consistía básicamente en caballerías, que se iban reemplazando según las necesidades con las encontradas a lo largo del camino; vacas, también complementadas con las encontradas, domésticas o asilvestradas; perros, que se utilizaban en la caza y para advertir de la cercanía de las fieras; pieles de vaca que servían a casi todo el mundo como lecho, y, por supuesto, armas e instrumental geodésico.

Durante el viaje se levantaban una hora antes del amanecer, preparaban y consumían el desayuno, escogían de entre los caballos, que habían pasado la noche en un cercado improvisado, los que debían usar durante el trayecto (algunos, Azara entre ellos preferían usar su caballo personal, que

mantenían junto a sí durante el sueño) y comenzaban su camino dos horas después de la salida del sol. Un guía indígena, buen conocedor del terreno, iba unos 200 metros por delante, lo que era imprescindible en un territorio sin caminos. Al atardecer se buscaba un lugar apropiado, junto a una laguna o riachuelo, para pasar la noche, y mientras algunos iban por leña o por caza, otros acondicionaban el sitio para encerrar caballos y vacas y para el descanso nocturno. Se pateaba el terreno con los caballos para expulsar las posibles serpientes venenosas y se mataba una o más vacas de las que encontraban o llevaban, la desollaban, despedazaban, asaban y comían, guardando la piel. Cada individuo llevaba un cuero de vaca, que extendía en el suelo para dormir, salvo Azara, quien dormía en su hamaca.

En ocasiones permanecían más de un día en un lugar, y aprovechaban entonces para curtir sumariamente las pieles, para secar al sol tiras de carne como alimento transportable, para reparar posibles daños y para tratar enfermos o heridos. Cuando atravesaban zonas donde se temía el riesgo de ataques por indígenas, se enviaban primero exploradores en distintas direcciones y se preparaba la tropa de dragones que acompañaba la expedición. En algunos viajes la partida de Azara fue duramente atacada por los indios y sufrió varias muertes.

Esta información sirve tan sólo para comprender las penosas circunstancias de aquellos viajes de exploración y delimitación, por otra parte comentadas por el propio Azara, que no dejan de ser accidentales respecto a los objetivos esenciales del trabajo a desarrollar, es decir, demarcación de la frontera y levantamiento de la cartografía correspondiente. Sobre este punto, en la obra citada (AZARA, 1998) y unas pocas páginas después del prólogo de Walckenaer, es el mismo Azara quien describe la metodología utilizada en sus trabajos topográficos, del modo siguiente:

“El principal objetivo de mis viajes, tan largos como múltiples, era levantar la carta exacta de aquellas regiones, porque esta era mi profesión y tenía los instrumentos necesarios. Por tanto, nunca di un paso sin llevar conmigo dos buenos instrumentos de reflexión de Halley y un horizonte artificial²⁴. En cualquier parte que me encontrara observaba la latitud, aún en medio del campo, todos los días al mediodía y todas las noches por medio del Sol y de las estrellas. Tenía también una brújula con pínulas, y con frecuencia verificaba la variación comparando su acimut con el que daban mis cálculos y la observación del Sol. Como el país es llano, podía con mucha frecuencia

²⁴Los instrumentos de reflexión de Halley (en general llamados de Hadley, un discípulo de aquel) eran unos aparatos de medida angular antecesores del sextante, que abarcaban un círculo completo y por ello eran pesados y de manejo más difícil. Pronto fueron sustituidos por cuadrantes, octantes, y sobre todo por el sextante, que abarcaba solamente un sector de 60° y cuyo manejo era más sencillo. Se utilizaban para medir ángulos entre astros o entre el Sol y el suelo, pero Azara y sus colegas lo emplearon también para la triangulación terrestre. El horizonte artificial era una regla metálica adosada al círculo, que se podía fijar en una posición estrictamente horizontal.

fijar con la brújula el rumbo directo de un punto a otro entre dos latitudes observadas, lo cual me permitía calcular cómodamente la diferencia de la longitud. A veces, cuando me hallaba en los bosques, hacía encender grandes hogueras, cuyo humo me servía de señal, y encontraba por este medio la verdadera posición de los lugares cuya latitud había observado previamente. En otras ocasiones, y cuando no había otro recurso, enviaba delante de mí dos hombres a caballo, de los que uno se detenía cuando me perdía de vista y el otro continuaba hasta perder, a su vez, de vista al que se había detenido, y así sucesivamente. Levantaba yo la posición del primero, y cuando había llegado a él, la del segundo, y así sucesivamente En fin, en mis viajes he evitado siempre el juzgar por aproximación. No puede, pues, encontrarse aquí otro error que aquel de que es susceptible una observación de la latitud, aunque hecha con un buen instrumento, y una determinación tomada con una brújula en la que los medios grados estén bien marcados”.

Azara continúa describiendo su modo de trabajo en estos párrafos y en otros lugares de sus obras, y aceptando como válidas, o al menos como muy aproximadas, sus medidas. En general sus mapas, al igual que los de sus colegas de las otras partidas, superan en calidad a la mayoría de los publicados anteriormente, pero claro está, se refieren a espacios de dimensión moderada, ya que no trabajaban a escala continental. Sus instrumentos son buenos, pero no los mejores de su época, especialmente para el cálculo de las longitudes. Dicho cálculo no pudo efectuarse satisfactoriamente hasta las últimas décadas del siglo XVIII, pero ya en la época del trabajo de los demarcadores se obtenían resultados más rápidos, acertados y con menor carga de cálculo, empleando relojes muy precisos para obtener la diferencia horaria entre dos puntos. Este método era preferible al de las distancias lunares, que implicaba la resolución de varios triángulos esféricos cuyos datos no podían obtenerse con precisión suficiente mediante el círculo de reflexión. Pero en 1780 apenas estaban comenzando a generalizarse los nuevos métodos en la marina inglesa y a conocerse en la española.

El primer viaje

Aunque no es posible comentar todos los viajes de exploración de Azara y su partida, vale la pena detenernos un poco en su primer viaje conocido de este tipo, el de traslado desde Buenos Aires a Asunción. Como se ha indicado ya, este viaje tiene características únicas por tratarse de un viaje de traslado y asentamiento. El centro de acción de la tercera partida se trasladó a Asunción, lo cual significa que en él debieron viajar todos los componentes de la misma, así como su impedimenta, el material científico, al menos una parte de la tropa de escolta y algunas provisiones, completándose

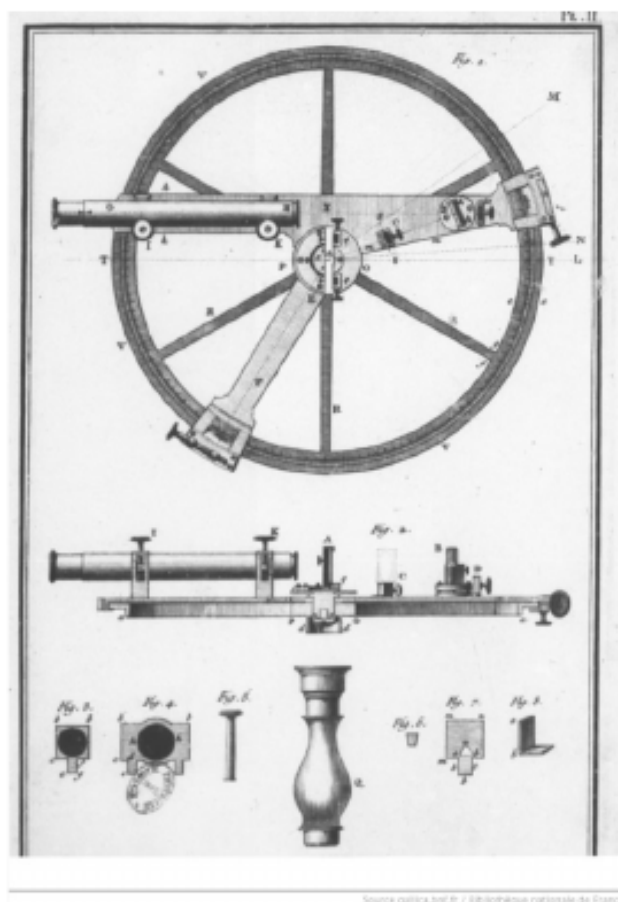


Figura 3: Círculo de reflexión de Borda, derivado del de Hadley y muy usado en cartografía a finales del siglo XVIII. Tomado de BORDA (1787)

éstas últimas con las obtenidas a lo largo del recorrido. Dada la longitud de éste (Asunción dista de Buenos Aires más de mil kilómetros en línea recta) y el volumen de la carga, el traslado hubo de efectuarse por vía fluvial y contra la corriente, lo cual exigía un número suficiente de personas para empuñar los remos. Un motivo adicional para comentar este viaje es que se efectuó juntamente con el de la cuarta partida, y así, Azara y Aguirre zarparon de Buenos Aires el mismo día (el 26 de Diciembre de 1783 según SCHULLER, 1904, el 30 de Diciembre de 1783 según AGUIRRE, y el 2 de Enero de 1784 según CONTRERAS, 2011a). Tenían también el mismo destino, Asunción, donde radicarían los respectivos comisarios durante los años siguientes, pero no efectuaron el viaje en conserva, sino que se separaron a poco de salir y apenas se vieron durante todo el trayecto. Afortunadamente, cada uno llevó su diario, que se ha encontrado y publicado, por lo que conocemos los detalles del viaje.

El viaje a Asunción duró 116 días, de los que, descontando las escalas, 87 se dedicaron a remontar los ríos, y en el caso de Azara, una semana más. Esto según AGUIRRE (filtrado por GROUSSAC, quien, como ya se ha dicho, se armaba un cierto lío con las fechas)²⁵. Según CONTRERAS, mucho más fiable en general, sólo duró 38 días, desde el 2 de Enero al 9 de Febrero, y eso incluyendo las escalas. La discrepancia es muy grande y no sería explicable de no saber que algunos viajeros, entre ellos Azara, efectuaron el viaje por tierra y a caballo, mientras el grueso de su equipaje iba en las lanchas.

GROUSSAC aprovecha sus comentarios a este viaje para lanzar una de sus puyas más venenosas contra Félix de Azara. Aludiendo a la gran duración del viaje, dice Groussac: *“Esta demora, por otra parte, no era excepcional, pues el barco de Azara apareció una semana después, el 2 de Mayo. Pero el aprendiz naturalista tenía ya en qué entretenerse con el deletreo de Buffon, contra quien, en cuanto lo entendiésemos a medias, había de emprender aquel su cómico e infatigable chicaneo: alfilerazos de pigmeo ignorante e ignorado contra el gigante, que remedan las murmuraciones de ciertos parásitos contra sus mismos bienhechores”*. Y todavía extiende su crítica en una nota a pie de página en la que rebaja los méritos de Azara.

La verdad, es que independientemente de la pequeña parte de razón que estas críticas pudieran tener años más adelante, para aquel momento eran infundadas y erróneas: Azara, como se acaba de señalar, no hizo el viaje en barco sino por tierra, y si bien su barca llegó a Asunción, en efecto, el 2 de Mayo, él llegó mucho antes, el 9 de Febrero. No pudo consultar (y no deletrear, que sabía leer) la obra de Buffon durante este viaje, porque no la tenía. Hasta 1796, cuando Martín Boneo le prestó en Buenos Aires su propia copia, no pudo leerla en versión española. El primer volumen de ésta, en la traducción hecha por José Clavijo, no se publicó hasta 1785,

²⁵Paul François Groussac fue un ensayista y crítico literario francés radicado en Argentina durante el último tercio del siglo XIX y primero del XX, que influyó decisivamente sobre la organización de la enseñanza en ese país. La calificación de literato le venía al pelo, porque escribía con soltura y brillantez, lo cual es tanto más admirable cuanto que llegó a Buenos Aires sin saber una palabra de español. Y la de crítico aún era más conforme, porque sus críticas eran despiadadas y temidas, hasta el punto de que Jorge Luis Borges le dedicó un artículo titulado *“El arte de injuriar”*. Alguna le aplicó precisamente al viaje de Azara que comentamos, como se verá más adelante.

de manera que difícilmente hubiera podido ser leído durante el viaje a Asunción²⁶. Pero claro está, Groussac escribe a principios del siglo XX sobre obras publicadas cien años antes, y sobre eventos que precedían en veinte años a esas obras. Esto aparte, durante ese viaje Azara apenas había comenzado sus observaciones de historia natural, y Buffon nunca conocería ni su existencia ni su nombre, mucho menos sus trabajos, no porque fuese ignorado, sino porque murió en 1788, antes de que la menor referencia al trabajo de Azara hubiese podido llegar a Europa.

La desigual duración del viaje señalada por GROUSSAC y CONTRERAS implica, pues, distintas fechas de llegada a Asunción. Según el primer autor, Aguirre llegó a la capital de Paraguay el 25 de Abril de 1784, y Azara lo haría el 2 de Mayo siguiente. Según el segundo, que no da fechas para la llegada de Aguirre, Azara llegó el 9 de Febrero, pero ya se ha indicado la causa de esta discrepancia. Este comentario sobre el modo y el tiempo del viaje de Azara es procedente, porque nos lleva a discutir un punto que es esencial en su biografía científica: el nacimiento de su interés por la naturaleza y su estudio.

Casi todos los autores son unánimes en afirmar que ese interés aparece en momentos distintos: por la naturaleza, en el momento en que se vio obligado a sumergirse en la lujuriente vida tropical y a convivir con ella; por su estudio, en el momento en que se vio obligado a organizar sus conocimientos, que se habían acumulado hasta hacerse inmanejables; por la ciencia zoológica, en el momento en que se percata de que otras personas se han ocupado de dicho estudio, y de que es necesario contrastar sus observaciones con las registradas en los libros.

²⁶ El momento en que Azara conoció la obra de Buffon ha sido objeto de muchos debates, por la importancia que tiene para documentar el nacimiento de su interés por la historia natural en general (no por la americana en particular). No hay pruebas, ni siquiera probabilidades de que encontrase la *Histoire Naturelle* en las bibliotecas de su familia, y tampoco en la de su hermano José Nicolás, quien la poseía. Pudo conocer su existencia durante su estancia en San Sebastián, más sin interesarse por ella. La familia de Pedro Cerviño debía poseerla en Buenos Aires, quizás desde 1774, cuando los padres emigraron a Argentina. Fue seguramente Cerviño quien habló a Azara de esta obra, pero lo haría ya en Asunción, cuando la actividad coleccionista de Azara era intensa. Martín Boneo, quien dejó el Paraguay en 1792 y se trasladó a Buenos Aires, sabría de la traducción española de la obra y comenzó a adquirirla seguramente en esa ciudad. Entre 1792 y 1796, comunicaría la existencia de esta traducción a Félix de Azara, quien probablemente la pediría desde Asunción, no mucho antes de dejar esta capital. Hasta su llegada a Buenos Aires no pudo consultar los ejemplares en español de Boneo. Esto aclara la indicación de Azara, en su prólogo a los *Apuntamientos para la Historia Natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, cuando dice: *“Apénas había puesto en el mejor estado que pude mis apuntamientos, recibí orden del Virrey para baxar del Paragüay a Buenos Aires; donde se me franqueó una Historia natural, escrita en frances por el célebre Conde de Buffon, publicada en el año 1775, con algunos tomos en castellano . . .”*. La indicación del viaje “para baxar del Paragüay a Buenos Aires” es clara, y se refiere al traslado de Azara a Argentina en 1796, no a la llegada inicial a Buenos Aires, o a los días previos al primer viaje a Asunción, en 1783 o 1784, como lo interpretan GROUSSAC o GÓMEZ-PUJOL, respectivamente.

El momento del primer contacto con la naturaleza tropical se dio, para Azara, a su llegada a Río de Janeiro. Nada escribe al respecto, al contrario de Aguirre, quien, a pesar de estar también interesado especialmente en el puerto y las fortalezas que lo defienden, por lo menos menciona la Sierra de los Órganos, el monte Corcovado y el de la Gavia, cubiertos de una selva densa, y señala que se les mostró una casa que servía de depósito provisional de animales que se debían enviar a la metrópoli, entre los que menciona algunas pavas de monte, pecaríes y una iguana²⁷.

El desinterés de Azara se debe a que en estas fechas, y hasta el viaje a Asunción, su relación con la fauna y la flora locales se reducía a contactos puntuales. Como ya se ha dicho, hasta que esta relación no se hizo más intensa no llegó a interesarle. Sin embargo, todos los comisarios tenían el deber de compaginar sus trabajos de cartografía con la observación de los recursos naturales de las regiones que recorrían, y se les pedía específicamente que describieran y enviaran, a ser posible, animales y plantas de dichas regiones y Azara asegura que tomó datos “*sobre la geografía y la historia natural*” ya desde el viaje de San Pedro a Buenos Aires. La mención de los animales guardados para su envío en Río de Janeiro corresponde a la primera observación sobre este tema por parte de un miembro de las partidas de límites, Aguirre en este caso.

Ni la estancia en Río de Janeiro, ni los periodos mucho más largos de inacción en Montevideo y Buenos Aires, habían tenido el efecto de que Azara se decidiese a escribir algo sobre la flora o la fauna de los lugares visitados. Este viaje inaugura para Azara las observaciones sobre la historia natural de la zona, por lo que será comentado con algún detalle. Por fortuna, Azara dejó dos manuscritos describiendo el viaje, que fueron editados y publicados en 1871 y 1907 (MITRE, 1871 y ZEBALLOS, 1907). El recorrido se hizo por tierra, saliendo al mismo tiempo que las barcas que llevaban a Aguirre²⁸ y a la mayor parte de los expedicionarios. Azara iba en compañía de Martín Boneo, el subcomisario, Santiago Gómez, un alférez, más dos soldados y tres criados. Azara no quiso recurrir al virrey y pagó todos los gastos de su bolsillo.

²⁷Respectivamente *Penelope obscura*, *Tayassu pecari* e *Iguana iguana*. Naturalmente los nombres científicos no los da Aguirre.

²⁸ Algunos miembros de la partida de Aguirre, dirigidos por Julio de César, también efectuaron el viaje por tierra, pero siguiendo las riberas y acompañando las barcas, por lo que llegaron a Asunción al mismo tiempo que ellas.

Aunque el comienzo del trayecto, a la salida de Buenos Aires, discurría por terrenos fáciles, cultivados y ricos, aún se encontraban allí retazos de naturaleza silvestre, y ya el primer día Azara menciona un detalle de la vegetación de la zona, el paso por un extenso bosque de talas²⁹. Con esta indicación inaugura el militar aragonés sus observaciones sobre la naturaleza americana.

A partir de Rosario, pueblo que alcanzaron el 6 de Enero, la ruta se dirige derecha al norte. Los cultivos se van abriendo y convirtiendo en grandes extensiones de pastos gestionadas desde estancias. En aquella época y estación, el pasto sería alto y abundante, por lo menos hasta el vientre de los caballos, y sería constante el paso por humedales y zonas encharcadas y el cruce de arroyos y barrancas, siempre por la margen derecha. Dos días después cruzan un afluente del Paraná, el río Salado, y llegan a Santa Fe, donde permanecen cuatro días., descansan y tienen ocasión de observar el gran cometa de 1783, cuyo paso también observó la partida de Alvear el día 11 de Enero (PAOLOANTONIO, 2010).

Había sido Santa Fe, hasta poco antes, una localidad en rápido crecimiento y con gran actividad comercial, debido a su localización estratégica junto al punto de cruce, y a su puerto fluvial en que la parada de los barcos era obligada. Este privilegio de “puerto preciso”, le había sido retirado recientemente y en ese momento había comenzado su declive. Cuando el grupo de Azara pasó por Santa Fe era todavía un lugar muy importante, pero a su sombra, y en el punto más cercano al cruce comenzaba a formarse La Bajada, con 70 casas, que crecería con el tiempo hasta alcanzar hoy el tamaño de una ciudad tan importante como Santa Fe, con el nombre de su río. Por La Bajada cruzan los expedicionarios a la margen izquierda del Paraná, y abandonan la derecha, a partir de allí mucho más salvaje.

Es el momento de la entrada de Azara en la llamada “área guaranítica”, la zona en la que desarrolló la mayor parte de sus trabajos de historia natural y que contenía el territorio a demarcar. Allí residiría durante los próximos doce años, hasta que le relevasen de su labor. Por este motivo existen artículos orientados específicamente a comentar las primeras experiencias de Azara en dicha área (CHIALCHIA y CONTRERAS, 2005). En estas publicaciones se recoge alguna información

²⁹La tala (*Celtis tala*), es un árbol de la familia del almez, muy abundante en la zona sur del Río de la Plata, donde la especie encuentra el límite austral de su distribución. Hoy el gran talar mencionado por Azara ha desaparecido (CONTRERAS, 2011a).

sobre las observaciones de historia natural efectuadas durante el viaje, y precisamente a partir de su salida de Santa Fe, con alguna indicación no probada de la observación de especies de la pampa septentrional (algarrobos, espinillos y vegetación de ribera, ñandúes, tinamúes, garzas, etc.)³⁰.

El día 13 salieron de La Bajada con tiempo lluvioso, y tuvieron que cruzar numerosos arroyos, que iban crecidos. Se indica la presencia de árboles (algarrobos y espinillos) en la vecindad de algún rancho, y un cinturón de vegetación de ribera, compuesta principalmente por sauces y ombúes³¹, junto al río Paraná. Para Azara el rasgo más destacado de ese día fue el ver la huella de un pie humano, lo que le sorprendió porque no había visto nunca una en aquellos territorios, donde nadie anda a pie, e incluso montan a caballo y desmontan para cruzar una calle.

Al día siguiente escribe Azara: “*Todos estos terrenos abundan en osos hormigueros o tamandúas, de leones y tigres, principalmente hacia los bosques de la costa del Paraná y los que pasamos esta tarde. En la casa en que sesteamos tenían colgadas en las estacas del corral seis cabezas de tigres y tres de leones. Cuatro de los caballos que montamos tenían heridas no cerradas, hechas el día antes por los tigres*”. Por entonces Azara aún no afinaba mucho y llamaba oso hormiguero al tamandúa u oso melero (*Tamandua tetradactyla*), que era la especie que abundaba y que él vio. En cuanto a los leones y tigres, esos eran los nombres usuales para designar respectivamente a los pumas y jaguares (*Puma concolor* y *Panthera onca*). Los detalles de situar a los grandes felinos en los densos bosques de ribera, donde van a beber y también a cazar a sus presas que acuden con el mismo propósito, y de aludir a las heridas de los caballos, causadas siempre por el jaguar, revelan al observador de primera mano.

Sin embargo, buena parte de la información recogida por Azara en este viaje procede de conversaciones con los habitantes de la zona recorrida. Tal es el caso, por ejemplo, del largo párrafo dedicado a las costumbres de jaguares y pumas, que comienza con la indicación de que se lo han comunicado: “*Me dicen que . . .*”.

³⁰*Prosopis affinis* (algarrobo), *Acacia atramentaria*, *Acacia bonariensis* (espinillo), *Salix humboldtiana* (sauce), *Rhea americana* (ñandú), *Rhynchotus rufescens*, *Nothura maculosa* (tinamú). En cuanto la garza, no es posible determinar a cuál de la docena de especies de garza comunes en la provincia de Buenos Aires se refiere el texto citado, pero probablemente se trata de la especie más abundante y conocida, *Egretta alba*, la garza blanca.

³¹ El ombú (*Phytolacca dioica*) es hoy oficialmente el árbol nacional argentino, y uno de los más emblemáticos del norte del país. En tiempos de Azara existían todavía ejemplares de gran tamaño, bajo uno de los cuales, que persiste y se visita hoy, pernoctó el general San Martín con parte de sus tropas. Otro ejemplar de la especie, este ficticio y de enormes dimensiones, fue popularizado por Julio Verne en su novela *Los hijos del Capitán Grant*.

Ni qué decir tiene que en el “área guaraníca”, al norte de Santa Fe, las molestias y peligros inherentes a un viaje de muchos días a caballo se incrementan sobremanera. Los peligros derivados de los ataques de las fieras se acaban de comentar. Respecto a las molestias, Azara se lamenta, por ejemplo, de las que sufrió durante la noche del 14 al 15 de Enero, cuando percibió por primera vez la pobre hospitalidad del campo santafesino: *“No pude dormir esa noche por la infinita multitud de mosquitos y pulgas. Siete veces mudé la cama sin adelantar cosa alguna. Llovió toda la noche, y viéndome tan acosado de los viles insectos, me tendí dos veces sobre el campo, expuesto a las víboras y a toda la lluvia, y ni aún esto me libertó de ellos. A mis compañeros sucedió casi lo mismo.”* (AZARA, 1871).

El diario continúa por el mismo tenor durante los días siguientes. *“Los mosquitos eran infinitos. Estos y el hambre nos determinaron a salir sin pegar los ojos a las dos menos cuarto de la madrugada . . . Apenas habíamos andado media legua comenzó a llover . . . Procurábamos llevar la mayor unión . . . por miedo de los muchos tigres que hay en estos bosques . . . no obstante todo el cuidado faltó poco para que varias veces dejase yo los ojos colgados de las espinas. Saqué, no obstante, toda la cara y las manos ensangrentadas . . . no teniendo más que un práctico muy torpe y el agua encima, en medio y debajo, echamos de menos un soldado que no pudimos buscar . . . Amaneció y seguimos siempre con la misma agua y molestias, la mayor parte del Camino por bosque donde de repente en un hormiguero se sumergió un Carguero hasta las orejas . . . Apenas lo tuvimos [una piel de vaca] cuando cesó la lluvia y salió el sol lo bastante para secarlo sobre un árbol, para abrasarnos, y para que viniesen sobre nosotros increíble multitud de tábanos y moscas verdosas que, sobre confundirnos, nos llenaban de gusanos, a nosotros y a los recados³²”*.

Los párrafos precedentes no son más que un botón de muestra, limitado a su primer viaje por tierras subtropicales. Azara ponderaría en otros escritos, y refiriéndose al conjunto de sus viajes, las dificultades que tuvo que padecer. Esto le ha dado, en opinión de algunos críticos (por ejemplo, PÉREZ MARICEVICH, 1983), una inmerecida fama de plañidero. CHIALCHIA y CONTRERAS (2005) responden acertadamente que nadie que haya pasado una noche de Enero en la Mesopotamia Argentina consideraría excesivas las quejas de Azara, y ellos bien deben saberlo, porque pasaron muchas. Volveremos más adelante sobre el tema de las lamentaciones de Azara.

³²Los tábanos los dejarían a ellos y a los caballos, no cubiertos de gusanos, sino de sangre. Los gusanos son las puestas de ciertas moscas vivíparas, seguramente éstridos o callifóridos, que no ponen huevos sino que derraman directamente sus larvas sobre los animales vivos o muertos que servirán de alimento a éstas.

Los días siguientes continuaban bajo aguaceros constantes. El día 16 de Enero, cerca del Arroyo Hondo, afluente del Paraná, hizo Azara una observación importante; mientras que hasta allí la mayor parte de los habitantes se expresaban en un castellano más o menos corrompido, salpicado de voces guaraníes, a partir de allí predominaba el guaraní puro. Azara, que ya había aprendido algunas palabras guaraníes durante sus dos viajes a San Pedro de río Grande, especialmente para designar animales o plantas, debió empeñarse a partir de Corrientes en aprender el idioma, lo que no conseguiría hasta bastante después de afincarse en Asunción.

Como el caudal de los afluentes que debían cruzar era cada vez mayor, se vieron obligados a cruzarlos en pelotas³³ guiadas por nadadores o tiradas por caballos. Azara y el subcomisario Martín Boneo, tuvieron que cruzar de ese modo el Arroyo Guayquiraró, pero el caballo que tiraba de la pelota se encabritó y se soltó en mitad del cruce, y los dos pasajeros tuvieron que esperar sujetándose a las ramas medias de los árboles (las ramas bajas estaban sumergidas por la crecida) a que les trajeran otro caballo.

La mentalidad de Azara sobre la naturaleza comienza a cambiar a lo largo de este viaje, y llega a adquirir algún tinte proteccionista. El interés del viajero por el mundo natural va aumentando, y así, poco después del cruce recién mencionado ya no habla de garzas o patos en general, sino que los califica por el color del plumaje (blancas, rosadas o cenicientas) o por detalles del pico. Al mismo tiempo manifiesta por primera vez su inquietud por la explotación desconsiderada de la naturaleza por parte del hombre. Declara su creencia de que todo el terreno que llevan atravesando desde que cruzaron el Paraná era hasta poco antes un bosque continuo, quemado y talado por el agricultor y el ganadero. Es más, supone que esta situación no se limita al territorio de Entre Ríos, sino que el bosque primario debía cubrir antaño todo el territorio que su grupo ha recorrido desde Buenos Aires. Y eso que no sabía que el extenso talar que atravesaron poco después de

³³Esta expresión malsonante en español es común e inocente en el norte de Argentina, en Paraguay y en el sur de Brasil. Las pelotas son unos aparejos hechos con uno o más cueros de vaca secados al sol y cosidos sobre un armazón de ramas curvadas para darles forma de cuenco. Funcionan como botes rudimentarios, que pueden sostener a uno o pocos hombres durante el breve espacio de cruzar un río. El contacto con el agua les quita la rigidez y quedan inservibles tras uno o dos cruces. La ciudad de Pelotas, en el estado brasileño de Rio Grande do Sul, hoy con más de 300 000 habitantes, se fundó a mediados del siglo XVIII y recibió su nombre de la abundancia de ríos y lagunas que se cruzaban allí mediante estos botes durante las primeras décadas de su historia.

salir de la capital acabaría desapareciendo. Termina con una afirmación tan pesimista que podría achacarse a un ecologista moderno: “*Donde vive el hombre, ni árboles, ni plantas, ni animales quedan*” (AZARA, 1871)³⁴.

Hasta el día 19 tuvieron lluvia casi continua, y ese día lució el sol suficiente tiempo como para poner a secar la ropa, lo que no había sido posible desde el cruce del Paraná. Pero la encontraron toda enmohecida. En los ranchos o posadas sucesivos los dueños habían capturado crías de jaguar o de ciervo de las pampas (*Mazama guazoupira*). Poco a poco nuevas especies de animales y plantas van incorporándose al catálogo de las observadas por Azara: yacarés (*Caiman yacare*), patos (*Cairina moschata*), tortolas (*Columbina picui*), torcaces (*Columba picazuro*), gaviotas (diversas especies de los géneros *Larus* y *Chroicocephalus*), chajás (*Chauna torquata*), cigüeñas, de las que distingue tres especies de acuerdo con el color de la cabeza y del pico, etc.

El día 22 comisario y subcomisario divisaron dos jaguares adultos cuya caza a lazo se intentó, pero sin éxito, porque el terreno tenía dos pies de agua. En esto llegaron al río Corriente, que da nombre a la ciudad de Corrientes, para llegar a la cual aún les faltaban varios días. En el río pudieron señalar algunas especies de la fauna fluvial, como nutrias (*Lontra longicauda*), rayas de río (*Potamotrygon brachyura*), muchos yacarés, etc. El día 25 avanzaron por un terreno inundado, poblado por pequeñas isletas cubiertas de palmerales. Azara llama yatay (*Butia yatay*) a estas palmeras, y dice que a su parecer había allí dos especies de ellas³⁵. El mismo día encuentran un poblado de indios abipones con 35 familias, creado y llevado por los padres franciscanos. Encuentran más adelante otro poblado de indios asentados, con unos 200 habitantes, y a partir de allí los caminos comienzan a mejorar y a llevar más tránsito. De noche pueden reposar por fin en una chacra próspera y bien cultivada, donde protegerse de la lluvia y los insectos.

El día 27 avanzaron por entre bosquecillos con nuevas especies de árboles, de las que Azara cita dos quebrachos³⁶ (blanco y colorado), que seguramente eran las únicas especies que pudo identificar. Tras cruzar el río San Lorenzo comenzó de nuevo a llover torrencialmente, lo que

³⁴Felix de Azara, aunque calificado por algunos autores de precursor del conservacionismo, no fue un ecologista *avant la lettre*. Él cazaba, aunque fuese para comer o en interés de la ciencia, y favorecía la transformación de los paisajes naturales en campos agrícolas o de pastoreo. Esto era conforme al pensamiento ilustrado de su tiempo.

³⁵El género *Butia* engloba una veintena de especies de palmeras sudamericanas, especialmente abundantes en las regiones recorridas por Azara. A menudo no es fácil distinguir dos especies próximas. Algunas de ellas, como *B. capitata* o *B. yatay*, se utilizan con fines ornamentales en el arbolado urbano de ciertas ciudades españolas (p. ej. Zaragoza).

³⁶Los quebrachos son árboles americanos de madera muy apreciada y de gran dureza, cuyas 25 especies se hallan repartidas en los géneros *Aspidosperma* y *Schinopsis*. El nombre común deriva del español “*quebra hachas*”, y se refiere a la dureza de su madera.

les obligó a pasar la noche al raso, bajo un toldo improvisado hecho con pieles de vaca. Al día siguiente, caminaron por terrenos pantanosos, poblados de matorrales y bosquecillos, en los que abundaban los campos y chacras dedicados al cultivo de la caña de azúcar; cada chacra contaba con un ingenio destinado a exprimir la caña y al beneficio del azúcar. Finalmente, al atardecer del día 28, alcanzaron los viajeros la ciudad de Corrientes.

Corrientes, fundada casi dos siglos antes de la visita de Azara, había tenido tiempo suficiente para crecer y mantener una importante población. Su estructura era reticular, con las dos calles principales cruzándose en la Plaza Mayor, con muchos edificios ya de ladrillo y algunos de piedra, con iglesias, conventos y hasta con alguna casa de solera. No era una parada cualquiera, y los viajeros, también personas principales, fueron recibidos por el teniente gobernador, D. Alonso de Quesada. Esto significaba que por fin podrían descansar, reparar los daños de su equipo, reponer la ropa desgarrada o podrida, rehacer el calzado (quienes lo llevaban), recuperar fuerzas, y preguntar los nombres de plantas y animales que habían visto en el camino y que los miembros de la partida ignoraban. Decidieron, pues, permanecer una semana en Corrientes antes de emprender el tramo final del viaje.

Con tiempo y comodidad, Azara incluyó en el diario todas las observaciones que se han comentado y muchas más, incluyendo una descripción muy completa de la ciudad y sus habitantes, sus costumbres, su comercio, sus cultivos y su cultura en general. Asentada en lo alto de un espolón de arenisca roja (asperón) que la mantenía fuera del alcance de las mayores crecidas del Paraná, Corrientes se halla en un punto aún más estratégico que Santa Fe: ésta última se halla cerca de la frontera de dos provincias, Santa Fe y Entre Ríos, y también cerca del punto de cruce del río Paraná, con otra ciudad vecina que ha crecido beneficiada por ese cruce. También Corrientes se encuentra junto al límite, no de dos provincias, sino de dos naciones, Argentina y Paraguay, y también cerca del cruce del Paraná, gracias al cual ha crecido asimismo otra ciudad vecina, Resistencia, al otro lado del río y en la provincia chaqueña. Pero además Corrientes se halla en el punto en que el Paraná cambia su curso, viniendo del este y torciendo hacia el sur, y cerca del punto en que el Paraná recibe al Paraguay, río que viene del norte y forma el camino por el que deberán continuar viaje Azara y sus compañeros. Esta es la situación hoy, pero en tiempos de Azara la frontera entre la jurisdicción de Buenos Aires y la de Asunción se encontraba en litigio, y Azara informaría más tarde al virrey en favor de las pretensiones paraguayas, que corresponden a la frontera actual en esa zona.

“*Habiendo descansado de tantos trabajos*” –así prosigue el diario de Azara– “*y recobrado la salud los que la tenían quebrantada salimos el día 3 [de Febrero] a las 6 de la mañana. . . .El camino a la salida fue pegado al Paraná entre espesos bosques de cevil, curupai, sangre de drago y otros como quebrachos, pero luego nos separamos como $\frac{1}{2}$ legua, donde los árboles eran casi todos algarrobos³⁷*”.

Desde Corrientes hasta El Paso del Rey (hoy Paso de la Patria), por donde se cruzaba el río Paraná, hay unos 30 km de camino relativamente fácil, que los viajeros recorrieron afrontando algún chubasco. D. Alonso de Quesada prolongó su hospitalidad acompañándoles por este camino, que se acercaba luego a la ribera del Paraná y entraba en un denso bosque de galería. Dice Azara de este bosque: “*Al llegar a él entramos en grande espesura de árboles, y entre ellos algunos guayacanes [(Libidibia paraguarensis), una leguminosa] y tacuaras [(Guadua paraguarensis), un bambú]. Oímos allí mucha algazara de monos carayás, que no vimos. En medio de esta espesísima y alta arboleda, pegado al río se halla el Paso del Rey, que se compone de un buen galpón y cuatro soldados que lo guardan*”.

El cruce del río Paraná, seguramente mediante embarcaciones idóneas les llevó tiempo, aunque no pasaron los caballos, de manera que era ya de noche cuando llegaron a la otra ribera. Allí había soldados paraguayos que les proporcionaron caballos de repuesto, y así continuaron tres leguas (unos 17 km) por entre altos carrizales y bordeando bosques de palmeras hasta llegar a una estancia en la que pasaron la noche. Al día siguiente se despidió el Teniente de Gobernador de Corrientes, y el resto de la partida se dirigió hacia Misiones, pero una fuerte lluvia les obligó a retroceder y a recorrer varias decenas de kilómetros dando rodeos hasta que un estanciero local les encaminó por la vía más directa, la que remonta paralela al río Paraguay por el lado oriental. En la estancia del informante pasaron la noche del día 4.

Durante el día 5 recorrieron los viajeros el camino paralelo al río bajo una lluvia fina y persistente, que lo volvía resbaladizo. Rodearon numerosos bosquetes de lapachos (*Handroanthus*), quebrachos, curundas (*Astronium balansae*), curupais, y palmeras yatay. Azara señala que de esos bosquetes y de los mucho mayores bosques de galería próximos al río, se extraía mucha

³⁷El cevil o cebil es la *Anadenanthera colubrina*, un árbol parecido a la mimosa, cuyas semillas se utilizaban como psicotrópicos; el curupi o curupai es el *Sapium hematospermum*, un árbol euforbiáceo que segrega un látex usado como pegamento y como sucedáneo del caucho; la sangre de drago es una resina de color rojo procedente de los dragos, pero en este caso se refiere a otro árbol euforbiáceo, *Croton lechleri*, que produce un látex de color rojo vinoso con propiedades cicatrizantes. Sobre los quebrachos y algarrobos véanse notas 30 y 36. Adviértase el enriquecimiento del vocabulario botánico de Azara tras la salida de Corrientes, lo que se notará también en el párrafo siguiente.

madera que se bajaba a Buenos Aires. El camino seguía primero por zonas no habitadas y luego por ranchos dispersos hasta llegar a la población de Ñeembucú (hoy Pilar), que contaba con 135 familias y 13000 reses. Comieron allí, (en casa de un “gallego” acomodado y en vajilla de plata), y siguieron camino hasta otro rancho, propiedad del suegro del “gallego”, donde se detuvieron a pernoctar.

El día 6 se continúa el viaje hacia el norte cruzando varios arroyos, el principal de los cuales era el Tebicuary. Este tenía en el paso una anchura de 300 m, un verdadero río, pero pudieron pasarlo con facilidad pues contaban con ayuda, ya que el paso tenía un rancho en cada orilla. Lo cruzaron en una canoa y dos pelotas (v. nota 33). Prosiguieron su camino de inmediato. Azara describe el camino como estrecho y tortuoso, con muchos bosquetes, lagunillas, pantanos y carrizales, supone que debe ser intransitable con lluvia. Menciona también que vio nuevas aves: cotorras, loros y guacamayos³⁸, y llegaron finalmente al Fuerte de la Herradura, donde pudieron cambiar los caballos. Tras cruzar con mayor o menor problema una serie de arroyos, ya de noche llegaron los viajeros a uno que parecía contener agua estancada, y para cruzar el cual sólo encontraron una pequeña canoa. Subieron a ella Azara y Martín Boneo, y a poco de zarpar se volcó la embarcación y Azara terminó “*con el agua hasta el cuello y el cieno hasta la rodilla*”. Se sacó a los náufragos del agua “*sin más inconveniente que la mojadura y la embarradura, más la pérdida de dos relojes que el agua estropeó*”. Estaban entonces cerca de la localidad de Remolinos, hoy Villafranca de Ñeembucú, a donde enviaron a pedir ayuda. De ese pueblo les trajeron dos pelotas, mediante las cuales pudieron cruzar el arroyo sin más problemas. Una hora más tarde alcanzaron la indicada población, donde encontraron cena y descanso. Remolinos, al igual que Ñeembucú, había sido fundada pocos años antes y era todavía una pequeña población de treinta casas, de la que partieron tarde al día siguiente, una vez renovados los caballos.

Se encaminaron desde allí a la reducción de Naranjay, poblada por indios tobas y que todavía se mantenía, a pesar de la aniquilación de muchas reducciones por los *bandeirantes* brasileños y de la supresión de otras por la expulsión de los jesuitas. Aunque la reducción acabaría desapareciendo, cerca de ella existe hoy la ciudad de Formosa, en la orilla argentina del río Paraguay. Comieron algo allí y continuaron atravesando diversos ranchos, donde trabajaban indios del Chaco reducidos. La proximidad de Asunción iba haciendo el terreno cada vez más poblado y cultivado, y los viajeros

³⁸Hay en la zona tantas especies de loros y cotorras que no es posible identificarlas con esos nombres. Además una misma especie es designada indistintamente con el nombre común de loro o cotorra. En cuanto a los guacamayos, la especie implicada sería *Ara chloroptera*, el guacamayo aliverde, hoy desaparecida en la zona pero abundante en tiempos de Azara.

aceleraron el paso para llegar cuanto antes a su destino. De hecho, no se detuvieron para descansar más que algunas horas, y el día 8 de madrugada, reemprendieron viaje, aunque se vieron detenidos por el agua hasta las 8 de la mañana.

Como la región estaba más poblada se encontraron con muchas estancias, en ciertos tramos una cada seis kilómetros. Ese día recorrieron algo más de 50, llegando a las afueras de la actual Asunción, entonces todavía distantes de la capital. En el diario anota Azara una de las primeras observaciones sobre fitosociología, ciencia que no nacería hasta bien entrado el siglo XX (CHIALCHIA Y CONTRERAS, 2005): dice que ha observado muchas veces que las palmeras caranday (*Copernicia alba*) crecen en grupos homogéneos, al igual que las yatay, mientras que la verdadera palmera crece mezclada con otros árboles. No está claro lo que quiere decir Azara con “verdadera palmera”. Probablemente se refiere a *Syagrus romanzoffiana*, abundante en la zona y que por su porte y hojas recuerda más a las palmeras datileras de España.

El día 9 la partida emprende la última etapa del viaje. Ya a poca distancia de Asunción, todo el paisaje ha cambiado, pareciéndole a Azara todo más nuevo y moderno. No sólo había pueblos de nueva fundación, sino también muchas estancias eran recientes, porque la ganadería había experimentado un gran auge en detrimento del cultivo del tabaco, como explica el comisario. Durante gran parte del día continúa el avance hacia la capital, con el consabido y repetido cruce de arroyos y marjales. Por la tarde llegan los viajeros a Asunción, y en el diario se consignan nuevas observaciones botánicas. A Azara le llaman la atención las colinas próximas a la ciudad, cubiertas de frondosa vegetación, circunstancia que no había ponderado cuando la observó dos años antes en Rio de Janeiro. También hace una curiosa observación sobre morfología vegetal aplicable a todo el viaje: “*La advertencia que conviene hacer es que los árboles en todo mi viaje han sido delgados, de modo que el mayor que se me ha presentado a la vista será de 14 a 18 pulgadas de diámetro [(32 a 42 cm)]³⁹. Entre los del día de hoy los hay sin comparación más gruesos y elevados. Al pie de éstos se crían muchas especies de áloes hexagonales, de nueve aristas, de cinco, de cuatro, de palas o higueras chumbas de dos especies o tres, de piña silvestre,*

³⁹Seguramente en este punto le falla la memoria a Azara. Bien es verdad que la mayor parte de las especies de árboles que menciona son palmeras, quebrachos, bambúes y lapachos, casi todos de tronco delgado. Pero también declara haber visto ombúes y grandes ceibos, cuyos troncos superan con mucho ese diámetro (el de la ilustración adjunta medía 8 m. de diámetro a la altura del pecho). El ombú de hecho no es un árbol, sino una hierba gigante, pero con uno o más troncos gruesos, que lo asimilan a un árbol si el observador no es un botánico profesional, y en tiempos de Azara, aunque lo fuese. Y el ceibo es también un árbol para todo observador. Los bambúes, aunque de tronco delgado incluyen varias especies que son consideradas como árboles entonces y ahora, aunque se trata también de hierbas gigantes.

de bananas de mato en lengua portuguesa, la yerba de la abeja y del cuerno, aquella de dos especies en casi todos los árboles y cuasi todos los bosques del camino crían más o menos dichas plantas”⁴⁰.

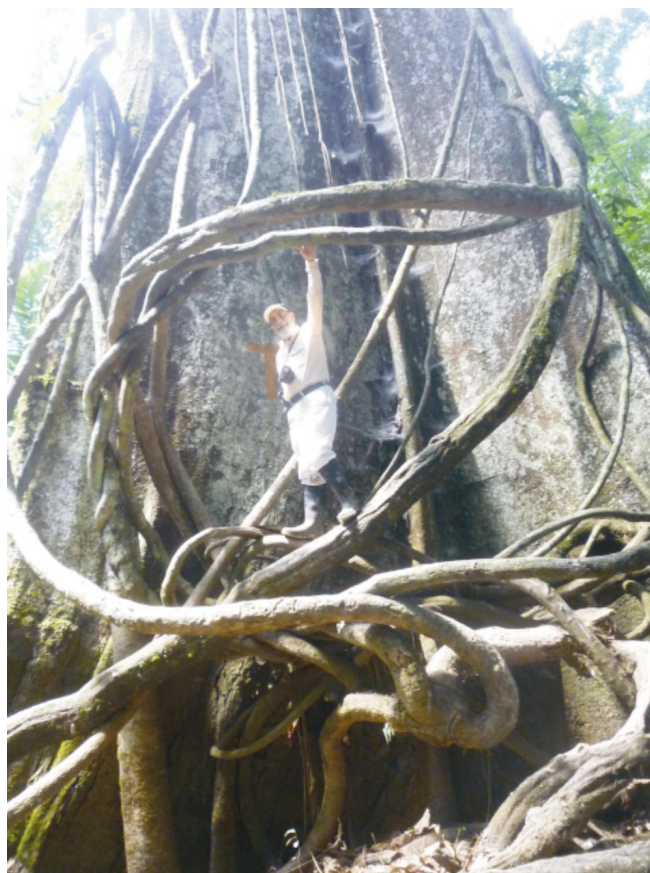


Figura 4: Un ceibo gigantesco (*Ceiba pentandra*) envuelto en lianas no menos enormes. La especie es mencionada por Azara, aunque para ejemplares menores. Selva de inundación del Paraná. Del autor.

Así termina esta exposición del viaje de descubrimiento de la naturaleza sudamericana efectuado por Félix de Azara en 1784. Se ha comentado con bastante detalle por que su desarrollo es muy parecido al que tendrán los viajes posteriores, y ahorra, por lo tanto, la descripción detallada de

⁴⁰En la segunda parte de este párrafo cita Azara dos grupos de plantas, que hoy llamamos suculentas y epífitas. A las suculentas las llama “áloes”, queriendo significar cactus; pertenecen a la familia de las cactáceas, y distingue los cactus erectos (*Cereus* y afines), con costillas o aristas a lo largo del tronco, y los de pala, o higueras chumbas, de las que dice conocer dos o tres especies. También incluye en este grupo dos bromeliáceas, la piña silvestre, variedad ancestral de la piña cultivada (*Ananas comosus*) y *Bromelia antiacantha*, la banana do mato (usando el nombre brasileño). En cuanto a las otras plantas nombradas no todas son epífitas, y en todo caso su identificación es imposible a partir de los datos. CONTRERAS (2005) y MONES y KLAPPENBACH (1997) la han intentado pero con resultados muy discutibles.

éstos. Y también porque responde a la pregunta planteada anteriormente sobre el comienzo del interés de Azara por la naturaleza en Sudamérica. Más tarde habrá que responder a la pregunta sobre otro momento clave de la obra azariana: ¿Cuándo comenzó Azara a estudiar metódicamente esta naturaleza? Por ahora señalemos solamente un par de conclusiones generales sobre este primer viaje.

El viaje fue penoso y en algunos momentos arriesgado. Se perdieron dos hombres, uno huyó, fue arrestado y remitido luego a Asunción para ser juzgado, el otro quedó en el camino por enfermedad, aunque luego se supo que también desertó. El cruce de los arroyos –un nombre sorprendente para el comisario, pues muchos igualaban o superaban a los mayores ríos de España– era habitualmente difícil. Aquí se han señalado solamente unos pocos de los muchos que se pasaron. Las penalidades afectaron a todos, también a Azara, y se multiplicarían en los siguientes viajes. En éstos Azara enfermaría de malaria⁴¹, también de fiebres tifoideas, sufriría varias caídas del caballo, se fracturó una clavícula (que curó por sí misma y sin tratamiento) y en una ocasión se le reabrió la herida del pecho recibida en Argel, y llegó a expulsar por la abertura un trozo de la costilla rota. Como se ve, tuvo que pagar un alto precio por su trabajo.

Pero el precio lo pagó también por su ganancia en experiencia. Llegó a Buenos Aires con una experiencia en ingeniería militar y topografía adquirida y, como se ha visto ya, reconocida en España. Con unos conocimientos simples de trigonometría plana y esférica esa experiencia era aplicable en todas partes, pues con el instrumental adecuado, en todas partes se podían levantar planos y mapas. Pero el conocimiento superficial de la naturaleza española, que se da por sentado en toda persona que haya nacido y vivido algunos años en un pueblo de nuestro país, por ser habitual y derivado de las vivencias infantiles, se toma como algo obvio y que no merece especial atención. Encontrarse en Sudamérica con una naturaleza desconocida, muy distinta, imponente y a veces majestuosa, obliga a esa atención especial, y así se despertó en Félix de Azara. Allí todo era nuevo y no se podían aplicar los conocimientos adquiridos en España. Observamos cómo a lo largo del viaje hasta Asunción su diario se ocupa cada vez más del paisaje natural y de las especies que lo conforman, y al final del diario parece que cada día debe incluir observaciones sobre este tema y compararlas con las efectuadas en días anteriores. Ya se presume que esto sería solo el principio, pues todavía no se había levantado para Azara más que una esquinita del inmenso y complejo manto que forma la cubierta natural del Paraguay, y mucho menos de la de Sudamérica.

⁴¹La malaria le duró cuatro meses, lo cual no fue obstáculo para que durante los mismos efectuase la exploración del río Pilcomayo, en Noviembre de 1785.

Además, las observaciones hechas durante el viaje merecían ser anotadas, desde luego, pero no eran el objetivo principal, y se efectuaban solamente cuando éste no podía ser atendido y dejaba lugar a ellas. Pero ahora había llegado a Asunción y debía ocuparse del todo en ese objetivo.

Asunción

Asunción era una ciudad que había evolucionado poco desde su fundación en 1537. En parte esto se debía a su relativo aislamiento, pero también a los ataques sufridos por los *bandeirantes*⁴² y por su situación en un terreno erosionable y algo pendiente, en un meandro del río Paraguay, que experimentaba a veces crecidas espectaculares. En tres ocasiones antes de la visita de Azara había quedado muy dañada por sendas crecidas y había tenido que ser reconstruida. Pero incluso las frecuentes lluvias torrenciales causaban graves daños en la ciudad, pues al no estar pavimentado el suelo y no existir apenas aceras, las calles se convertían en verdaderos torrentes que arrastraban la arena y la arcilla, desarraigaban los árboles y socavaban los cimientos de las casas. Algunas de éstas, construidas de ladrillo o piedra, podían resistir más tiempo, pero las de adobe o cañizo, que eran la mayoría, debían rehacerse con frecuencia. La parte más antigua, junto al río y enmarcada por las dos calles principales, era la parte central y noble, donde se hallaban el palacio de gobierno, el cabildo y las principales iglesias y conventos. Fuera de estas construcciones y algunas casonas nobles, todos los edificios de la ciudad eran de una sola planta.

CONTRERAS (2011a), quien conocía la Asunción actual como residente habitual en la misma, y la antigua como uno de sus más conspicuos estudiosos, elucubra sobre las impresiones de Azara al entrar en la ciudad y cruzar la selva secundaria que la rodeaba y que persistía en las colinas cubiertas de verdor dispersas dentro de la misma, la gran variedad de aves tropicales en los matorrales al borde del camino, y los grandes y majestuosos árboles a los que el aragonés alude en su diario.

El 9 de Febrero de 1784 llegó a Asunción la partida de Azara. Aunque era tarde pudieron ser recibidos por el gobernador, D. Pedro de Melo, pero si no fue así cenarían y pernoctarían en una casa acomodada y serían recibidos al día siguiente por el gobernador o su representante. El virrey, Juan José de Vértiz, había enviado a de Melo tres meses antes una carta informándole de la visita de las dos partidas de Azara y Aguirre, y ordenándole que les facilitase al máximo su trabajo.

⁴²Entre 1728 y 1733 los bandeirantes habían capturado en la zona de Asunción a 60000 indios guaraníes para venderlos como esclavos. Así y todo, la región logró alcanzar una población de unas 90000 almas en 1785, de las que entre 10000 y 20000 habitaban en la ciudad.

Como sabemos, Aguirre aún tardaría dos meses en llegar, pero el gobernador estaba preparado para la llegada de alguno de los comisarios en cualquier día. Además, Azara llevaba sin duda documentos acreditativos de su misión, y sería atendido de manera conveniente. Pero al parecer (CONTRERAS, 2005) no estableció su residencia en una casa particular, sino en el convento de la Merced, y después de algunas semanas, alquiló una casa cerca de la ribera del río Paraguay, en la que residiría hasta su marcha de la capital paraguaya. Además supone ese autor que para sus observaciones y descripciones de animales habría obtenido una habitación adecuada en algún edificio propiedad del gobierno.

Como la mayor parte de su impedimenta e instrumentos estaban de camino, no podía valerse más que de la brújula y de los círculos de reflexión, que llevaba siempre consigo, para medir las latitudes. Para las longitudes no podría usar otro método que medir las distancias a partir de un punto de longitud conocida y proceder a la triangulación. Hizo esto cada jornada desde Buenos Aires, y así obtuvo las coordenadas de Asunción, como es de suponer, no muy exactas. A partir de éstas obtendría fácilmente las de los puntos circundantes. Los primeros días se ocuparía también en averiguar, preguntando a viajeros y funcionarios, cual era la situación en la frontera que le correspondía demarcar, si había asentamientos portugueses en territorios que correspondiesen a España, y sobre todo si habían llegado ya los comisarios brasileños a la zona de demarcación, Y averiguó que en efecto, había asentamientos ilegales de los lusos, y que los comisarios de su contrapartida no habían aparecido.

Entonces se dedicó a buscar mapas y documentos y a escribir cartas. El resto de sus trabajos durante los meses de espera debió reducirse al conocimiento de la ciudad y a un escaso trato con la sociedad de la misma. Poco avanzó con los documentos y los mapas. No se había publicado todavía ningún plano de la ciudad, pues el primero de ellos lo confeccionaría en 1785 Julio de César, el ingeniero de la partida de Aguirre. Y en cuanto a las cartas, se ha conservado media docena de ellas, entre las que conviene destacar una que escribió al virrey el mismo día de su llegada dando cuenta de la misma⁴³, y otra al gobernador a finales de Febrero. Esta última es particularmente ilustrativa, pues revela la inquietud de Azara por los asentamientos ilegales de los portugueses en la demarcación de Francisco de Aguirre, la imposibilidad de intervenir porque podría interferir en el trabajo de su colega, y el hecho de que dichos asentamientos se sitúan en ambas márgenes del río Paraguay controlando por lo tanto la navegación aguas arriba de

⁴³El virrey ya no era Juan José Vertiz, ya que éste había sido sustituido durante el viaje por Nicolás de Campos, el Marqués de Loreto, y Azara se hallaba enterado. Las relaciones con el nuevo virrey serían menos fluidas y cordiales que las mantenidas con el anterior.

Asunción. Pero la observación más importante es la declaración de que los datos que aporta han sido proporcionados por tres caciques, buenos conocedores de la tierra y a los que nombra. En estas cartas explica también la idea de que la frontera establecida por los portugueses sigue el recorrido de dos ríos que no existen, o que por lo menos no son los que ellos señalan. También informa de la imposibilidad de llevar a cabo su misión si los demarcadores brasileños no aparecían. En la correspondencia con Pedro de Melo también alude Azara a la ubicación de algunas poblaciones indias que interesaban al gobernador.

El hecho es que tras la llegada e instalación de las dos partidas, los comisionados portugueses seguían sin aparecer. Como ya se ha comentado, para iniciar su conquista del Brasil y para expandirla los portugueses invocaban los tratados cuando les favorecían, y cuando no, los violaban por intermediación de fuerzas autónomas que decían no controlar. Y para los territorios ilegalmente ocupados invocaban el derecho del primer poseedor, el *uti possidetis*. Cuando se trataba de evitar que un tratado se cumpliese recurrían a no participar en el mismo cuando ésta participación era indispensable. Es lo que sucedió una y otra vez con las contrapartidas de Azara y de Aguirre, que no se presentaban, arguyendo la dificultad de reunir a demarcadores competentes, o la necesidad de consultar con Río de Janeiro o con Lisboa. Las excusas eran absurdas, desde luego, porque en el caso de los brasileños los comisarios eran los propios gobernadores o sus delegados, y tenían completa autoridad para decidir sin consultas. Pero claro esta, se trataba de evitar a toda costa que se decidiese la evacuación de los territorios ocupados por Brasil y pertenecientes al Paraguay. La actitud de los portugueses llega a extremos tragicómicos mucho más tarde, cuando los españoles, enterados por Aguirre de que los portugueses habían construido ilegalmente dos fuertes en la ribera occidental del río Paraguay, perteneciente por completo a España según los tratados vigentes, deciden legalmente construir el fuerte de Borbón en la misma orilla. Cuando se enteran, los portugueses exigen el derribo del fuerte por haberse erigido sin consultarles en un río de uso común. El comentario de Aguirre en su diario no tiene desperdicio: “*¿Habrà resignación para que ellos, estando en el mismo caso y con la gravísima diferencia de estar nosotros en nuestra posesión y ellos también en la nuestra, se crean facultados racionalmente para exigirnos el desalojo? Vaya, es menester la frescura del mundo para aguantarlos sin que salgan de quicio las almas*”.

Durante el camino, por lo menos Aguirre había recibido una noticia procedente de D. Pedro de Melo, indicándole que su contrapartida portuguesa estaba esperando en el punto de encuentro, pero a su llegada a Asunción pudo enterarse de que se trataba de un falso rumor. Nadie esperaba en

la frontera ni al tercero, ni al cuarto comisario. Los planes de acción inmediatos debían aplazarse. Esta situación de incertidumbre se mantuvo para Azara hasta el 12 de Junio, cuando emprende un nuevo viaje de reconocimiento. Si no podía cumplir con sus obligaciones para establecer las fronteras, por lo menos podría cumplimentar otras exigencias de su misión, la descripción de la geografía, recursos, flora y fauna, etnografía y costumbres de las regiones visitadas. Él mismo declara este propósito antes de emprender el primer viaje exploratorio desde Asunción, y para muchos esta declaración equivale a decir que ese viaje constituyó su bautismo en el estudio (no la simple observación) de la naturaleza. Otros piensan que cualquier estudio debe seguir un patrón más organizado y metódico, y así se supone aquí. Su primer destino desde Asunción sería Villarrica.

Viajes subsiguientes

Los restantes viajes de Azara serán descritos de modo más sucinto. Los comentarios principales se centrarán en las observaciones de historia natural, tratando de descubrir el momento en que Félix de Azara no sólo llegó a interesarse por este campo, sino que comenzó a estudiarlo metódicamente, aunque con un método peculiar. Probablemente esto sucedió en 1785, cuando ya había comenzado, no solo a recopilar observaciones por escrito, sino también a acopiar material. Así lo indica él mismo en carta al virrey del 11 de Junio: “*Hallándome con mis cosas prontas y sin noticia de Portugueses, he resuelto salir mañana á reconocer algunos pueblos, y observar su latitud y longitud á fin de no holgar, y de adelantar alguna cosa la geografia de esta provincia*”. Adelantar la geografía significaba también conocer su fauna y su flora, por lo que es de suponer que dedicó estos viajes también a la caza. En efecto, dice CONTRERAS (2011a) citando a Azara: “*Mi costumbre en esta provincia ha sido llevar siempre que he salido de la ciudad la escopeta y los instrumentos convenientes para poder calcular la derrota y matar los animales que viere*”, de manera que todos sus viajes le proporcionaron piezas.

Salió Azara, junto con su piloto Pazos, un guía local y su criado para Villarrica el 12 de Junio de 1784, poco más de un mes después de la llegada de su partida y de su material a Asunción. Esta localidad se encuentra a unos 120 km al ESE de la capital por los caminos de entonces, y a unos 100 en línea recta. Azara efectuó el viaje de ida y vuelta en un mes justo, lo cual significa que viajó en etapas cortas y descansadas, volviendo a veces sobre sus pasos, deteniéndose a menudo para obtener las coordenadas del lugar y también para establecer demarcaciones (lo hizo, por ejemplo, el día 22 de Junio en la localidad de Itapé). Las observaciones de Azara sobre historia natural

fueron recogidas de forma conjunta en sus obras posteriores, y aquí se señalan unas pocas que le llamaron especialmente la atención. Por ejemplo, el cultivo del arroz en Ypané, que le pareció insólito, el cultivo y beneficio del caraguatá o piñuela (*Bromelia pinguin*) en que trabajaban las mujeres del mismo pueblo, y los bosquetes de tacuará o caña brava (*Guadua chacoensis*), de las que dice “que alcanzaban el grueso de un muslo, altísimas y fuertes”⁴⁴. La región recorrida en este viaje estaba más poblada y mejor cultivada que la que recorrió entre Santa Fe y Asunción, el cruce de los ríos fue más fácil y los accidentes escasos, pero uno de ellos fue importante, pues Pazos, el piloto de la partida, enfermó de malaria y se temió por su vida. Optaron por dejarlo en casa del guía y proseguir el viaje solamente Azara con su criado negro. La llegada de vuelta a Asunción tiene lugar el 4 de Julio de 1784.

De nuevo en la Capital se concede Azara un tiempo de descanso hasta el día 27 de Julio, cuando emprende un nuevo viaje, hacia oriente, la zona de Misiones, como complemento del de Villarrica. En las pocas semanas intermedias aprovecha la estancia en Asunción para escribir nuevas cartas al marqués de Loreto. En una de ellas justifica, como para el viaje precedente, la oportunidad del mismo, y señala además que lo costeará de sus propios recursos: “*Como no tengo noticia de Portugueses, iré un dia de estos à ver los pueblos de Misiones, y tomar reconocimientos, que aunque jamas sirven, entretendrán la ociosidad que experimento, sin que en lo que yo haga se invierta el menor caudal del erario, ni incomodidad de los particulares*”.

Este viaje va a la “cordillera”, la cadena de lomas y oteros dirigida de norte a sur que separa las cuencas de los ríos Paraguay y Paraná. En esta ocasión el viaje es más corto, de apenas ocho días, ya que el 3 de Agosto está de vuelta en Asunción. Ello se debe a que el promotor de la salida no es Azara, sino Francisco de Aguirre, el comisario de la cuarta partida, que pretendía tomar algunas medidas con su cuadrante para calibrarlo y determinar el error medio, y para ello necesitaba un terreno con algunas elevaciones. Aguirre se acompañó de su piloto, Pablo Zizur, y de Azara, quien por su parte aprestó tres peones y un capataz. Como en el caso anterior, Azara suministra para cada punto las latitudes y las longitudes, las últimas para el meridiano de Asunción.

Se dirige primero hacia el NE hasta el pueblo de Emboscada, desde allí tuerce hacia el sur, subiendo la sierra y rodeando la laguna de Ypacaraí, que está a poca distancia al este de Asunción, y llega al pueblo de Los Altos, única localidad donde permanece más de un día. Dada la buena visibilidad que se disfruta desde allí a ambos lados de la montaña, aprovechó para establecer la

⁴⁴En efecto, esta especie es el mayor bambú del género, y aún de la región, alcanzando los 20 metros de altura y a veces los 30. Se emplea sobre todo en construcción.

posición de distintos pueblos próximos a Asunción. Los restantes días se emplean en volver a la capital por Tobaty, Atyra y bordeando por el sur la laguna citada, a cuya costa oriental se acercan hoy las edificaciones de Asunción, aunque en los tiempos comentados se hallaban todavía muy lejos.

A su regreso a Asunción volvió a escribir al virrey sobre los problemas de las demarcaciones. Sin embargo hay algunos errores evidentes, sobre todo en el fechado; posiblemente se trastocó algún número en la recopilación que editó ANGELIS en 1937: Hay una carta fechada en Asunción el 13 de Enero de 1784, cuando Azara todavía no había llegado a esta ciudad, y le sigue otra del 13 de Febrero, en la que se menciona la anterior de 13 de Enero, ¡pero de 1789! La confusión de fechas lleva a otros anacronismos que dificultan el seguimiento de los sucesos. Pero en conjunto se pueden distinguir en este periodo los principales de éstos: hay una carta del 12 de Mayo en que se comunica al virrey la llegada de las expediciones, y que da las fechas correctas, señalando también que el propio Azara había llegado mucho antes, el 9 de Febrero. Hay también una de las pocas cartas de respuesta al virrey, ya que éste no solía contestar a las de Azara; en esta ocasión tampoco lo hace sino como amonestación general, porque considera que la insistencia de Azara es inoportuna y rebasa sus atribuciones. Azara responde en este caso: *“Recibo la de V. E. en 15 de Mayo, en que me hace saber que el Señor D. José Varela y Ulloa es Comisario principal de toda la demarcacion; y que yo le debo estar subordinado. Desde que vine á la América me he considerado subdito suyo, sin faltarle jamas á la obediencia, que, sobre estarme mandada, debo tenérsela en consideracion á su grado, talento, luces y superiores conocimientos á los míos”*. La mayoría de las cartas, sin embargo, tratan de los problemas principales que inquietan a Azara: de las tierras ocupadas –él dice usurpadas– por los portugueses, de la manera de prevenir nuevas ocupaciones, de la situación de la frontera a delimitar –que no es la admitida por los mismos portugueses– y en definitiva, de cuáles son los ríos que definen dicha frontera. También avisa de que la partida de Francisco de Aguirre, que tiene que delimitar la zona del alto río Paraguay hasta su límite con la cuenca del Amazonas, se encontrará con problemas iguales o aún mayores.

Como se trataba de un viaje con un objetivo muy concreto, con el corto viaje de Julio y Agosto, Félix de Azara no había conseguido conocer más que una parte del territorio que debía estudiar y luego delimitar. Tampoco había hecho muchas observaciones de historia natural. Ya que seguía disponiendo de tiempo pero no de ocupación, determinó emprender otro viaje más largo. El área a delimitar entraba poco en el recorrido planeado, pero se trataba de una zona ambicionada por

los portugueses y contenía algunos elementos que habían servido de referencia en delimitaciones anteriores. Por estas razones, y también como simple viajero, deseoso de contemplar la naturaleza y de practicar un turismo rudimentario, resolvió iniciar un nuevo periplo.

Invirtió en este viaje poco más de tres meses. Es un viaje bastante más corto que el realizado de Buenos Aires a Asunción, pero duró mucho más, pues se inició el 20 de Agosto y terminó de vuelta en Asunción el 25 de Octubre. Este es el llamado “viaje a Misiones” porque recorrió las localidades donde se habían ubicado, y en algún caso todavía subsistían, los restos de las anteriores reducciones de los jesuitas, en su mayoría abandonadas o transferidas tras la expulsión de los misioneros. Dirigido en general hacia el S o el SE, conllevó varias vueltas, revueltas y retrocesos, así como permanencias de algunos días en una localidad determinada. Llegó hasta el río Paraná y lo cruzó, penetrando en territorio argentino, y llegando hasta la frontera con Brasil, cuyo examen sí concernía a los trabajos de demarcación. Como se trata, más que de un viaje, casi de una expedición, los diez viajeros, entre ellos los pilotos de las dos partidas, Pazos, quien ya se había recuperado, y Zizur, iban bien pertrechados, con 60 caballos y ocho mulas de carga.

El primer tramo, en dirección SE, comprendía la salida de la capital y la travesía casi completa del actual departamento Central, hasta el pueblo de Itá. Era terreno conocido, que ya había cruzado algo más al norte de regreso del segundo viaje. Ocupó sólo un día, durante el cual Azara enseñó a los dos pilotos el manejo del sextante, reservándose el círculo de reflexión. Azara señalaría las posiciones a determinar y coordinaría todas las actividades de este tipo. El segundo tramo, también dirigido hacia el sur, cruzó el actual departamento de Paraguari y penetró profundamente en el de Misiones. La primera parte, entre campos cultivados al principio y luego entre grandes estancias, salpicadas de vez en cuando por bosquetes y por las verdes cintas de los bosques fluviales. La segunda, ya en Misiones, con extensos pastizales al N y NE, y con los poblados concentrados en la zona central. Azara empleó cinco días en recorrer este tramo, pernoctando dos noches seguidas en Tobapí y llegando hasta San Ignacio Guazú, la primera y principal de las reducciones.

Azara permanece allí tres días, que dedica sobre todo a la caza. Se supone que cazó diversos mamíferos y aves, que comería o regalaría después de examinarlos. No pudo llevarlos a Asunción y comenzar su estudio porque no podían conservarse hasta el regreso, pero seguramente lamentaría esta circunstancia y pensaría en dedicar a la caza otras jornadas durante el regreso, cuando la preparación y conservación fueran factibles. Luego continuó su camino hacia el S hasta acercarse al río Paraná, es decir, nuevamente a la frontera con Argentina. Emplea diez días en este tramo, que termina en la localidad de Itapúa, donde permanece un día. En algunos pueblos los expedicionarios

fueron esperados y recibidos con clarines, tambores, cabalgatas, bailes, juegos y otros festejos, que les acompañaron durante parte de su recorrido. Otros eventos fueron menos gratos, como la infección por niguas⁴⁵ que sufrió Azara, quien tuvo que hacerse extraer doce de estos insectos, y perder por ello dos uñas de los pies.

Con el cruce del río Paraná sale Azara de Paraguay y entra en Argentina, precisamente por la provincia de Misiones, e inicia el cuarto tramo de su recorrido, el más largo y complejo. Al fin y al cabo, Misiones era el destino del viaje, y por ello ocupó la mayor parte del mismo, desde el 7 de Septiembre, cuando cruza el Paraná, hasta el 13 de Octubre, cuando lo vuelve a cruzar al regreso, un total de 43 días, más tiempo que el empleado en el viaje de Buenos Aires a Asunción. Además de reconocer las zonas fronterizas entre las posesiones españolas y las portuguesas, motivo principal del viaje, Azara pretendía visitar las antiguas reducciones jesuitas para comprobar si la expulsión de la orden había tenido efectos beneficiosos sobre la población indígena, como él suponía, o si, como había ocurrido en las reducciones del Brasil, los efectos habían sido perjudiciales. Por ello visitó tantas misiones como pudo, concretamente y por este orden las de Santa Ana, Loreto, Corpus, San Ignacio Miní, San José, San Juan, Mártires, Santa María la Mayor, San Javier, San Nicolás, San Miguel, San Luis, San Lorenzo, San Jerónimo, Concepción, Apóstoles, San Carlos y Santo Tomás. Algunas de estas localidades no habían sido verdaderas reducciones, sino simples santuarios, que también atendían a comunidades indígenas más pequeñas.

No interesan aquí sus conclusiones acerca de los dos puntos señalados, la frontera con Brasil, a la que llegó, pero no cruzó, y las consecuencias de la expulsión de los jesuitas. Interesa mucho más el tercer motivo del viaje, la caza y la observación de la naturaleza, muy distinta allí y mucho menos alterada que en todas las regiones que había recorrido hasta el momento. Pero su diario no presenta muchas observaciones de historia natural, y la mayoría de las que hace se refieren a especies ya conocidas de otros viajes. Sabemos que cazó bastantes animales y no dejaría de observar plantas y las numerosas islas de selva primaria que todavía quedaban en la parte meridional del departamento. El acceso a la mitad septentrional, en la que por entonces

⁴⁵La nigua es una especie de pulga (*Tunga penetrans*) que vive en el suelo y daña a diversos animales y a las personas que van descalzas, que en tiempos de Azara eran la gran mayoría. Las hembras de esta especie poseen un largo y delgado ovipositor que introducen en la piel de su víctima o bajo sus uñas, para depositar los huevos. Las larvas y adultos resultantes se alimentan de células epidérmicas causando un intenso prurito. La extracción no es fácil.

todavía predominaba la selva virgen, era muy difícil, y no la visitó. Mucho menos pudo acceder a las cataratas del Iguazú, que forman el límite norte del departamento y a las que entonces no se podía llegar más que dando un gran rodeo por el norte de Paraguay o por el Brasil.

En esta parte del viaje sí que menciona dos especies de árboles que le sorprendieron porque no los había encontrados antes, son el aguaribay o falso pimentero (*Schinus molle*), un árbol anacardiáceo que se usaba en la zona con fines medicinales, y la araucaria (*Araucaria angustifolia*), una conífera que se utilizaba por sus grandes semillas comestibles. En los puntos en que pernoctó, generalmente estancias o conventos, preguntaría por los animales cazados, muchos de los cuales servirían para una cena compartida con los estancieros o los frailes. No podría enriquecer mucho sus colecciones, pues al cruzar de vuelta el Paraná le quedaban todavía doce días para llegar a Asunción, y los cadáveres no podían conservarse ese tiempo. Pero lo que sí se enriquecería serían sus cuadernos de notas, en los que consignaría centenares de observaciones propias y muchas otras comunicadas por sus anfitriones, que conocían mucho mejor la región.

El quinto y último tramo del recorrido sería el de la vuelta al Paraguay y el regreso a Asunción. Aunque este camino se desvió en algunos puntos del seguido a la ida, lo inició y lo terminó por la misma vía que había usado ya para cruzar el Paraná y para salir de Asunción. Todavía visitó algunas misiones subsistentes en el territorio paraguayo, y al acercarse a Asunción intentaría retener algunos de los animales cazados uno o dos días antes de llegar, porque podrían conservarse lo bastante para llegar a la capital en condiciones de ser preparados y almacenados.

El viaje terminó el día 25 de octubre, y con el todos los que tuvo que hacer mientras no podía otra cosa. En los años siguientes emprendió al menos cinco viajes más que ni siquiera serán descritos sumariamente (salvo el viaje a la Laguna de Yberá, que será objeto de un breve comentario porque muestra ya a un Félix de Azara cuyo principal interés y aplicación era la historia natural). Se recogen de manera conjunta en la obra de Azara "*Viajes por la América Meridional*", cuyo comentario no corresponde a este artículo, pues la obra se editó tras la vuelta a España del ilustrado aragonés. Pero al menos se da la relación sucinta de los mismos:

Viaje al río Pilcomayo : Iniciado el 6/8/1785. Probablemente 54 días

Viaje a S. Estanislao y S. Joaquín: Enero de 1786. 38 días?

Viaje a Quiindí: 19/4/1786. 8 días.

Viaje a Curuguatí: 22/5/1786. 11 días.

El viaje a la laguna de Yberá duró 84 días. Azara recorrió en este viaje un amplio circuito, descendiendo desde Asunción hasta San Ignacio Guazú, alcanzando el río Paraná por San Cosme y cruzándolo por Candelaria, como lo había hecho en el viaje precedente a Misiones; luego continuó hacia el sur por San Carlos, y San Javier hasta llegar a San Agustín, donde torció al oeste para rodear el sistema lagunar de Yberá hasta San Roque, donde tomó rumbo al norte para regresar a Asunción por un camino casi idéntico al que había tomado para llegar por primera vez a esa ciudad.

Dice Azara del comienzo de este viaje: *“Hallándome impaciente y aburrido con la ociosidad resolví hacer un viaje para tomar noticias de la laguna Yberá y adquirir nuevas aves y quadrupedos. Apronté lo necesario y salí el 16 de Noviembre de 1787 acompañado de Don Antonio Arcos y Mata, capellán de mi división, que quiso seguirme con el fin de ver a su paisano y amigo Don Diego de Alvear, que se hallaba en Candelaria”*. Nótese que en este caso se señala como uno de los motivos principales del viaje la recolección de animales. La historia natural tendrá, pues, un protagonismo importante en este viaje, tanto es así que en la narración del mismo se describe la planta del añil (*Indigofera tinctoria*, de gran importancia industrial), y se acompaña la descripción de la ilustración de la planta (debida a Julio de César), una de las escasas ilustraciones de plantas que se hallan en las obras de Azara.

Otra indicación de Azara insiste en la importancia que el viaje tuvo de cara a la redacción del primer manuscrito de historia natural: *“... sucedió lo que en otras ocasiones, y es que los peones o los del pueblo quisieron enredar con mi escopeta y la inutilizaron, quedando con el desconsuelo de no tener ni hallar otra, ni quien la compusiese. Estos accidentes son causa de que mi Historia Natural de Aves no se halle más adelantada”*. Aquí indica nuevamente Azara el plan de su primera obra y el estado de su desarrollo. Y luego añade: *“No hallé aquí quien compusiese mi escopeta, pero suplió el cura de San Ignacio, que me mató algunas aves y yo las describí. Traté con él varios puntos relativos a los pájaros, y como conociese en él capacidad e inclinación determiné hacerlo mi continuador y correspondiente según digo en mis anotaciones sobre pájaros”*.

Como estaba previsto, en Candelaria se encontró el grupo con la segunda partida de demarcación, la dirigida por Diego de Alvear, la cual, a diferencia de las de Azara y Aguirre, estaba desarrollando su trabajo con pocos problemas, dado que en el trabajo sí que colaboraban los demarcadores portugueses. Eran éstos los mismos que Azara había conocido cinco años atrás, cuando viajó por orden del virrey desde Buenos Aires a Rio Grande para los primeros contactos, y el encuentro con ellos fue muy placentero. Pero sobre todo lo fue con el comisario. Dice Azara *“... mi amigo*

y compañero Diego de Alvear, Capitán de Fragata de la Real Armada y Comisario principal . . . que no se quedó corto en honrarme”. Parte de las “honras mutuas” consistió en el intercambio de mapas y tablas de coordenadas de las respectivas áreas de demarcación. Las relaciones con Alvear, eran por lo tanto muy buenas.

Un punto importante de este viaje, más relacionado con la cartografía que con la historia natural, es el indicado por Azara al comentar su encuentro con la otra partida: “Yo había encargado en Candelaria a Don Diego Alvear y al astrónomo portugués que pusiesen todo el esmero en observar las emersiones de los satélites de Júpiter, y lo mismo había hecho en Asunción, con el fin de que correspondieran con las que yo pensaba hacer en Corrientes”. Ya se ha indicado que el movimiento de estos satélites era un método muy empleado para determinar la hora local con precisión, y con ella la longitud geográfica. Fijar la longitud exacta de Asunción, Corrientes y Candelaria era básico para determinar la de todos los demás puntos, para los que estas tres ciudades servían como origen de longitudes. Vale la pena destacar esto por cuanto aún a finales del siglo XVIII había cartógrafos que achacaban a los de España lo primitivo de sus métodos, y en particular la ignorancia de éste.

El viaje terminó en Asunción el 8 de Febrero de 1788. Hubo más viajes después de las fechas consignadas, pues se conservan cartas de Azara fechadas después de 1788 y en poblaciones distintas de Asunción, pero tenemos poca información acerca de esos viajes. Precisamente en 1787, el año del último viaje mencionado en el párrafo anterior, el gobernador de Paraguay, D. Pedro de Melo, que mantenía buenas relaciones con Félix de Azara, fue sustituido por D. Joaquín de Alós y Bru, cuya conducta sería la opuesta. Ya se verán más adelante los resultados de la hostilidad de este gobernador hacia Azara. Por desgracia el gobierno de Alós duraría hasta el final de la estancia del comisario en Asunción, pues los dos fueron trasladados el mismo año, en 1796. El último viaje de Azara con salida desde esa ciudad fue el de su traslado a Buenos Aires en dicho año, y éste, desde luego sin regreso. Pero ya en 1788 el trabajo de Azara cambió, como se discutirá en páginas siguientes.

El trabajo de demarcación

Al regresar de su viaje a las Misiones de Argentina, el 25 de octubre, Félix de Azara encontró una carta muy importante, remitida por el gobernador Pedro de Melo, y que decía lo siguiente: “Por la de V. E. de 13 del pasado, quedo impuesto de las disposiciones que se toman en el Brasil para principiar la demarcacion que han de practicar estas partidas. Las mismas noticias me comunica

el Comisario principal, Sr. D. José Varela, añadiendo que su dictámen es, que no hagamos costos á la real hacienda, hasta que haya otras noticias, ó V. E. lo disponga. Y respecto á que no lo hace V. E., no moveré estas cosas hasta que espresamente se me mande”.

Por fin terminaba la incertidumbre. Los portugueses venían y sería posible principiar los trabajos de demarcación. Pero la experiencia pasada llevaba al aragonés a ser cauto, y no embarcarse en gastos hasta tener mayor seguridad de que los portugueses iban en serio. Seguía en ello el consejo del comisario general, José Varela, quien tampoco se fiaba. La desconfianza resultó, finalmente, acertada, pues no hubo nuevos mensajes confirmatorios. Pero durante casi un año Azara debió permanecer en Asunción, a la espera de la de la posible llegada de éstos.

Dedicó este tiempo principalmente a continuar sus trabajos de documentación, usando no sólo los archivos del gobierno, sino también los del cabildo de Asunción y cuantas más fuentes pudo allegar. También comenzó a elaborar el futuro mapa de Paraguay así como mapas parciales menores. Y por supuesto, continuó saliendo con frecuencia a cazar y tomar notas, que ya alcanzaban un volumen considerable y esa actividad es de particular interés para estas páginas.

La otra gran línea de trabajo de Azara en estos años se centró en los intentos de convencer a las autoridades de Asunción o Buenos Aires, de la necesidad de eliminar los asentamientos portugueses ilegales, de poblar determinadas zonas, como El Chaco, para frenar nuevas usurpaciones, de aclarar la confusión toponímica de los ríos que habían de servir como frontera (confusión suscitada y mantenida, al parecer, por los portugueses para dificultar los trabajos de demarcación) y de producir mapas fiables que apoyasen las reclamaciones españolas.

Al comienzo persiguió estos objetivos mediante la correspondencia con el virrey, señalándole todos los puntos que requerían atención. Pero el virrey, como se ha adelantado ya, había regresado a España y el nuevo virrey, Nicolás del Campo, Marqués de Loreto, no estaba por la labor. Era un hombre duro y muy celoso de su autoridad exclusiva, y en varias cartas había amonestado a Azara por su excesiva autonomía respecto al comisario general José Varela, por dedicarse a trabajos ajenos a su misión sin autorización y por tratar temas que debían reservarse a sus superiores. En cuanto a los sugerencias de Azara, o bien eran ignoradas, o bien se le decía que no hiciese nada al respecto. El aragonés no podía hacer otra cosa que insistir una y otra vez en que su misión le obligaba a aconsejar lo más adecuado para la delimitación y lo más acorde con el Tratado de El Pardo.

Por suerte, la partida comprendía a más personas, en general muy competentes. Así, Azara podía encargar trabajos de cartografía a sus ayudantes, en especial a Martín Boneo y a Pedro Cerviño. Ellos fueron los que levantaron los mapas primarios de los afluentes del alto Paraguay, y en concreto del Itigamí, del Corrientes y del Ygurey, que regaban el territorio por el que debía discurrir la frontera. Martín Boneo fue empleado incluso en tareas más peligrosas, penetrando en el territorio portugués del Matto Grosso para explorar (en realidad para llevar a cabo tareas de espionaje, como le pidió Azara) (GÓMEZ PUJOL, 2021). El comisario integraba los mapas suministrados por Boneo y Cerviño con los suyos y con los levantados anteriormente por otros cartógrafos fiables, como José de Sá y Faria, para formar el mapa conjunto del territorio paraguayo. La situación empeoró en 1787, cuando también el Gobernador de Paraguay, Pedro de Melo, amigo de Azara, fue sustituido, como ya se ha dicho, por Joaquín de Alós y Bru. De Melo, si bien atendió las sugerencias de Azara y las aprobó de palabra, no llegó a los hechos, pero mantuvo buenas relaciones con el aragonés, que fueron mejorando con el tiempo, y aún más cuando llegó a ser nombrado virrey en 1795. Prueba de estas buenas relaciones es una carta de Azara, fechada en 1785 y dirigida al virrey, en la que habla de D. Pedro de Melo en estos términos: “. . . y como en el Sr. D. Pedro Melo de Portugal, entonces gobernador de la provincia, conociese más luces y celo que en el común de los gobernadores, hablé varias veces con él. . .”.

El sucesor de Melo, Joaquín de Alós y Brú, quien ocupó el cargo desde 1789 hasta 1796, cuando Azara dejó definitivamente la capital paraguaya, fue peor. Para empezar impidió a todo el mundo el acceso a los archivos de Asunción, los cerró y envió las llaves a un confidente suyo que habitaba a 150 km de la capital. Además, según Walckenaer, “*El Ayuntamiento de Asunción había pedido al Sr. De Azara que le facilitase un extracto de sus trabajos sobre los países cuyos mapas había levantado y que había recorrido y él se apresuró a ofrecérselo. Quedaron tan satisfechos que se le dio el título de Ciudadano más Distinguido de la Ciudad de Asunción. El gobernador se irritó hasta tal punto con esta distinción que hizo quitar secretamente de los archivos el mapa y la descripción de Azara, así como el registro en que estaba escrito el título concedido.*” Cuando el robo se descubrió, el gobernador escribió a todos los ministros de la corte diciendo que Azara solamente había levantado esos mapas para entregárselos a los portugueses.

Cuando años después el gobernador recibió del de Matto Grosso, en Brasil, seis maletas llenas de regalos y objetos preciosos para tratar de corromperlo, Alós no las aceptó, sino que las empleó para afianzar la calumnia contra Azara que había urdido tiempo atrás, diciendo que eran el pago que el aragonés recibía por sus traiciones y entregas de información. Por suerte, muy poca gente

creyó en las palabras de Alós, y ni siquiera el virrey, pero éste se apresuró de todos modos a recoger todos los mapas y documentos debidos a Azara que pudo conseguir y a retirarlos de la circulación, cuando no a enviarlos a la corte de Madrid, atribuyéndolos a su propia mano. Lo mismo haría el gobernador Alós, quien comunicó a la corte de Madrid que había escrito una historia natural de las aves y los cuadrúpedos de su provincia, y que iba a enviarla. Algo imprudente fue en segar el trigo antes de sembrarlo, pues hizo el anuncio antes de obtener los papeles deseados. Él confiaba en conseguirlos cambiando de táctica y prodigando al militar dádivas y halagos, pero su falta de integridad le dificultaba el concebir que Azara fuese íntegro, y así, no consiguió su fin ni con regalos ni con amenazas. Poco más necesitaba Azara para percibir la corrupción y venalidad que reinaba en el alto funcionariado colonial. En todo caso había puesto previamente sus manuscritos a buen recaudo.

No es de extrañar que en estas circunstancias Azara se entregase cada vez más a la melancolía y al estudio de la historia natural. La melancolía le fue ganando poco a poco y ya en 1791 solicitó por primera vez la retirada de las partidas demarcadoras, vista su consentida inutilidad. De todos modos, hasta bien entrado el año 1793 prosiguió con sus insistentes demandas para que se procediese a solucionar el problema de los asentamientos ilegales de Brasil, así como el de la ambigüedad de las fronteras fluviales consignadas en el Tratado de San Ildefonso y en los mapas portugueses. Pero en esta época sus cartas van siendo cada vez más quejumbrosas.

Véase, por ejemplo, el comentario de CARDOZO (1934): “*El Virrey de Buenos Aires, que entonces era el Marqués de Loreto, muy poca importancia asignó a las denuncias de Azara. Pasaron varios años sin que se tomara ninguna determinación. . .*”.

También según Cardozo, ya en 1787, seguramente siguiendo las recomendaciones de Azara, pero sin declarar su origen, el Gobernador del Paraguay, por su cuenta y riesgo decidió tomar algunas determinaciones que él mismo describe: “. . . *resolvió estudiar los sucesos más importantes de la provincia y sus términos. Resultó de este examen que los portugueses se habían situado al norte, levantando el Presidio de Nueva Coimbra: Para asegurarme de esta noticia despaché desde la población de Concepción una pequeña expedición que aunque no llegó a las cercanías del Puerto trajo razón cierta de su existencia. De todo ello di cuenta al antecesor de S.E. (el Marqués de Loreto) cuya contestación se redujo a prevenirme expresamente me abstuviera de esta investigación, con cuya prohibición suspendí continuar el examen que me había propuesto, a pesar de la confusión con que por lo común se refieren los hechos de esta provincia*”. Hay que señalar que la queja del gobernador Joaquín de Alós es un poco tardía, pues según él tuvo noticias

de la fundación del fuerte portugués a comienzos de su gobierno, según dice, en 1787. Pero naturalmente, la queja no la dirigió al virrey cuya indiferencia señala, sino a su sucesor, Nicolás de Arredondo, y en Julio de 1794, probablemente por miedo a las represalias que hubieran resultado de una acusación directa. De modo que las advertencias de Azara no comenzaron a considerarse en Buenos Aires hasta ocho o nueve años después de emitidas.

Sabemos que la burocracia española de aquellos tiempos y lugares era muy lenta, tanto como para superar a la que operaba en la metrópoli. CONTRERAS (2011a) se tomó el trabajo de comparar el curso de las demandas que hacía Azara cuando estaba en España, en relación con las fortificaciones o la regulación del curso de los ríos y el de las que hacía desde el Paraguay, y si el primero era lento, el segundo podía considerarse estancado. Para 1794 ya estaba Azara más que harto de la situación y de su impotencia para llevar a cabo la misión encomendada. Sus cartas de entonces traslucen una amargura creciente, también al ver que su petición de ser relevado caía en saco roto.

El sufrimiento mental de Azara se aumentaba con la imposibilidad de desahogarse con nadie, a no ser con el personal de las partidas, y en especial de la suya. Por suerte podía hacerlo, porque sus relaciones eran buenas tanto con sus subordinados como con sus superiores, y por supuesto con sus colegas. En una sociedad con las barreras estamentarias marcadas por la pureza de sangre y muy rígidas, las relaciones sociales se establecían entre los iguales, y cuando implicaban a personas pertenecientes a estamentos de diferente nivel, el trato debía reflejar esta diferencia: respeto y sumisión para los inferiores, arrogancia y distanciamiento para los superiores. Sin salir de estas normas, que expresaban entonces la actitud políticamente correcta, Azara era cordial con la gente de su partida, incluso con su esclavo (sólo tenía uno), y muy respetuoso con sus superiores, aunque le amargasen la vida. Y la fidelidad a su rey era extremada. Como militar, estaba presto a dar la vida por su rey, a cumplir sus órdenes y a defender sus intereses por encima de cualquier dificultad, incluyendo las órdenes en contra que pudieran darle otras personas, aunque fuesen gobernadores o virreyes.

Con el personal de su partida, y en especial con Martín Boneo y con Pedro Cerviño, las relaciones eran de verdadera amistad, y con ellos se desahogaba de preferencia. No constan fricciones con sus compañeros, salvo quizás unas críticas mínimas a Julio de César, ingeniero de la partida de Aguirre. Es posible que tales críticas viniesen motivadas porque de César, probablemente más hábil que Azara en el dibujo, había levantado para Aguirre el primer plano de la ciudad de Asunción entre 1785 y 1787. Mucho más tarde se alzarían acusaciones bastante duras y hasta

rastreras por parte de Julio de César, no hacia Azara en particular, sino hacia los comisarios de todas las partidas. El hecho es que si queremos comprobar el tono de las quejas de Azara hacia quienes le impedían llevar a cabo sus trabajos debemos recurrir a las cartas que dirigía a sus amigos, principalmente a Pedro Cerviño, pero también a Martín Boneo y a Miguel Lastarria. Pero estas cartas son ya tardías, posteriores al año de salida de Paraguay y del final de su comisión, aunque no del final de sus trabajos. Serán comentadas en párrafos posteriores.

Hasta comienzos de Agosto de 1785 no salió Azara para un gran viaje, el del río Pilcomayo. Dispuso, por lo tanto de más de diez meses para los trabajos apuntados y para los relacionados con la historia natural, campo que cada vez le atraía más. Además de ese periodo dispuso de cinco meses en Asunción entre los viajes al río Pilcomayo y a San Estanislao, y de un año y medio, entre el final del viaje a Curuguatí y el comienzo del viaje a la laguna de Yberá. Tras este último viaje viene un largo periodo sin viajes documentados, aunque ya se ha dicho que los hubo. En realidad fue un viaje de huída, ya que comenzó después del cambio de gobernador, cuando Joaquín de Alós le cerró los archivos oficiales y comenzó a hostigarle.

El estudio de la historia natural

Antes del viaje a Yberá dedicaba Azara sus periodos asuncenos a sus trabajos oficiales, pero también a salir de caza o de pesca por los alrededores de la ciudad, donde podía obtener y luego estudiar y describir adecuadamente los ejemplares conseguidos, e incluso prepararlos para su conservación. Pero después de aquel viaje, sin abandonar sus tareas relacionadas con la delimitación de la frontera y la confección de mejores mapas empleó más tiempo en sus trabajos de historia natural, que le ocasionaban menos sinsabores. Además, sus conocidos de Asunción y hasta sus domésticos, sabiendo su afición, comenzaron a traerle ejemplares de animales que ellos mismos habían obtenido. CONTRERAS (2011a) señala que su fuente principal de aprovisionamiento de animales serían los indios payaguás o de otras etnias chaqueñas, que los traían desde el lado argentino en la ribera opuesta, subiendo o bajando normalmente en canoas por el río Paraguay, pero confiesa que sólo se trata de conjeturas.

Por entonces hacía tiempo que, ya en su casa, ya en otro edificio, había sido habilitado un espacio para trabajar en tres líneas: las tareas vinculadas a la demarcación, que por entonces y fuera de los viajes exploratorios se reducían a correspondencia, para la cual sólo requería una mesa en estancia iluminada, plumas, tinta y papel: los trabajos de cartografía, que servían de apoyo a los del trazado de la frontera, y que requerían además de lo anterior, una mesa plana de mayor

superficie para trazar y extender los mapas, así como las reglas graduadas, compases, pantómetras y otros instrumentos de dibujo; por último los trabajos relacionados con la historia natural, que se llevarían a cabo en otra estancia y que implicaban el examen, descripción y preparación de los ejemplares que había empezado a reunir. Para ello necesitaba muy pocos medios, dado lo burdo de los métodos de conservación que entonces conocía y podía aplicar.

Las técnicas de taxidermia eran allí y entonces rudimentarias, y se reducían a embotellar los ejemplares pequeños con alcohol etílico - normalmente ron o aguardiente de caña-, y vaciar los grandes, intentando no dañar el pelaje o el plumaje, someter la piel a un burdo curtido secando su parte interior con sal, acompañada a veces de cenizas, rellenarla de algodón o estopa y dejarla secar⁴⁶. En realidad antes de 1787 Azara no debió conservar muchos ejemplares. Los describía, medía y anotaba las descripciones, las medidas y guardaba algunos dibujos, pero todavía no daba al conjunto la forma de libro.

Es ahora cuando cabe preguntarse si en estos meses sin viajes comenzó Azara a estudiar y anotar sus observaciones de forma metódica, pasando así a la segunda fase del desarrollo de su interés por la naturaleza. CONTRERAS (2011a), supone que no fue así y que este interés comenzó en el momento de su primer contacto con la naturaleza americana, mientras que en otro punto indica que comenzó en el viaje a Villarrica, poco después de su llegada a Asunción. Pero ya se ha visto que el interés por la naturaleza comienza a manifestarse en el viaje de Buenos Aires a Asunción. En cuanto al interés por su estudio Contreras tiene razón en parte, ya que, en efecto, según AZARA (1904) fue en ese viaje cuando manifestó por primera vez, de manera sumaria, su plan de trabajo: *“para dar alguna forma a mis apuntamientos escribiré primero mis derrotas particulares, y después todo lo que es general al país y habitantes. Las apuntaciones de aves y cuadrúpedos irán aparte, porque son tantos que componen una obra separada, y no pequeña.”* Pero planificar un trabajo no es lo mismo que comenzar a ejecutarlo, y para esto el aragonés no tuvo tiempo material hasta después del gran viaje a Misiones de Argentina. Probablemente podemos datar el comienzo del primer estudio sistemático, el de las aves paraguayas, a mediados de 1785.

⁴⁶La taxidermia, una técnica muy antigua, nació, para su uso científico en 1787, cuando se publicó el primer libro sobre el tema, debido a Joseph MANESSE, un sacerdote y químico aficionado que trabajaba para el *Jardin du Roi*, como Buffon. El término “taxidermia” se usó por primera vez en 1800. Para la historia de la taxidermia ver el enlace <https://www.taxidermidades.com/2012/06/cronologia-de-la-historia-de-la-taxidermia.html>.

Walckenaer, quien habría recogido la información del mismo Azara, describe cómo éste fue desarrollando un método de estudio a partir de cero. Al principio no pensó en llevar a cabo estudio ninguno: se limitaba a desollar las piezas para enviar las pieles a Europa cuando se pudiera. Al ver que se pudrían decidió escribir una descripción detallada de cada pieza. Pronto tuvo que abandonar esta idea debido al gran número de animales que se le acumulaban, y pasó a describir las especies. Cuando tuvo más de 100 especies descritas vio que debía resumir de alguna manera las descripciones y tuvo que agrupar las especies por semejanza de forma, color, dimensiones, etc. Obtuvo así una rudimentaria clasificación que le permitía dar las características genéricas de un grupo sin tener que repetir las para cada especie, y señalar para cada especie los rasgos que le eran propios.

Para conseguir un buen resultado necesitaba cualidades que no tenía, y por ello en ocasiones describía como especies distintas algunas que no lo eran y como especies diferentes otras que eran variedades, crías o individuos de distinto sexo. Una de estas carencias era su escasa habilidad para el dibujo artístico, señalada ya en su expediente académico. En ocasiones llegó a pedir a algún miembro de su partida o de la de Aguirre (a Pedro Cerviño o a Julio Ramón de César) que le mandase un dibujo de una planta o un animal, pero claro está que no podía ilustrar todas las especies que describía y eso le obligaba a descripciones muy minuciosas. La segunda cualidad que le faltaba era una formación académica mínima en historia natural, que le hubiera permitido evitar los errores iniciales. Pero compensó esta carencia con su paciencia, su rigor en las descripciones, la experiencia acumulada, que le llevaba a reescribir una y otra vez sus textos y sobre todo la inapreciable ayuda de los indígenas que le llevaban las piezas, los cuales, como es sabido, empleaban una taxonomía empírica de precisión envidiable.

Otro requisito que le faltaba era el acceso a la literatura botánica y zoológica. Ciertamente, él conocía la necesidad de consultar obras de otros naturalistas, pero no lo había hecho en España, y en Paraguay, donde lo necesitaba, no podía hacerlo, porque encontrar libros de historia natural en Asunción era muy difícil. Los boticarios que hubieran podido necesitarlos eran muy pocos en tiempos de Azara, y además se contentaban con sus propias recetas. Intentó consultar los archivos de la ciudad, pero aparte de que estaban hechos un verdadero caos, tenían muy poco material sobre el tema, y además, como ya se ha dicho, el gobernador le impidió su consulta apenas comenzada. A pesar de todo, Azara logró leer algunos libros que trataban de la geografía de la región, varios de ellos escritos por los jesuitas antes de su expulsión. Relaciona sus fuentes en la introducción a su libro *“Viajes por la América meridional”*, indicando que consultó a siete autores, cuya obra

comenta, y que ha seleccionado por ser los historiadores más destacados del país. Son Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Antonio Herrera, Ulrico Schmidl, Martín del Barco Centenera, Ruy Díaz de Guzmán, y los jesuitas Lozano y Guevara. Descalifica a Cabeza de Vaca porque había sido apresado y encarcelado, y afirma que las memorias que escribió para justificarse tras su cautiverio no son creíbles. A Herrera porque no había estado en el país y su texto sigue el de Cabeza de Vaca, a Barco Centenera porque no intentó investigar la verdad de lo que relata y se deja arrastrar por un espíritu de maledicencia, etc. A los dos jesuitas, a quienes nombra simplemente con el apellido, dedica las críticas más duras, y sólo salva a Ulrico Schmidl, quizás porque era militar extranjero al servicio de España, y de quien dice que complementa muy bien su obra. No parece una crítica muy equilibrada, pero sin duda obtuvo datos de todos esos autores, aunque muy pocos, si hubo alguno, se refiere a la historia natural⁴⁷.

Ya que entre 1787 y 1791 careció Azara de cualquier documentación publicada (él mismo se queja de “*hallarse perdido en estos desiertos, sin libros y sin entendidos en la historia natural*”), no pudo acceder a las obras de referencia publicadas por aquellos años en Europa. Las de los grandes maestros, Linneo y Buffon, ya estaban difundidas en España, pero no en América (v. nota 28), y sólo la segunda estaría al alcance de Azara en la década siguiente. Todo ello permite comprender la seguridad que tenía nuestro autor en sus propias descripciones, que, evidentemente, eran acordes con la realidad, y en el peculiar marco científico en que las situaba, pues no conocía otro. Y esta seguridad poco fundamentada sería la causa de sus desacuerdos con científicos eminentes, que luego darían pie a las duras críticas de Groussac.

Dadas las penosas relaciones entra Félix de Azara y Joaquín de Alós, quien intentó apropiarse de los escritos del aragonés y enviarlos a Madrid como suyos, era natural que el primero hiciese copias de los mismos y las guardase en lugar seguro, dejándolas a veces en manos de sus amigos de confianza. Sin embargo, alguna de las copias pudo escapar o ser adquirida por terceros, y en algún caso llegó a publicarse por entregas en ciertos periódicos de Buenos Aires. De allí las tomó el virrey para completarlas malamente y enviarlas también a España como obra propia. Esta circunstancia nos permite conocer cuán apreciada era la obra de Azara por los mismos que la denostaban y minimizaban la contribución de su autor.

⁴⁷El autor de estas páginas señala (MARTÍNEZ RICA, 2008) que Azara pudo obtener también información de alguna de las lecturas previas a su salida de España, en especial de los libros de viajes. Se trata sólo de una conjetura razonable, aunque uno de tales libros, *Description d' un voyage autour du monde*, de Louis Antoine de Bougainville, ya editado en español en 1772, es probable que fuera leído por Azara antes de su viaje, pero sólo como entretenimiento y sin especial atención a la historia natural.

Pero además nos revela un detalle del método de trabajo de Azara. Éste reescribía una y otra vez sus manuscritos, añadiendo detalles, suprimiendo otros o modificando los más. Como muchos de los manuscritos se perdieron, ya en Argentina, ya de vuelta en Europa, antes de la publicación de sus obras, no es fácil seguir la evolución del pensamiento azariano. Está claro que en los primeros manuscritos, y sobre todo, en los primeros diarios de viaje, hasta 1787, los conocimientos de Azara sobre la naturaleza sudamericana eran mucho más precarios que en los años subsiguientes. Entre 1787 y 1791 ya contenían menos errores y ambigüedades, y entre 1791 y 1796 alcanzaron lo que hubiera sido la redacción definitiva de no ser porque en ese último año llegó a adquirir conocimientos de historia natural que le proporcionaron un nuevo marco de referencia.

Las ediciones definitivas de las obras principales de Azara son ya del siglo XIX, tras su regreso a Europa, y mucha de la información que contienen ha sido filtrada, completada y mejorada por los conocimientos adquiridos por el autor después de 1796, y también por las mejoras debidas a sus relaciones con naturalistas europeos después del retorno desde Argentina. En esas obras se muestran las ideas biológicas de Azara ya desarrolladas, no en el periodo de formación, correspondiente a los años pasados en Sudamérica, que es el considerado en este artículo.

La difusión de los trabajos: de 1788 a 1791

La envidia y la hostilidad del gobernador de Paraguay, D. Joaquín de Alós y Bru, hacia Félix de Azara fueron causa de un cambio en la orientación del trabajo de éste último. Azara se dedicó más a escribir y copiar sus obras, menos a viajes prolongados, y nada a los trabajos de demarcación. Era natural este cambio, pues Alós había censurado sus viajes, había intentado prohibir a los indígenas que le trajesen material, y hacía poco o nada para conseguir que llegaran los demarcadores portugueses, además de impedir la consulta de los archivos oficiales y de intentar apropiarse del material de Azara para atribuírselo a sí mismo. También era natural que el desánimo empezase a crecer en el aragonés, y nacieran en su mente las primeras ideas acerca de la necesidad de pedir el relevo. CONTRERAS (2012a) señala también el periodo que va de 1788 a 1791 como el del cambio en el entusiasmo de Azara y el de su deriva hacia el pesimismo.

En este periodo, sin embargo, Azara contribuyó también al desarrollo de la historia natural con el envío de material más o menos conservado al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid. El detalle de estos envíos se encuentra en la correspondencia de Azara y en las obras de los autores que se han ocupado de las peripecias de éste en Sudamérica o en la historia del citado Museo.

Los funcionarios españoles en las tierras de ultramar tenían de la Corona el encargo específico de suministrar al Real Gabinete de Historia Natural materiales procedentes de los territorios en que trabajaban, y muchos de ellos cumplieron dicho encargo. Así, las primeras aves sudamericanas llegaron a Madrid ya en 1777. Azara se sumó a éstos a finales de 1787, cuando envió al Gabinete un cajón conteniendo más de 400 ejemplares de aves paraguayas conservadas en aguardiente de caña. El material fue recibido y se conserva su listado, pero los responsables de la institución no acusaron el recibo.

Sucedió que en 1786 había fallecido el primer director del Gabinete, Franco Dávila, y en el año siguiente se nombró un sucesor en la persona de Eugenio Izquierdo, y un “*formador de índices*” (archivero o encargado de los catálogos) en la de José Clavijo. En realidad Izquierdo, protegido y agente de Manuel Godoy (el nombramiento oficial de Izquierdo como director es de 1792, el mismo año en que Godoy fue nombrado primer ministro), se interesó mucho menos por la historia natural que por los manejos políticos de su protector, de manera que el director de hecho sería Clavijo, nombrado más tarde vicedirector.

Clavijo era un ilustrado canario que se había establecido en Madrid, primero como editor de periódicos y luego (tras un paréntesis de tres años, en el que fue expulsado de los servicios públicos “*por su mala conducta*”), como empleado del Real Gabinete. Su tarea inicial de catalogador le llevó a interesarse por el vocabulario técnico de la historia natural, del cual elaboró una lista de equivalencias en distintos idiomas que le pareció bagaje suficiente para emprender una tarea más ambiciosa, la traducción al español de la Historia Natural de Buffon. El primer volumen de esta traducción se publicó en 1785, con un largo prólogo del traductor. Este recibió alabanzas por doquier, pero la más importante para él fue sin duda la del propio Buffon, quien declaró que la traducción de Clavijo era la mejor que conocía.

La recepción de material enviado por funcionarios, corresponsales, o por otros museos en régimen de intercambio correspondía al director, pero como éste rara vez iba por el Real Gabinete, era Clavijo quien firmaba la mayor parte de los envíos. El ingreso se hacía constar normalmente en los archivos, pero a menudo no se acusaba el recibo al remitente. Así ocurrió en el caso de Félix de Azara, quien se molestó por el silencio de los receptores. Su reacción, tras dejar un margen de dos años para la respuesta, fue remitir una nueva colección de aves conservadas en aguardiente, en este caso mucho más pequeña que la anterior (87 ejemplares según CALATAYUD, 2009,

84 según Azara). Además Azara escribió una carta al Conde de Floridablanca, en 1790 todavía Secretario de Estado, comunicándole el nuevo material enviado para el Gabinete, lo cual hizo intervenir directamente al conde en el asunto.

En estas circunstancias Clavijo tuvo que pronunciarse de un modo u otro, y lo hizo dando cuenta a Floridablanca de la recepción del segundo envío, sin mencionar el primero, que presumiblemente se habría destruido. Reconoce que en el material de Azara hay muchas especies nuevas, pero no deja de apuntar una crítica velada a la forma tan personal en que el remitente nombra los animales y escribe sus descripciones.

CONTRERAS (2011a) achaca a Clavijo la destrucción del material enviado por Azara, y lo mismo hace LÓPEZ PIÑERO (2002), cargando las tintas: “. . . y para ocultar su absoluta falta de formación para el cargo se dedicó al “acoso y derribo” de grandes naturalistas como Félix de Azara, Charles Gimbernat, Juan Bautista Brú, Juan Vilanova y José Antonio Pavón”. Por el contrario CAPEL (2005), más prudente, señala que el material se perdió, pero “No sabemos si eso sucedió por animadversión de los naturalistas madrileños, como a veces se pretende, o simplemente por el hecho de que los envíos estaban mal realizados, sin tener en cuenta las normas de conservación que se habían dado para ello”.

Probablemente la verdad se encuentra entre las dos posiciones extremas de López Piñero y de Capel. Es muy posible que el material enviado por Azara llegase en mal estado, dada la poca eficacia del medio de conservación empleado. Pero como argumenta Contreras, las normas del Gabinete exigían que del material deteriorado se salvaran y montasen al menos los esqueletos, de manera que la ausencia de éstos debe atribuirse, en el mejor de los casos, a negligencia. Es posible que esta negligencia no fuera causada por la animadversión, pero sí por una cierta conciencia del propio valor (¡Ahí es nada ser el traductor de la obra del insigne Buffon, quien por cierto ha alabado el trabajo, y además dirigir, de hecho, el templo de la historia natural en España!) frente al de un naturalista aficionado y bisoño, que remitía un material de dudoso valor (dudoso por desconocido), en mal estado y para colmo con los nombres escritos, no ya en francés o en español, sino en guaraní.

En todo caso el material desapareció en su casi totalidad. De hecho no es posible saber ni siquiera la cantidad de material enviado, pues si bien son seguros los dos envíos comentados de 1787 y 1790, es posible que hubiese un tercer envío (MARTÍNEZ RICA, 2008) y el propio Azara,

en carta dirigida al Marqués de Sonora⁴⁸, Ministro de Indias, alude a la posibilidad de otras remesas: “*Ahora dirijo a V.E., para ese Real Gabinete, por mediación que he solicitado del Sr. Virrey, un cajón que incluye 84 aves sumergidas en aguardiente, con sus descripciones hechas por mí, y pienso continuar estas remesas mientras me hallo por aquí.*” (Seguramente se trata del segundo envío, que se retrasó por la intermediación del Virrey, y no llegaría hasta 1790). DE LAS BARRAS DE ARAGÓN, en AZARA (1998) indica que publicó un conjunto de documentos, de los que algunos se refieren a los “*repetidos envíos*” de aves efectuados por Azara, y en concreto registran la llegada de dichas remesas a La Coruña.



Figura 5: Ejemplar de tatú gigante (*Priodontes maximus*) enviado a España por Félix de Azara y aún existente en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. El ejemplar no forma parte de las remesas enviadas al Real Gabinete, sino que se mandó a Manuel Godoy, quien lo hizo llevar al Gabinete (de CABRERA, 1913)

En la misma carta que acompañaba al envío principal de 1787 alude Azara a la situación de su manuscrito sobre las aves, indicando que había descrito ya 244 especies. Como su obra definitiva sobre las aves del Paraguay incluirá 448 especies, a mediados de 1788 tenía escrita más de la mitad de la misma. Habiéndola comenzado, como se ha dicho, dos años antes, hubiera podido terminarla en 1790, de no ser porque las nuevas especies a añadir son más raras que las comunes, y se obtienen con mayor esfuerzo y tiempo (una circunstancia bien conocida por los recolectores de fauna o flora, y también por los coleccionistas de cualquier tipo). En realidad iría añadiendo especies a su lista durante los años siguientes, y hasta después de su regreso a España. Sin embargo, en la

⁴⁸José Gálvez, el Marqués de Sonora, había muerto en Junio del año anterior, pero es muy posible que Azara no se hubiese enterado de ello.

nota citada, De las Barras De Aragón recoge una carta fechada en Noviembre de 1788, de Nicolás del Campo, Marqués de Loreto y Virrey por entonces de Río de la Plata, en la que se dirige al Ministro de Indias, Antonio Porlier, informándole de que estaban ya terminadas las *Apuntaciones para la Historia Natural de los Pajaros del Paraguay*, y que le remitía los dos volúmenes que ocupaba la obra. Como la obra no apareció en forma impresa hasta 1802, es evidente que en este caso se trataba de una copia de la versión inicial manuscrita, y todavía incompleta, de la obra de Azara, como las que el autor estaba distribuyendo a sus amigos de confianza.

Es más, un examen de las fechas revela que la carta del Virrey al Ministro de Indias no se refería a un envío inmediato, sino a un envío que tendría lugar cuando Azara le remitiese la copia solicitada, lo que no ocurriría hasta bien entrado el año 1789. En el prólogo de la primera edición el naturalista aragonés explica la dolorosa gestación de la obra, que le costó mucho debido a su ignorancia en cuestiones de historia natural: “y comencé a entresacarlos hasta que concluí este trabajo malísimamente; porque mi ignorancia entonces era mucha. En este estado tuve orden del Virey (sic) para enviarle mis escritos que quería dirigir a la Corte, y se los remití a Buenos Aires, donde los vio Don Antonio de Pineda y Ramírez, naturalista que iba con dos corbetas a dar la vuelta al mundo; y habiéndole gustado me pidió una copia, que le remití y recibí en Lima, ofreciéndose a ordenar y poner mi trabajo en mejor estado, como me escribió desde Guayaquil”⁴⁹.

Tras finalizar esta primera versión del trabajo sobre las aves y a instancias del Cabildo de Asunción, Azara comenzó a escribir una descripción general de las regiones visitadas, especialmente del Paraguay. La primera versión manuscrita de esta obra se terminó en 1790, y llevaba por título *Geografía Física y Esférica de la provincia de Paraguay y Misiones Guaraníes*. Los avatares de esta obra, hasta su publicación fueron numerosos, pues fue modificada en posteriores versiones manuscritas, cambiando el contenido y hasta el título, para llegar a la definitiva de 1802, cuando Azara la concluyó. La primera edición impresa es póstuma, pues la publicó en 1847 su sobrino Agustín. No se comenta por ahora ese libro, cuya redacción sale en gran parte del marco temporal de este artículo y al que se alude en el presente párrafo tan sólo porque es un ejemplo del trabajo que Azara desarrollaba en los años aquí contemplados.

⁴⁹Antonio Pineda llegó a Montevideo y luego a Buenos Aires en noviembre de 1789, como miembro de la expedición de Malaspina. Pudo ver la copia enviada al virrey, y pidió a Azara otra para mejorarla, incorporando el sistema linneano de clasificación del que era uno de los primeros usuarios en España. Seguramente emprendió este trabajo de adaptación durante el viaje, pero no terminó ni dicha adaptación ni el viaje, porque murió durante el mismo, en las Islas Filipinas.

En un terreno muy alejado del que reflejan los párrafos anteriores Azara tuvo en estos años una pequeña alegría: en 1789 fue ascendido nuevamente, esta vez a capitán de navío, alcanzando el mismo grado que tenía José de Varela, el director de toda la misión de demarcación. Este grado, equivalente al de coronel en el ejército de tierra, comportaba el tratamiento de “Vuestra Señoría”, V.S. (hoy “usía”), en lugar del más simple de “Vuestra Merced”, Vmd., (hoy “usted”). Este tratamiento se aplica a partir de entonces en muchos de los documentos oficiales que se dirigen a Azara.

La impotencia y la melancolía: De 1791 a 1796

En la carta dirigida al Marqués de Sonora citada unos párrafos atrás ya se deja entrever una expresión de desánimo y un deseo de cambio de tareas y abandono de una misión inútil, pues la carta continúa así: *“En esto ocupo mi tiempo, y en perfeccionar los conocimientos geográficos y físicos de estos países, ínterin se me manda otra cosa: lo único que me estimula es el amor a mi Patria, el que no se me tenga por holgazán y el adquirir concepto ante V.E. para que me ocupe en todo lo que guste”*.

A finales de 1789 se hizo cargo del virreinato D. Nicolás de Arredondo, lo cual si bien no solucionó los problemas de fondo con que se encontraba la misión de Azara, por lo menos hizo menos difícil el diálogo. Así, el número de cartas dirigidas por Azara al virrey se incrementa, y casi todas ellas tratan de las usurpaciones portuguesas en El Chaco, de la necesidad de tomar por límites del Paraguay los ríos indicados por el aragonés según ordenan las instrucciones reales, y en consecuencia, de la necesidad de avanzar y poblar el alto Paraguay, facilitando así el acceso a las minas de Matto Grosso y dificultándolo a los lusitanos. Pero en Febrero de 1791 reconoce por primera vez la inutilidad de sus esfuerzos y aboga por el abandono provisional de su misión y la de Francisco de Aguirre: *“En este concepto me parece que podrían ahorrarse los sueldos y gratificaciones de estas partidas mandándolas retirar a esa (Buenos Aires), donde cuando las cosas estuviesen corrientes podrían formarse de nuevo en pocos días, y despacharse a sus destinos, a los que llegarían antes del tiempo preciso, para acopiar las mulas y demás necesario a la demarcación”*.

No se haría caso de esta sugerencia y, por el contrario, se decidiría que fuese Azara mismo quien se pusiese en contacto con los portugueses, les hiciera venir, y efectuase la demarcación con los límites aceptados por ellos, a lo que Azara se negó por contravenir los tratados y las órdenes reales. Sin embargo todavía aceptó el acudir al punto de encuentro en Curuguatí e iniciar las

negociaciones. Se le aseguró por parte del virrey que esta vez los portugueses acudirían, y se le encargó preparar la expedición, proporcionándole fondos para ello (aunque menos de un tercio de los necesarios). Pero llegado el mes de Julio y ya desde Curuguatí, escribe otra desengañada carta al virrey en la que solicita claramente su retiro: *“Se pasó el tiempo en que ofrecieron llegar a esta los portugueses, y dos meses más, sin que puedan disculpar tanta demora con el pretexto de malos tiempos, ni otros acontecimientos de viaje . . . Yo no sé qué ideas pueden tener los lusitanos para haber tardado los años de vida de un hombre sin resolverse a decirnos que vendrán, y después que lo han dicho temo que ha de pasar el siglo presente sin que parezcan por acá. Dejo aparte lo sensible que me es la consideración de que paso la mejor parte de mi vida y de los años más útiles de ella en este destierro, viendo que he de acabar el resto de mi existencia inútilmente o habré de pedir mi retiro de esta veterana partida, porque los hombres no son eternos; y sólo traigo a la consideración de V.E. los costos que sufre el erario, mayormente ahora que se están manteniendo muchos peones en el apoyo y custodia de los auxilios que pidieron los portugueses, y los que por nuestra parte están prontos para hacer una demarcación que tiene trazas de no principiarse”*. Este sería el último intento de Azara para cumplir con su misión, pues a partir del nuevo desengaño ya no daría crédito a ninguna noticia que le asegurase la llegada de los demarcadores portugueses.

El diario de Juan Francisco de Aguirre nos muestra un nuevo ejemplo del paralelismo entre las experiencias y los pensamientos de éste y los del mismo Azara. Cuando su solicitud de traslado es aceptada escribe Aguirre: *“En este estado voy a emprender mi regreso a Buenos Aires. Dejo al fin una comisión que tiene los caracteres de eternidad como hiperbólicamente escribí al Excmo. Sr. D. Antonio Valdés, Secretario de Estado y del Despacho de Marina, dándole parte de lo sucedido para que se sirviese destinar me como lo tuviese por conveniente. Tales circunstancias disminuyen mucho el desconsuelo que me queda de no haber verificado la Comisión, y me es más honorífico dejarla por mi voluntad, cuando para venir a ella merecí ser electo”*.

La correspondencia de Azara con las autoridades del virreinato se vuelve en estos años tan frecuente como molesta para sus destinatarios, que, como los portugueses, no hacen otra cosa que dar largas sin emprender las acciones sugeridas por el comisario. En algunas de las cartas Azara advierte de lo que ocurrirá en pocos años si no se siguen sus consejos, la pérdida definitiva de inmensos territorios, la captura de sus habitantes, súbditos del Rey de España, para llevarlos a trabajar en las minas del Brasil, la pérdida de los derechos exclusivos de navegación por algunos ríos, etc. En algunos casos llega a indicar plazos aproximados para que esto ocurra, y lo curioso

es que buena parte de sus predicciones se cumplió incluso antes de su regreso a España. Resulta chocante que fuese a finales del siglo cuando las autoridades, tanto en la metrópoli como en América, comenzaron a comprender la importancia de las razones del aragonés, y a actuar de la manera adecuada el mismo año (1801) en que éste volvió a España, cuando ya era demasiado tarde, como él mismo había advertido.

Mientras que las cartas dirigidas a las autoridades insisten una y otra vez en lo que había que hacer para prevenir las catástrofes que se avecinaban, las que dirige a sus amigos, especialmente a Pedro Cerviño y más tarde a Miguel Lastarria, son más bien de desahogo. Persuadido de que le comprenderán mejor que nadie, se anima a explicarles sus quejas, no tanto de la indiferencia de algunas de las autoridades, sino sobre todo de su incapacidad, indolencia y en ciertos casos avaricia y corrupción.

Bastará un ejemplo como botón de muestra de esta correspondencia. Se trata de una carta de Félix de Azara dirigida en diciembre de 1794 a Pedro Cerviño, quien también había pedido el relevo en su partida y había sido escuchado y trasladado a Buenos Aires en 1794. Fue sustituido por José Bolaños, quien había entrado antes como segundo subcomisario y a la marcha de Cerviño pasó a ser subcomisario. Dice Azara: *“Tampoco admito la poca diligencia que se hace y Vmd insinúa para remediar los abusos que Vmd ha notado. La experiencia y la razón persuaden de que sólo puede oponerse a tales procedimientos el que se halla limpio y sin temor de juicio alguno. . . La reflexión me hace ver una corrupción universal, y que ninguna Nación nos iguala en abandono, despilfarro, poca previsión y ninguna política. Dios nos ha dado a manos llenas y todo lo desperdiciamos por nuestra bestialidad y ningún Patriotismo, ni principio del verdadero honor: los rarísimos sujetos que piensan bien están arrinconados y sin tener fuerzas para resistir la corrupción general, son el objeto de la ira, murmuración y desprecio universal. Cuando pienso estas cosas me entristezco lo que no puedo decir consolándome únicamente saber lo poco que me resta que vivir”*.

A pesar de su situación y de sus quejas, Azara no dejaba de trabajar en lo que se le ofrecía, además de continuar con la redacción de sus obras geográficas y zoológicas. Es el 22 de Marzo de 1793 cuando el Cabildo de la ciudad de Asunción se dirige al comisario para pedirle un mapa de la provincia así como otros mapas y descripciones geográficas que haya hecho, y es el 12 de Abril cuando Azara contesta a esta petición indicado que está finalizando los cálculos y que podrá enviar los mapas y las descripciones solicitados al cabo de pocos meses. En su respuesta, Azara no deja de advertir que *“quedando mis mapas bien asegurados en esa sala capitular o archivo, podrán*

servir en cualquiera siglo”. Quizás temía lo que al cabo sucedió, la sustracción de los mapas, que ya se ha comentado. El hecho es que los mapas y las descripciones se terminaron y el día 9 de Julio se enviaron al Cabildo. Éste contesta el 23 de Septiembre con una carta llena de alabanzas hiperbólicas y de agradecimientos extremados, que serán sustanciados por el nombramiento de Azara como “*uno de los primeros republicanos⁵⁰ y compatriotas, bajo el respeto, estimación y benevolencia a que es acreedora la persona de V.S.*”

Ya se han comentado las palabras de Walckenaer, recibidas verbalmente del propio Azara, en que se declara la cólera que experimentó el gobernador de Paraguay, Joaquín de Alós, al enterarse del nombramiento hecho por el Cabildo, cólera que llegó al extremo de hacer quitar el mapa de Azara de la sala capitular y el registro de concesión del título honorífico de los archivos. Ya sabemos que ese robo se hizo público y ello obligó al gobernador a justificarse diciendo que Azara había hecho el mapa para favorecer a los portugueses, y que por lo tanto era un traidor que no merecía honores. Como la honestidad y el patriotismo de Azara eran para entonces bien conocidos por muchos, desde el rey hasta el último funcionario de la ciudad de Asunción, las acusaciones de Alós no sirvieron de nada, y él mismo no pudo llevarlas a su consecuencia inmediata: el arresto y prisión de Azara, cosa que hubiera hecho de haber tenido la más mínima prueba en contra del aragonés.

Abandonada toda esperanza de poder algún día desempeñar la misión encomendada de establecer los límites entre las posesiones españolas y portuguesas, y muy disminuidos o suprimidos los viajes de exploración, le quedan a Azara pocas tareas que absorban su tiempo. Además de la correspondencia pública o privada, o el cumplimiento de algún encargo como el efectuado por el Cabildo de Asunción, Azara se ve obligado a dedicarse casi en exclusiva a sus obras de historia natural, dedicación que se comenta seguidamente.

El primer esbozo de un libro sobre el tema es un manuscrito sobre los cuadrúpedos de Paraguay envía a su hermano en 1785. Se trata de un esbozo sin pretensiones al que Nicolás de Azara se referirá quince años más tarde como “*un fragmento informe*”, y que a pesar de dicha calificación se leyó en el Institut National y gustó mucho. Sin embargo, al tratarse de una obra de principiante, merecería sin duda el duro juicio fraterno. Félix de Azara siguió trabajando en ella en los años siguientes, pero simplemente mediante la adición de nuevas especies o mediante modificaciones

⁵⁰Claro está que la calificación de “republicano” en este caso no se opone a la situación de súbditos de la corona de España que viven y aceptan casi todos los ciudadanos de Asunción. Se entiende en el sentido de “servidor de la *res publica*”, es decir del estado en general y de la ciudad de Asunción en particular.

menores. El manuscrito definitivo en español estaba terminado en 1796, e incorporaba adiciones y modificaciones importantes, que serían mayores aún en la obra publicada por primera vez en francés y en el año 1801.

Sigue después el libro sobre las aves, que en versión manuscrita estaba terminado en 1789, a tiempo para entregar una copia al virrey, y para enviar otra al naturalista Antonio Pineda, quien la recibió en Guayaquil. Una tercera se envió a España con el material destinado al Real Gabinete de Historia Natural. Probablemente estas copias eran idénticas, pues no hubo tiempo para revisarlas y modificarlas, a pesar de que Azara pudo disponer de un escribiente, suministrado por el Marqués de Loreto. En la carta ya reseñada y dirigida al Conde de Floridablanca, en que se da cuenta de los envíos de material ornitológico y de la copia de este manuscrito, el propio Azara resume el estado de la obra en aquel momento: *“He descrito más aves duplicadas que todos los Viageros Americanos juntos: he hecho ver que se sabe poco o nada en Europa sobre el particular, y he remitido una colección de 401 avecillas, que hubiera duplicado si la escasez de Vasijas y auxilios no hubieran limitado a uno o dos individuos de cada especie . . . El amor patrio que me ha hecho trabajar , me precisa suplicar a V.E., como el más interesado en los adelantamientos de toda especie, que haga ver mi ornitología por algún Profesor que la aumente con las aves que haya en el Real Gavinete, la ordene, pula y hermosee con comparaciones”*. Bien se ve que Azara es consciente de las imperfecciones de su manuscrito, y que desea que alguien se encargue de mejorarla, como había ofrecido hacer Antonio Pineda, ignorando uno y otro que la muerte del segundo frustraría esta labor.

La siguiente entre las obras principales de Félix de Azara es la que comenzó como una simple descripción de la provincia de Paraguay, solicitada por el Cabildo de Asunción como se ha indicado anteriormente. Evolucionó hasta llamarse *Historia del Paraguay*, en un manuscrito que Azara remitió a su hermano Nicolas, y que este entregó a un amigo de París para su edición. Sin embargo a finales de 1800 parece ser que Nicolás de Azara logró recuperar el manuscrito, que ahora titula *“Descripción e Historia del Paraguay”*, y pretendió darlo a la imprenta. Estos avatares y otros más complicados sufrió la obra, que en realidad no llegó a publicarse. Finalmente, en 1847, Agustín de Azara, sobrino y heredero del naturalista, con la ayuda de Basilio Castellanos de Losada, logró publicar el libro con el título *“Félix de Azara y sus Memorias póstumas sobre asuntos del Río de la Plata y del Paraguay”* título que cambiaría de nuevo en 1904, cuando

se publicó la primera edición uruguaya, hecha a partir del manuscrito original conservado en la Biblioteca Nacional de Montevideo, con el título dado por Azara y definitivo de “*Geografía Física y Esférica de las Provincias de Paraguay y Misiones Guaraníes*”.

Por último Félix de Azara comenzó a escribir desde su llegada a tierras americanas algunas anotaciones que unidas a sus diarios de viaje, sus informes oficiales, su correspondencia, y las demás anotaciones que hacía para los manuscritos de sus obras, generaron una obra divulgativa, en la que describe sus propias experiencias en Sudamérica, y que se publicaría inicialmente en 1809 y en francés con el título de “*Voyages par l’Amérique Méridionale*”. Esta obra se elaboró tardíamente a partir de retazos diversos y por distintos editores, y de hecho su construcción cae casi por entero después de la salida de América del naturalista aragonés, por lo que no será comentada aquí.

La etapa pampásica: 1796-1797

Como ya se ha indicado, después del último intento de reunión con los demarcadores portugueses en Curuguatí, fallido como todos los precedentes, Félix de Azara pidió su relevo y también el fin de las labores de demarcación en su partida. No era el único que estaba desengañado por un trabajo que no se podía terminar, y ni siquiera empezar.

A diferencia de las partidas primera y segunda, cuyos comisarios, José Varela y Diego de Alvear pudieron terminar mal que bien su comisión, y emitir su informe ya en 1784, no ocurrió lo mismo con las otras partidas. Ni unas ni otras, sin embargo, fueron autorizadas a disolverse, y debieron permanecer sobre el terreno o dedicadas a otros empeños hasta que llegase tal autorización. Pero por razones de salud se permitieron cambios en la composición de las partidas, y la retirada adelantada de algunos enfermos.

La primera baja entre los demarcadores fue la de Rosendo Rico, en este caso por defunción, pues murió en 1784 desempeñando sus tareas en la segunda partida, a las órdenes de Diego de Alvear. La siguiente, en este caso no definitiva, fue la de Martín Boneo, el subcomisario de la tercera partida, quien había ayudado al comisario de manera excelente, debiéndosele algunos de los mapas firmados por éste. Pero su salud comenzó a deteriorarse a causa de la mala alimentación (sufría de escorbuto, porque la alimentación, casi exclusivamente de carne, no le aportaba las vitaminas necesarias, y además se estaba quedando sordo), por lo que solicitó en 1791 su traslado a Buenos Aires, lo que le fue concedido en 1792.

Los demás miembros de las partidas primera y segunda fueron dejando sus áreas de demarcación y trasladándose a Buenos Aires o a Montevideo entre 1784 y 1796, y en 1791 Azara pudo encontrar todavía a la partida de Alvear en Candelaria. Los respectivos comisarios habían presentado sus informes sobre la demarcación tiempo atrás, pero lo contraparte portuguesa no los había aceptado y el tema era ahora objeto de negociaciones entre Lisboa y Madrid. Los comisarios debían, pues regresar de vez en cuando al terreno, especialmente en el caso de José Varela, director de todas las partidas.

Pero la situación para las partidas de Félix de Azara y de Francisco de Aguirre era distinta, pues ellos no habían podido efectuar la demarcación a causa de la incomparecencia de las contrapartidas portuguesas. Por este motivo los dos comisarios pidieron separadamente su relevo en 1791, nuevamente por separado al año siguiente y por fin, conjuntamente en 1793. Serían atendidas sus peticiones en 1796, autorizándose su traslado a Buenos Aires. Entretanto llegaba el permiso Azara se dedicó sobre todo a sus trabajos de historia natural y geografía, mientras que Juan Francisco de Aguirre emprendió una serie de viajes al interior de la provincia de Paraguay, *“para rectificar a los geógrafos de S.M., quienes se atreven a publicar mapas por noticias de los naturales, estándose quietos en Madrid, sin un punto conocido, sin un rumbo de juicio y sin una distancia comparada”*.

Llegó, entretanto el turno de la despedida a José de Varela y Ulloa, quien, a pesar de que seguía siendo *de iure* el director de la misión y seguramente por razones de salud, recibió el permiso para embarcar hacia España, lo que hizo con toda su familia en 1793. No permaneció mucho tiempo en el país, sino que decidió volver a América, donde la enfermedad acabó con su vida en 1794. No obstante la falta de dirección conjunta, la misión de demarcación no se dio oficialmente por cancelada hasta 1804, cuando ya todos sus miembros la habían abandonado.

También Pedro Cerviño, amigo y ayudante de Azara en la tercera partida, había pedido el traslado a Buenos Aires, donde vivía su familia, y le fue concedido en 1794. El 19 de Diciembre de ese año Félix de Azara le escribe una carta en la que se alegra de que haya logrado establecerse en la capital del virreinato y le comunica que, por su parte, él no ha tenido aún respuesta a su solicitud de relevo. La colaboración de Pedro Cerviño y Félix de Azara continuará cuando éste último vuelva a Buenos Aires, como se expondrá algo más adelante.

Todos van pidiendo el relevo y a todos se les va concediendo con más o menos retraso. Parece que Azara es el gran olvidado, y algunos (CONTRERAS, 2011a) suponen que este olvido es intencionado. De hecho su insistencia es desagradable para algunas autoridades del Paraguay, del

virreinato y quizás también de la metrópolis. Se prefiere tenerle alejado de la capital, donde por lo menos sus intervenciones se efectúan por la vía menos molesta de la correspondencia. Pero en 1795 el virrey, Nicolás de Arredondo dejó su cargo y fue sucedido por Pedro de Melo y Portugal, a quien Azara había conocido en Asunción como gobernador del Paraguay, considerándolo honesto y competente. Con Pedro de Melo mantuvo lazos de amistad, y pensó que como virrey será mucho mejor que los dos últimos, de manera que esperó su traslado con impaciencia.

El permiso de traslado para Francisco de Aguirre se firmó el mismo día que para Azara. Ambos lo habían solicitado no sólo para trasladarse a Buenos Aires, sino para volver a Europa. Aguirre pudo zarpar hacia España al año siguiente, 1797, pero no así Azara, quien hubo de quedarse en la capital porque se le había asignado una nueva misión.

La última carta de Azara fechada en Asunción es del 17 de Marzo de 1795, y sabemos que estaba en Buenos Aires antes de finales de Febrero del año siguiente, pues el 29 de ese mes (el año era bisiesto), el virrey firma un oficio detallándole su nueva misión, la visita e informes sobre los puestos de guardia en la frontera meridional del virreinato, misión que debe emprender inmediatamente. CONTRERAS supone que la llegada de Azara a la capital debió producirse en los últimos meses de 1795, probablemente en Diciembre (BREZZO, 2005). Si ello fue así, dispuso de algún tiempo para instalarse y efectuar los trabajos más urgentes antes de recibir el oficio de su nueva misión, y lo más necesario para él era evitar la pérdida de sus manuscritos y ponerlos en orden y en seguridad antes de poder ocuparse de su publicación. Por suerte, Buenos Aires le proporcionaba más recursos y apoyo que Asunción –por entonces pasaba ya de los 25000 habitantes (MARIÑAS, 1981), siendo la primera ciudad del virreinato– y pudo concluir este asunto en poco tiempo.

Una vez hecho esto, pudo ocuparse de conocer en detalle el libro del que tanto había oído hablar a sus subordinados, y que le proporcionaría los conocimientos básicos en historia natural, con los cuales contrastar sus propios textos. Era la *Historia Natural* de Buffon. En el prólogo de los *Apuntamientos para la Historia Natural de los Cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata* (AZARA, 1802) el propio Azara relata así su encuentro con esta obra: “*Había apenas dispuesto mis ensayos en el orden más claro que me había sido posible adoptar, cuando recibí orden del virrey de bajar a Buenos Aires . . . donde el capitán de fragata D. Martín Boneo me entregó los doce primeros volúmenes de la Historia Natural de Buffon, traducidos en lengua castellana por D. Joseph Clavijo y Faxardo y como no había sino este número de volúmenes traducidos, don Pedro Cerviño me prestó el resto en original*”.

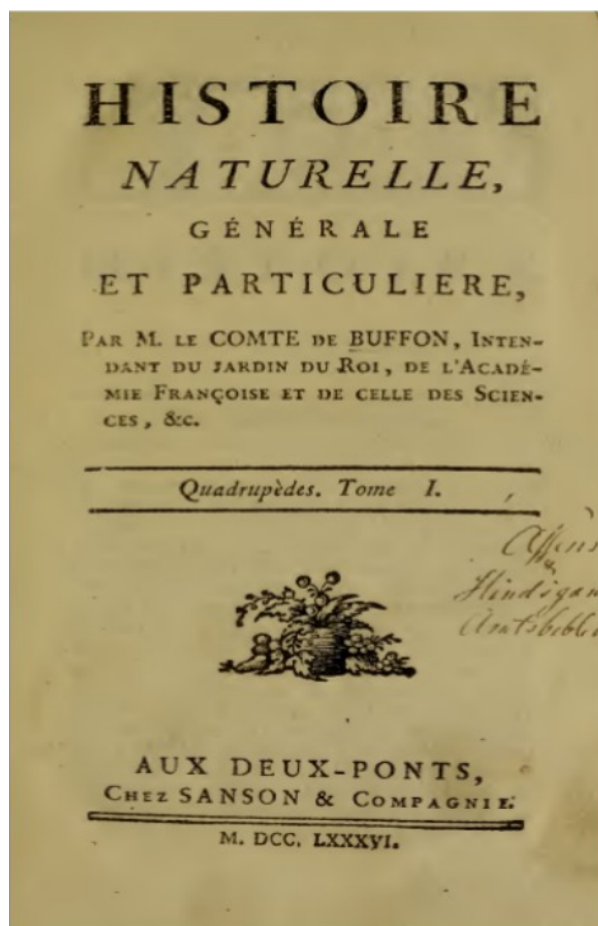


Figura 6: Primera página del primer volumen de la Historia Natural de Buffon, la edición de 1786, que probablemente Félix de Azara pudo consultar en 1796 o 1798 gracias al préstamo de su colega Pedro Cerviño

A finales de 1795, cuando Azara llegó a Buenos Aires, la traducción de Clavijo no había concluido, pero se habían publicado ya los trece primeros volúmenes de la primera edición y los tres primeros de la segunda, todos los cuales trataban de los cuadrúpedos. Boneo no había recibido aún el volumen XIII, aparecido en España en 1793, por lo que sólo suministró doce. El resto lo prestó Cerviño a Azara, y así éste pudo consultar los textos correspondientes a las aves, que en la edición francesa ocupan nueve volúmenes.

Naturalmente, no tuvo tiempo de leer en aquellos días los 21 volúmenes que le interesaban de dicha obra, y probablemente no lo hizo nunca (pocas personas la habrán leído entera), pero sí que pudo leer las introducciones dedicadas al estudio de los cuadrúpedos y de las aves, y también algún texto dedicado a especies concretas de estos grupos. El resto debió dejarlo para más adelante. En todo caso la lectura fue suficiente para percatarse de que en lo relativo a las

especies sudamericanas existían diferencias entre sus descripciones y las que daba Buffon. Como sabía que sus descripciones eran exactas, no tuvo otro remedio que poner en duda las del autor francés.

Analizaremos estas discrepancias algo más adelante, pero de momento interesa destacar un punto. Esta lectura parcial puso en contacto a Azara con la obra de un científico de su tiempo, y le dio una perspectiva sobre el mundo natural que no había podido obtener antes. Por ello marca el momento en que Azara empieza a plantearse un enfoque diferente para sus trabajos, y un marco teórico, todavía insuficiente pero real, que le permite iniciar el estudio científico de mamíferos y aves. A partir de aquel momento esos enfoque y marco no harán sino enriquecerse y permitir una publicación de sus obras muy mejorada. El final del año 1795 señala así la tercera fase de la evolución del pensamiento biológico azariano, que empieza a madurar.

Pero por el momento hubo que dejar de lado estos asuntos y dedicarse a la misión de vigilancia de los fuertes en la frontera sur de Argentina. Desde la fundación de Buenos Aires, la conquista y la colonización se habían dirigido sobre todo en dirección norte y noroeste, es decir, hacia el Paraguay y Uruguay para frenar la expansión del Brasil, y hacia Perú, a cuyo virreinato pertenecía toda la zona de Río de la Plata antes de 1776. Del estuario del Paraná hacia el sur la presión colonizadora se limitaba a la pampa septentrional, con sus suelos ricos y sus pastos altos y lozanos, que permitían una ganadería muy productiva. Más al sur el territorio estaba ocupado por comunidades indígenas con agricultura y ganadería, pero también dependientes de la caza y la guerra. Eran principalmente de etnia mapuche, y para la época de Azara ya compartían el terreno con otras tribus procedentes del norte como los charrúas o los mbyayá. La guerra tenía lugar entre dichas tribus, pero sobre todo con los colonos que inexorablemente iban extendiendo sus tierras hacia el sur.

De Angelis proporciona información sobre el contenido del oficio en el que se asigna a Félix de Azara la misión de reconocimiento de los puestos fronterizos de la frontera sur. Señala los motivos de la misión: *“La proximidad y el arrojamiento de los bárbaros tenían a los pocos moradores del campo en una alarma continua y se trataba ya menos de ensanchar nuestro territorio que de defender la vida de sus habitantes. Hasta entonces y mucho después, el que presidía el vasto virreinato de Buenos Aires mandaba obsequiar a los caciques para que no lo hostilizasen, y era general el deseo de salir de un estado tan degradante. Los hacendados y el Cabildo habían representado al rey la necesidad de avanzar y de proteger las poblaciones; muchas cédulas habían llegado de España con la aprobación de estos planes y destinando fondos para realizarlos”*.

En esta ocasión, gracias a la amistad y al buen concepto que el virrey Pedro de Melo tenía de Azara y sus colaboradores los eligió para la misión. Se encargó, pues, a Azara y a sus amigos Pedro Cerviño y Juan León de Inciarte que comenzaran su tarea de inmediato. El oficio se firmó el 29 de Febrero y se empleó medio mes en acopiar los recursos y personal necesarios y planificar el viaje. Este comenzó el 17 de Marzo, y terminó el 24 de Abril, con el regreso a Buenos Aires. Se necesitaron más de tres meses para redactar el informe de la misión, que los tres expedicionarios entregaron al virrey el último día de Julio.

La expedición recorrió unos 600 km, en cinco semanas, o sea, alrededor de 120 km por semana, una marcha cómoda que permitía las paradas de inspección en los distintos fuertes. Salió de Buenos Aires en dirección NW o WNW hasta llegar al fortín y laguna de Malincue, unos 120 km al SW de Rosario. Allí torció hacia el sur para alcanzar la cabecera del río Salado, y luego giró hacia el ESE, siguiendo el curso de dicho río hasta sobrepasar la longitud de la capital. Queriendo volver al punto de partida fue preciso retroceder por el norte del río hasta situarse al sur de la ciudad, y luego ir en su dirección para alcanzarla. Como se trataba de un viaje con objetivos militares bien concretos en el que no se sufría una inacción obligada, no hubo lugar para desviaciones o para dedicarse a la historia natural. El desarrollo del viaje se recoge en el diario llevado por Azara y en el informe presentado por los expedicionarios, y ambos son muy parcos en detalles que no se relacionen con el objetivo de la misión. Por lo tanto se da seguidamente uno de estos escasos detalles tomado del diario, y luego el resumen de la misión, tomado de De Angelis. Dice Azara: “*Se vieron por estos terrenos de la derrota de este día [29 de Marzo] muchos corzos, mulitas, quirquinchos y algunas liebres*⁵¹. *También se vio la planta llamada romerillo por ser parecido al de España en el olor y hoja, pero no se vio el tomillo, que afirman los naturales que lo hay en abundancia en los campos del S. Entre las hierbas se cría una que da flor amarilla clara, y mascada se percibe el ácido muy semejante al limón*⁵²”. La observación de Azara tiene valor ecológico, pues indica un detalle bien conocido: la alta productividad del rico pasto pampeano

⁵¹Respectivamente *Mazama gouazoubira*, *Dasyopus novemcinctus*, *Dasyopus septemcinctum* y *Dolichotis patagonum*. El quirquincho es en realidad otra especie (*Cataphractus nationi*) pero aquí Azara aplica el nombre a la tercera especie indicada. Las tres primeras especies son armadillos. *Dolichotis* no es una liebre, sino un roedor emparentado con las cobayas.

⁵²El romerillo (*Baccharis linearis*) es un arbusto superficialmente parecido al romero de nuestro país, pero sin el menor parentesco con éste. El tomillo, (*Hedeoma multiflorum*), menos frecuente, si que pertenece a la familia del tomillo europeo. En cuanto a la otra planta, se trata de *Oxalis cordobensis*, el vinagrillo.

septentrional, que nutre a una elevada biomasa de herbívoros. Ya Alvar Núñez Cabeza de Vaca había señalado en 1542 la abundancia de venados y avestruces (ñandúes) en la pampa alta, suficiente para dar de comer cada día sobradamente a su ejército.

El informe entregado al virrey se centra sobre tres puntos, la situación de los fuertes y la conveniencia o inconveniencia de llevarlos o añadir otros más al sur, los abusos derivados de la enajenación de tierras del gobierno, de las que se cedían grandes extensiones a particulares que no las cuidaban ni ponían en producción, y la necesidad de incrementar los medios de defensa de los fuertes, sin abandonar la política de agasajos a los caciques que se venía siguiendo. No siempre los consejos de los expedicionarios son acertados. Azara señalaba el interés de adelantar los fuertes hacia el sur, interés que no compartían Cerviño ni Inciarte. También aconsejó mantener los fuertes equidistantes y en una sola línea curva, desestimando su traslado a otros puntos estratégicos en los que la defensa hubiera sido mucho más eficaz.

Entregado el informe podía quedarle a Azara tiempo para ocuparse de la historia natural, sea en la lectura de la enciclopedia de Buffon, sea en repasar y mejorar sus propios escritos. Probablemente hizo ambas cosas, pues a mediados de Agosto pone fecha a una nueva versión de su libro sobre aves y la envía a su hermano Nicolás (CONTRERAS, 2011a), si bien la información disponible no es segura. Tampoco hay información sobre las actividades de Azara durante el resto del año 1796. Contreras, siguiendo a Monés y Klappenbach, supone que empleó esos meses en el reconocimiento de la costa del río Paraná desde Buenos Aires a Santa Fe. Quizás encomendó ese trabajo nuevamente a Cerviño y a Inciarte, mientras él lo supervisaba ocasionalmente mediante viajes breves a la zona cartografiada.

En todo caso llegó el año 1797 y Azara se enteró de que iba a ser nombrado por el virrey Pedro de Melo Comandante de la Banda Oriental, es decir, del actual Uruguay. Iba a recuperar así sus actividades en el Ejército tras su paso por la Marina. Tendría que desplazarse a Montevideo pero ello sucedería tras una visita previa del propio virrey a esa ciudad. La visita se efectuó en el mes de Abril, con tan mala fortuna que el virrey se cayó del caballo que montaba y se hirió gravemente, falleciendo al poco tiempo.

Como el nombramiento de Azara se había efectuado entretanto, él era a todos los efectos Comandante de la Banda Oriental. El virrey interino, que acabaría siendo nombrado oficialmente, Antonio Olaguer y Feliú, era un militar de muy alta graduación, mariscal de campo, pero no tenía

mucha experiencia en el manejo de la administración civil. Por ello recurrió a la ayuda de Félix de Azara, quien se hizo cargo de la “testamentaría” del anterior virrey, es decir, el complicado sistema de papeleo de la secretaría virreinal.

A principios de Mayo de 1797, poco después de la muerte de Pedro de Melo, Azara escribe a Pedro Cerviño quejándose de sus “infinitas ocupaciones”, y un mes más tarde vuelve a escribirle, alegrándose de que esté con buena salud, y quejándose nuevamente del exceso de trabajo: *“Yo no se como la mia no ha padecido algun quebranto con los muchos trabajos y disgustos que me ha ocasionado el peso de la Testamentaria que ha cargado sobre mi: pero ya boi desembarazando lo gral y espero en toda la semana inmediata dar un vado a lo mas urgente para pasar sin perder tiempo a esa parte (se refiere a la Banda Oriental) . . . También está en el correo otra representación fuerte en que pido mi relevo porque no quier más Linea Divisoria ni oyr hablar de ella, sino irme a un rincon donde pasar el resto de mis dias”*.

A mediados de Julio emite por escrito un ponderado voto sobre la defensa del Río de la Plata y de la Banda Oriental frente a posibles ataques ingleses o portugueses, voto solicitado por el virrey a todos los componentes de la Junta de Guerra, a la que Azara pertenecía. El escrito no interesa aquí, a pesar de que en él revela el aragonés unas estimables dotes de estrategia, y una cierta capacidad de anticipar acontecimientos, como cuando sugiere las medidas defensivas frente a los posibles ataques ingleses, que tendrían lugar, de hecho, en 1806 y 1807, y que fracasaron, en buena parte a causa de la aplicación de dichas medidas. Si se menciona aquí es como prueba indirecta de las muchas actividades a las que tenía que enfrentarse Félix de Azara, y que le impedían dedicarse, no ya a la historia natural, sino ni siquiera a su tarea como comandante militar de la Banda Oriental. En realidad había enviado allí a sus colaboradores, y especialmente a Pedro Cerviño, encargándoles la confección de mapas fiables de la zona, indispensables de cara a cualquier acción bélica. Él continuó en Buenos Aires quizás hasta Agosto de 1797, cuando por fin quedó liberado del trabajo de la testamentaría. La última carta procedente de Buenos Aires es del 17 de Junio, y se dirige también a Pedro Cerviño, quien está ya en Montevideo levantando mapas: *“No lo he hecho yo mal en la testamentaria: pero he vendido mui bien todas las cosas vendibles y espero salir de muchas maulas en la semana proxima. De todos modos mi animo es marchar para esa dentro*

de seis ó ocho dias. Entretanto ocupara Vmd el tpo en lebantar el plano de esos contornos de la Plancheta⁵³ que no puede menos que fastidiar infinito a los que la conocen y saben otros medios de trabajar con mayor exactitud”.

La siguiente carta es ya de 1798 y fechada en Montevideo, de manera que si Azara cumplió su propósito se marcharía a Montevideo hacia el 25 de Junio, y si no lo pudo cumplir (recuérdese que el 17 de Julio escribió su extenso voto en la Junta de Guerra), pudo salir después de esta última fecha, a finales de Julio o principios de Agosto. Entonces se trasladó a Montevideo y empezó a trabajar en su nueva condición de jefe militar de la frontera oriental.

Como se ve, su petición de regreso a España había sido nuevamente ignorada. Para entonces Aguirre ya había zarpado de vuelta a su país y quedaban pocos de los antiguos demarcadores. CONTRERAS (2011a) aventura la idea de que se intentaba retener al aragonés en América el mayor tiempo posible, en parte para utilizar sus servicios, pero también porque no se deseaba cerca de la corte de Madrid un incómodo testigo de los abusos y la corrupción que imperaban (salvo el paréntesis de Pedro de Melo) en la administración del virreinato.

En la Banda Oriental: Empuje y fracaso (1798-1801)

Cuando Azara se ubicó en Montevideo probablemente carecía de instrucciones escritas sobre la tarea que debía desempeñar. Probablemente la muerte imprevista del virrey no le dejó tiempo para redactar esas instrucciones. Sin embargo está claro que Azara había mantenido conversaciones con Pedro de Melo al respecto, pues en una carta a Pedro Cerviño le indica que ha hablado con el virrey y éste le ha dicho que hiciera lo que considerase adecuado. Así pues, le había dado carta blanca, pero sólo de palabra y en consecuencia quienes confíen en él le creerán y quienes no confíen le culparán si fracasa.

Para un militar cuyo nombramiento es el de Comandante Militar de la Frontera Oriental, el saberse autorizado por el virrey para actuar según su propio criterio significa que podía y debía organizar cualquier acción armada necesaria para defender ese territorio, y que su autoridad se ejercía sobre todas las tropas de la región., de manera que su primer trabajo sería enterarse de las tropas de

⁵³La plancheta era un instrumento topográfico que se utilizaba para medir ángulos y distancias en áreas no demasiado extensas. Consistía en una simple placa cuadrada sobre trípode, con un nivel adosado para ponerla horizontal y un par de reglas con alidadas que se colocaban en el ángulo visualizado. Las de la época de Azara eran mucho menos precisas que los círculos de reflexión que él usaba y de ahí su comentario, pero las planchetas continúan en uso, y las modernas son lo bastante precisas para distancias bajas, y mucho más rápidas y cómodas que el teodolito analógico.

que disponía, de su estado y de su distribución. Se apoyaría en sus colaboradores, Pedro Cerviño y Juan Inciarte y más tarde en su corresponsal Miguel Lastarria. Empezó a trabajar con cierto optimismo, quizás porque en Enero de 1798 le habían llegado rumores de que su petición de regreso a España sería atendida en muy breve plazo. Como los demás desengaños que tendría durante estos años, experimentaría éste, pues la inminencia de su regreso se iría alejando en el tiempo, y él no embarcaría hacia su patria hasta la segunda mitad de 1801.

El optimismo inicial se mantenía tres meses después, a pesar de que estos meses revelaban que los rumores de partida inmediata en Enero eran infundados. Pero estaba todavía alimentado porque ahora disponía de algún tiempo más para leer la *Histoire Naturelle* de Buffon, esta vez en francés. En efecto, en carta del 31 de Marzo a Cerviño le da cuenta de que los volúmenes que éste poseía y prestaba a Azara le habían llegado cuatro días antes: “. . . *celebro que tenga Vmd concluida nuestra derrota y puesta en el Mapa sin que cause novedad la mala situación que los norteños habían dado a los Arroyos* [los portugueses de Brasil habían situado incorrectamente estos arroyos en sus mapas], *porque sé que nadie en el mundo ha sabido trabajar con exactitud sino yo y mis discípulos. Con que sólo falta un viaje al Uruguay, que quisiera emprendiese antes de llegar el nuevo Virrey para que no lo embarazase con alguna bestialidad de las que suelen ocuparse las cabezas de los que no saben pensar*⁵⁴. *Cuando Vmd. vuelva creo me hallará en esa, porque espero retirarme antes de que llegue nuevo Virrey. De esto se me dan esperanzas y confío que le verificarán. Puede Vmd. Considerar quanto deseo verme en esa y salir de esta desdicha y centro de todas las iniquidades.*

*Necesito una temporada de sosiego porque el Buffon de Vmd. ofrece muchas notas porque contiene las descripciones de Dauventon*⁵⁵ *que dan mucha luz a las de Buffon. La traducción y los ejemplares que yo había visto carecían de los escritos de Dauventon y por lo tanto me ha sido mucho más apreciable la obra de Vmd. que recibí hace quatro dias”.*

Gracias a esta carta es posible situar en el tiempo las respectivas lecturas por parte de Azara de la monumental obra de Buffon. Ya sabemos (v. Nota 26 y p. 85) que Martín Boneo le prestó la traducción al español de esa obra en 1796, y recibió después la versión original francesa de manos de Cerviño. Lo que nos dice la carta anterior es que Cerviño no le prestó sus ejemplares

⁵⁴Aunque el cambio de virrey se tenía ya por inminente, lo cierto es que no se produjo hasta casi un año más tarde, el 14 de Marzo de 1799. Hasta entonces el “nuevo virrey” seguiría siendo Olaguer y Feliú.

⁵⁵Daubenton nació en el mismo pueblo que Buffon (Montbard) y por lo tanto fue amigo de éste desde la infancia. Estudió medicina y comenzó a ejercer como médico en su pueblo, pero pronto Buffon le pidió que colaborase en su *Historia Natural*. Elaboró para esa obra las descripciones externas y anatómicas de 182 especies de mamíferos, y de hecho se le considera, junto con Cuvier y Vicq d’Azyr, como fundador de la anatomía comparada.

inmediatamente después de Boneo, sino un par de años más tarde, enviándoselas al Uruguay, donde estaba entonces Azara. La traducción española hecha por José Clavijo era incompleta, no sólo porque no se habían publicado todos los volúmenes, sino porque se habían omitido voluntariamente las aportaciones de Daubenton. Clavijo justificó esta omisión argumentando que se trataba de un tema demasiado aburrido para los lectores (en otras traducciones posteriores al español se omitirían también las descripciones anatómicas de Daubenton, no solo por aburridas, sino también por potencialmente indecentes).

Pero Azara captó rápidamente, al hojear la obra, el papel fundamental de la anatomía comparada para clasificar correctamente los animales. Los rasgos anatómicos se emplearían especialmente por Georges Cuvier para construir el armazón taxonómico de la zoología en su obra "*Le Regne Animal*", y serían básicos para todos los zoólogos coetáneos de Azara o posteriores. Pero esta construcción quedaría totalmente dentro del siglo XIX, y fuera de la etapa americana del aragonés. El conocería personalmente a Cuvier tras la vuelta a Europa, y hasta lograría que el sabio francés añadiera algunas notas a sus publicaciones zoológicas, pero esto es tema para otros artículos. Aquí se indica solamente que las apresuradas lecturas de Daubenton permitieron a Azara asimilar los criterios fundamentales para organizar mejor su taxonomía y adquirir una formación científica aceptable.

Era, de todos modos, demasiado pronto y demasiado tarde para ello: pronto porque el grueso de tal formación la recibiría unos años después en sus conversaciones parisienses con Walckenaer, Cuvier y Lamarck, y tarde porque sus obras zoológicas estaban ya escritas, pero no impresas, y aunque se mejorarían en los años siguientes ya habían sido enviadas a amigos y a especialistas, y en Sudamérica no podían corregirse a fondo. Por otra parte sus obligaciones no le dejaban tiempo suficiente para una lectura en profundidad de los textos, ni las circunstancias de su misión tranquilidad suficiente para emprender un estudio sosegado.

La carta dice claramente que deseaba "*salir de esta desdicha y centro de todas las iniquidades*" ¿A qué obedecía esta queja, más intensa que la mayoría de las que había expresado, si todavía confiaba en marcharse pronto y además se le había revelado una mina de conocimientos en los textos que leía? Nuevamente porque se le exigía un trabajo que no podía realizar. A los pocos meses de llegar al Uruguay ya había comprobado que su rimbombante título de "*Comandante Militar de la Frontera Oriental*" podía traducirse como "*Jefe Supremo de la Nada*". En efecto, no

tenía apenas soldados, y los que le mandaron cuando lo solicitó eran sólo 200 blandengues⁵⁶, ni equipados, ni armados, ni organizados. No había oficiales, ni la menor disciplina. La descripción que Azara hace de los blandengues a su cargo, en una carta a Lastarria del año 1801 es elocuente: “... porque son una gente indisciplinada, sin oficiales, y capaz de destruir el mundo entero. No hay con quien compararles, siéndoles igualmente desconocidos el honor, pudor, vergüenza, subordinación, respeto y en fin, nada de bueno tienen, y cada uno junta todo lo malo de que es capaz un hombre”.

Los motivos de desaliento provenían también de los vaivenes políticos, que dejaban obsoleta cualquier iniciativa antes de que ésta pudiera ponerse en práctica, y todo ello en una situación de tensión larvada pero creciente. Por ejemplo, desde décadas atrás España intentaba levantar la economía de su imperio colonial mediante medidas proteccionistas, que limitaban a las naciones extranjeras el comercio con el virreinato de La Plata. La respuesta de éstas, y especialmente la de Inglaterra y Portugal, siempre aliadas, fue el contrabando y la toma por la fuerza de territorios españoles. Pero esta respuesta se daba también con algunas de las autoridades españolas, quienes participaban activamente de ese contrabando, enriqueciéndose directamente de sus frutos o indirectamente con los sobornos recibidos por ignorarlo. Y también los ganaderos menos afortunados, los primeros en caer con la disminución de una cabaña que tiempo atrás parecía inagotable, culpaban a la administración española por negarse a otorgarles las tierras que explotaban: ellos habían sido los pioneros, habían colonizado tierras antes improductivas, con su esfuerzo y su riesgo, pues a menudo eran los únicos en defenderlas de los ataques de los indios, y luego veían como un recién llegado de España, pero rico y amigo del virrey de turno, compraba extensiones inmensas por mucho menos de su valor, incluyendo las pequeñas alquerías ya existentes, y después ellos eran expulsados de su terreno como intrusos.

Sobre este ambiente de tensiones generales se sobreponían las actividades militares. Inglaterra y Francia dirimían por la fuerza sus diferencias también en Sudamérica por lo menos desde 1793, apoyando respectivamente los ataques de Portugal y las defensas de España. En este contexto toman sentido el dictamen de Félix de Azara sobre la defensa del virreinato (Julio de 1797), la propuesta del mismo sobre la forma de conquistar y destruir los fuertes de Nueva Coimbra y

⁵⁶Según Félix de Azara, y después de él Juan Francisco de Aguirre, los blandengues recibieron ese nombre porque cuando se formó la primera compañía de los mismos, en 1751, blandieron las lanzas durante una revista. Eran compañías autónomas de criollos, destinadas principalmente a la defensa frente a los “malones”, o incursiones de indígenas contra los asentamientos de los colonos. Habían degenerado mucho cuando le asignaron dos compañías a Azara, pero más tarde, en la lucha contra la invasión inglesa desempeñaron un gran papel.

Albuquerque, viejas espinas portuguesas clavadas en el corazón del Paraguay, y en el de Azara desde muchos años atrás (carta al virrey Olaguer y Feliú en Septiembre de 1797), o “ *los recelos de un próximo rompimiento con la Corona de Portugal, conforme lo han ido asegurando las noticias sucesivas procedentes de España*” (carta a Manuel Godoy, también de Septiembre de 1797) . Pero en Diciembre de ese año Escribe Azara a Cerviño aludiendo al fin de las hostilidades entre Francia y Portugal: “*Como sabemos por las fragatas recién venidas que Portugal hizo la paz con la Francia, ya no habrá movimiento por esa parte y me retiraré dentro de un mes o dos, luego que esto se ponga en el [pie] de paz como se debe y venga otro comandante*”. Esta paz precaria es la que haría suponer a Azara en el mes siguiente que su regreso a España no tardaría. Pero como hemos visto, el relevo no llegó, y en esta última carta Azara da cuenta de una de sus actuaciones como jefe militar de la zona. Los indios minuanes habían atacado a una partida de cazadores de ganado y habían matado a 25 de ellos. La respuesta por su parte fue el envío al lugar de los hechos de cuatro oficiales y 110 soldados, pero la carta no informa del desenlace, que Azara todavía no conoce.

Suspendidas las hostilidades, el papel que Azara desempeña en la Banda Oriental ya no es estrictamente militar. La frontera puede protegerse por otros medios que la guerra, y si los portugueses recurren a la ocupación de hecho no hay razón para que los españoles no hagan lo mismo. Azara había preconizado esa estrategia cuando estaba en el Paraguay y sugería establecer poblaciones en el curso alto del río de ese nombre. Como es de suponer pensó en hacer lo mismo para el Uruguay. De hecho la creación de poblaciones en los inmensos territorios vacíos del imperio español, era una necesidad percibida por las autoridades locales y por el mismo rey: el amplio vacío patagónico era una tentación demasiado fuerte para otras naciones, y en especial para Inglaterra, y la mejor manera de evitar los asentamientos ingleses era crear primero asentamientos españoles.

Muchos años atrás, en 1774, el sacerdote jesuita William Falkner⁵⁷ (nacido en Inglaterra y converso del calvinismo), había publicado un libro en el que se describía la Patagonia y las regiones vecinas de América del Sur. Como el libro se publicó en Inglaterra y en inglés, causó sensación en ese país, y el rey de España temió una invasión de colonos ingleses en las vacías áreas patagónicas. En consecuencia, ya en 1778 se empezó a reclutar voluntarios en Galicia y en otras partes de España para colonizar esas zonas. Las condiciones eran muy atractivas para los colonos: se les

⁵⁷El padre Falkner, era geógrafo, médico y también naturalista, habiendo sido el primer descubridor de un mamífero fósil (el gliptodonte, una especie de armadillo gigante) en Sudamérica.

transportaría hasta su lugar de destino, se les proporcionaría una vivienda adecuada así como tierras cultivables y aperos de labranza, y se les mantendría durante un año a contar desde el momento de su llegada.

Los voluntarios llegaron, pero en el virreinato nadie había preparado nada para ellos. Carentes de viviendas y de tierras, pero mantenidos por el estado, fueron distribuidos en algunas poblaciones al sur de Buenos Aires y sobre todo en la Banda Oriental, a donde se llevó la mayor parte de ellos. La situación era muy gravosa para el erario público, que desembolsaba 50000 pesos anuales en mantenimiento. Azara vio en esta situación una oportunidad para crear poblaciones en su zona: también en la Banda Oriental había grandes espacios vacíos, pero éstos eran más productivos y tenían mejor comunicación con otras poblaciones y con ciudades como Maldonado y Montevideo. A poco de la toma de posesión en Mayo de 1799 del nuevo virrey, Gabriel de Avilés y del Fierro, Azara le hace llegar un informe en el que analiza el proyecto de población en la Patagonia, y la situación actual de los fallidos colonos. Para el aragonés el proyecto está mal planteado desde el principio porque los colonos traídos de España son agricultores y deben recibir tierras de cultivo y aperos de labranza, aunque en la Patagonia la agricultura no es rentable en el mejor de los casos, e imposible en todos los demás. En cambio hubiera sido mejor establecer criaderos de ganado y pesquerías de ballena y de bacalao en la costa patagónica, productos rentables y de comercialización fácil y barata, pero para ello hubiera sido necesario traer colonos orientados a ese fin. La opción de los virreyes y gobernadores, o sea la distribución de los colonos en distintas poblaciones ya existentes no es eficaz, según Azara, porque de nuevo se basa en la dedicación a la agricultura, pero todavía era factible asentarlos en la Banda Oriental y dedicarlos al pastoreo. La idea recién mencionada, promovida por el virrey Arredondo en 1792, fue puesta en práctica por Rafael Pérez del Puerto, quien había sido nombrado en 1778 Ministro Propietario de la Real Hacienda para el virreinato. Funcionario honesto y competente, unió a sus cargos oficiales nada menos que otros 23 cargos extraordinarios, más bien comisiones temporales y no simultáneas. Entre estas comisiones estaba la de Director de Poblaciones, quien debía atender a la formación de nuevos asentamientos y a la integración de los inmigrantes, y quien, concretamente, había sido comisionado en 1793 para ocuparse del asentamiento de los colonos inicialmente destinados a la Patagonia y luego aposentados en la Banda Oriental. Hubo que esperar al año 1800 para que se produjeran contactos entre Pérez del Puerto, Azara, y el virrey de entonces, Gabriel de

Avilés. El 10 de Febrero de ese año se reunieron las tres personas indicadas en Buenos Aires para discutir el problema, y coincidieron en aplicar la propuesta de Pérez del Puerto con las adiciones y correcciones de Félix de Azara.

Los trabajos para la creación de nuevos pueblos habían comenzado a cargo de Pérez del Puerto en 1794, y en 1795 se habían construido ya cuatro casas. En la reunión comentada, se acordó que Pérez del Puerto debía continuar con la construcción del pueblo de Rocha, cerca de la costa y al Este de Montevideo, y también con la de otro pueblo junto al río Negro, primer gran afluente del río Uruguay por la izquierda. Se le proporcionaron sendos ayudantes para hacerse cargo de ambas zonas. En cuanto a Félix de Azara se le asignó la creación de un pueblo en territorio más difícil, ya que se trataba de la zona fronteriza con Brasil. Pero como Azara siempre había sostenido la necesidad de poblar las zonas fronterizas como medio de frenar los avances portugueses, aceptó hacerse cargo de la misión. De la misma resultó la creación de San Gabriel de Batoví.

En Agosto de 1800 Azara escribe a su amigo José Miguel Lastarria (Secretario del virrey Gabriel de Avilés) comunicándole que ha preparado un encuentro con los futuros pobladores de San Gabriel, que va a intentar llevar el asunto de la mejor manera posible, pero que teme que tales pobladores rechacen todas sus propuestas, pues el asentamiento comportaba vivir de su trabajo, mientras que en el momento vivían lindamente sin hacer nada, mantenidos por la Real Hacienda, como estipulaba su contrato. La reunión tuvo lugar, en efecto, y en otra carta Azara da cuenta de los resultados, que son los que él había previsto: asistieron pocos colonos y de ellos, si bien algunos aceptaron el plan propuesto, otros prefirieron seguir viviendo de la subvención estatal. Pero en reuniones posteriores nuevos pobladores se fueron apuntando a la solución de Batoví, y el 10 de Septiembre Azara escribe a Cerviño diciéndole que le quedan solamente siete familias por asentar (de las cuales cuatro se unirían también a las de Batoví), y que con las asentadas por Pacheco (un ayudante de Pérez del Puerto) la empresa iba a tener éxito. Se fortalecería así la frontera norte, se ahorrarían al erario 50000 pesos fuertes al año y se mejoraría la economía de la Banda Oriental.

Los pronósticos de Azara se confirmaron, y el 10 de Septiembre de 1800 escribe a Lastarria dándole cuenta del éxito de su labor e incluso aventurando que podría repetirla y mejorarla: *“... S. Exa. Me escribe muy contento, y bien lo puede estar porque se ha logrado más de lo que se figuraba, aunque a mí no me ha causado novedad porque siempre me figuré que había de*

conseguir mucho. El viernes pienso salir. El viaje es muy largo y con carretas. Espero que no me falten gentes útiles para poblar aquellos campos, desde donde tal vez propondré alguna idea que ahorre al Erario otro tanto o más de lo que he ahorrado con los Pobladores”.

Esta es una de las cartas más optimistas de toda la correspondencia de Azara, y destaca mucho sobre las demás, que a menudo son relaciones de quejas o de sugerencias destinadas a no ser atendidas. En este caso Azara se muestra feliz, no sólo por su éxito, sino también porque confiaba en que, finalizada su misión, y gracias a dicho éxito, podría finalmente regresar a España. Pero la historia en este punto estaba aún por escribirse, y cuando se escribió resultó ciertamente en el regreso de Azara a su país, pero no a causa de su éxito, sino porque las circunstancias convirtieron el mismo en fracaso.

En efecto, a mediados de Noviembre de 1800, cuando Azara escribe a su amigo Lastarria desde Batoví notificándole sus trabajos en la distribución de estancias para los nuevos pobladores, Napoleón Bonaparte, ya Cónsul de la República Francesa, y en pleno ascenso de su carrera militar, acababa de finalizar su segunda campaña de Italia y a comienzos de 1801, envalentonado con este éxito se enfrentó a Portugal exigiéndole que cerrara sus puertos (también los de Brasil) a las naves inglesas. En cuanto a España, obligó a Godoy, el verdadero gobernante del país, a firmar el Tratado de Madrid (29 de Enero de 1801) por el que nuestro país adquiría el compromiso de declarar la guerra a Portugal si no cumplía la exigencia anterior. Fue el caso que Portugal no cerró sus puertos y España le declaró la guerra. Se trata de la conocida popularmente como “Guerra de las Naranjas”, una breve contienda que duró tan sólo 18 días, en los meses de Mayo y Junio.

Desde el comienzo de 1801 se respiraban aires prebélicos en las posesiones portuguesas y españolas del Nuevo Mundo. En el caso de Portugal, el país actuaba con la decisión y energía que siempre había manifestado, y sus tropas se hallaban preparadas. En el caso de España se actuó con improvisación y retirando fuerzas de distintas misiones para dedicarlas a la defensa de la frontera. Para Azara la preparación para la guerra fue especialmente nefasta, pues debió enviar la mayor parte de sus soldados, 200 según sus cartas, a las zonas de población de Pérez del Puerto, quedándose solamente con 25 blandengues. Los métodos de asentar los pobladores diferían en el caso de Batoví y la frontera norte, a cargo de Azara, respecto al caso de Rocha y Río Negro, a cargo de Pérez del Puerto y sus ayudantes. El primero empleaba la técnica de poblar con voluntarios, si era preciso poniendo dinero propio para convencerles, y dejando en cada poblado una guarnición suficiente para defenderlo. Los pobladores de los segundos eran voluntarios o forzosos, y muchos de ellos no eran inmigrantes, sino criollos o incluso indígenas a quienes se

intentaba reducir. Claro está que esto no podía hacerse sino a la fuerza, y esta fuerza se tomó de la escasa de Azara, quien quedaba con medios para defender a duras penas Batoví, pero sin ellos para proteger la frontera.

A pesar de ello Azara no se arredró: de acuerdo con el Tratado de El Pardo existía en la frontera norte una franja neutral en la que no podían hacerse asentamientos sin el acuerdo de ambas partes. Pero en la sección cuya protección correspondía a Azara se habían asentado numerosos pobladores brasileños, imponiendo como siempre el hecho consumado y sin acuerdo con la parte española. Azara no se amilanó y procedió como relata a Lastarria en carta dada en Batoví el 2 de Enero: *“Intimé a los que estaban en nuestros terrenos que se fuesen en el término de quince días conminándolos con castigo. Al instante pusieron en la frontera cien hombres armados para oponerse si yo intentaba verificar mi amenaza. Lo malicié y me estuve quieto, pero envié ocho hombres a reforzar al Oficial de la intimación que se conservaba por allá con otros ocho, y tenía orden de no intentar nada. De resultas me reconviniéron por el comandante [portugués] de Rio Pardo diciendo que no podía yo pasar a vías de hecho, ni introducirme en arrojar a nadie del neutral sin anuencia suya, por expresarlo así el . . . Tratado. Contesté que una intimación verbal no era la vía de hecho reprobada . . . y [que] no pudiendo existir nadie en el neutral, en llegando el tiempo . . . sabía lo que debía hacer, y que estuviese seguro que [si] solicitaba entonces su anuencia sería para que me entregase a todos los pobladores portugueses del neutral para que yo los ahorcase o castigase según lo ordena el mismo tratado, de modo que nuestra corona quedase satisfecha”*.

En esta ocasión la determinación de Azara dio sus frutos, y el comandante portugués comenzó a repatriar a los pobladores de la zona neutral hacia el Brasil, pero las circunstancias iban cambiando camino de la guerra, y ya el 20 de Febrero Azara escribía una carta a Lastarria comunicándole que se hallaba en un atolladero. Se debatía entre seguir con el poblamiento, lo que era imposible porque no le habían llegado los cincuenta soldados solicitados y prometidos por el virrey, o abandonar los intentos de construir la segunda villa y dejar el terreno abierto a los portugueses, lo cual era una traición a España. Por otra parte tenía más pobladores que plazas, y en tanto no dispusiera de éstas, se veía obligado a rechazar algunos, lo cual comportaba que éstos no volvieran más y convencieran a otros de hacer lo mismo, o bien aceptar a todo el mundo, sin tener alojamientos para ello.

El 20 de Marzo encontramos a un Félix de Azara mucho más desencantado. Ya intuye no sólo que no vendrán los recursos que se requieren para el poblamiento, sino que éste no podrá continuar y además a nadie le importa. Piensa en el abandono de su misión y hasta en volver al Paraguay, y eso que la guerra aún no se ve próxima. El virrey Gabriel de Avilés acaba de ser sustituido por Joaquín del Pino, y Pedro Cerviño comunica la noticia a Félix de Azara, quien le contesta en la fecha citada escribiendo: “. . . recibo la de Vmd. con la noticia de la mudanza de virrey . . . Este acontecimiento tendrá también la resulta de abandonar todo esto, porque nadie sigue proyectos de su antecesor. Y lo celebraré infinito, porque no puede Vd. figurarse lo que he padecido aquí. . . . Si esto me ha sucedido en el actual virreinato, ya puede Vmd. pensar lo que será en el que viene.”

Dos semanas más tarde se registra otra carta de Azara a Lastarria, siguiendo el tenor de la anterior pero mucho más dura. Lo profetizado por el aragonés en la carta anterior se cumplía, y todo lo construido en la Banda Oriental iba a ser abandonado. Azara no erigiría la segunda villa ni la tercera como había proyectado: Quedaría solamente Batoví, pero aún ignoraban todos que esa villa y toda la frontera norte pasaría al poder del Brasil, y cambiaría de nombre para llamarse Sao Gabriel. Azara se expresaba así en esta última carta, una de las más tristes de su repertorio: “Amigo Lastarria: Como Vmd. no conoce como yo las cosas del Río de la Plata, la estupidez de sus moradores y el nuevo Gobierno que se nos prepara, no puede Vmd. preveer que todo quanto he hecho va a ser abandonado y destruido aún antes de salir Vmd. hacia España⁵⁸. . . . Yo no pienso sino en retirarme a toda costa, y no a esa [Buenos Aires], donde me puede jorobar el gobierno con informes y comisiones [imposibles] . . . sino al Paraguay, y si pudiese, al mismo Polo antártico donde no viese ni oyese lo que por mis pecados estoy precisado a ver y oír por todos los lados y líneas”.

Los días 19 y 20 de Mayo de 1801, las tropas francesas enviadas por Napoleón a España para ayudar en la “Guerra de las Naranjas” iniciaron las hostilidades. Al final de la guerra España logró un éxito mínimo en el territorio peninsular, con la captura de la villa de Olivenza y entorno que fue incorporada a la provincia de Badajoz. En el territorio del Plata, en cambio, el fracaso español fue absoluto y el éxito portugués total. Toda la zona norte de Uruguay fue tomada por

⁵⁸Lastarria, era secretario del virrey saliente, quien volvía a Lima, donde había comenzado su carrera militar para sustituir al virrey del Perú. Avilés propuso a Lastarria que le acompañase conservando su puesto de secretario, pero éste rehusó alegando que tenía que hacer un viaje a España. Ese viaje tuvo lugar en 1803, pero Azara, y seguramente también Lastarria, lo consideraban tan próximo como para impedir que Lastarria aceptase la oferta del virrey. De ahí que Azara advierta que el abandono de lo construido será anterior al viaje.

las tropas brasileñas, y Batoví cayó el 28 de Julio. Los habitantes se marcharon⁵⁹ formando una larga columna de refugiados en busca de otro hogar, los siete pueblos de Misiones devueltos por los portugueses volvieron a las manos de éstos, y las tierras usurpadas en el alto Paraguay nunca pudieron recuperarse. España perdió en el virreinato de La Plata un territorio 125 veces más extenso (la estima es conservadora) que el ganado en la metrópoli.

Un par de años más tarde se intentó por parte de algunos militares la reconquista de la perdida zona norte, iniciativa que fue terminantemente prohibida por el virrey del Pino. Y en la década siguiente se intentó expulsar del territorio paraguayo a los brasileños, mediante el asedio y conquista de los fuertes de Nueva Coimbra y Albuquerque. Pero esta conquista, fácil cuando la aconsejó Azara y la guarnición de cada fuerte no pasaba de 25 hombres, se reveló imposible cuando alcanzaba los 200 y no podía emplearse la sorpresa.

En cuanto a la situación de Azara, podía calificarse de fracasada sin paliativos. Su misión principal, la delimitación de la frontera, no pudo llevarse a cabo; sus tareas en el poblamiento de la zona fronteriza con Brasil fracasaron también a causa de la guerra, y sus sugerencias e iniciativas para expulsar a los portugueses no fueron atendidas y ni siquiera escuchadas.

El regreso a España: 1801

Félix de Azara había solicitado reiteradamente su relevo y su regreso a España, al menos cinco veces oficialmente y por escrito desde 1794, y bastantes más a través de sus amigos y superiores que conocían su situación. Sin embargo no pudo volver a su patria hasta la segunda mitad de 1801. Se han aducido distintas razones para el aplazamiento del permiso, las más benevolentes basadas en la importancia y necesidad de sus servicios, y las más comunes basadas en el deseo por parte de las autoridades de mantener trabajando y alejado de las cortes real y virreinal, a un peligroso testigo de trapicheos y corrupciones. El hecho es que el permiso se le concedió cuando la guerra con Portugal estaba próxima y podía suponerse que ocuparía a las autoridades españolas hasta el punto de que no hicieran caso de problemas menores.

Parece ser que a comienzos de 1798 existió una oportunidad para obtener el ansiado permiso de retorno; al menos el propio Azara lo creyó así, y llegó a afirmar en carta a Pedro Cerviño, escrita en Cerro Largo (banda Oriental) el 20 de Enero de 1798, lo siguiente: “. . . *porque tengo*

⁵⁹Acompañados por Félix de Azara, quien llevaba en una carreta sus efectos personales e instrumentos. La columna fue interceptada por una partida portuguesa que confiscó las posesiones de Azara. Sin embargo el comandante portugués se las hizo devolver días después.

por infalible que [en] el primer Correo o el siguiente vendrá orden para que yo pase a España . . .”. Pues bien, como ya sabemos, la “infalible” predicción de Azara no se cumplió, y en lugar de volverle a España se le encomendó el poblamiento de la zona fronteriza con Brasil.

Pero como se ha dicho, fue la posibilidad de la guerra lo que, a principios de 1801, movió a las autoridades españolas a permitir el regreso de Azara, aunque él tardaría aún algunos meses en recibir la orden. De hecho, ésta se cursó el 19 de Febrero de 1801 en Aranjuez, al virrey Joaquín del Pino, en los términos siguientes “ . . . *se le comunica que regrese a esta Corte en la primera ocasión que se le presente o del modo que más le acomode, entregando a Persona de toda confianza los Papeles y demás relativo al establecimiento de límites del Brasil, de que fue comisionado hace años, y que igualmente le entregue para custodiarlos los efectos respectivos a los tres Reynos, Mineral, Vegetal y Animal, que ha recorrido con su infatigable curiosidad*”. (GONZÁLEZ, 1943). Con los retrasos habituales la Real Orden llegó a Buenos Aires y el virrey le dio traslado a Félix de Azara, traslado que se firmó el 19 de Junio y se remitió el 26. No se sabe en qué día la recibió Azara, pero sería al comenzar el segundo semestre del año.

Por supuesto, Azara se enteraría del permiso de relevo a través de sus amigos, y en concreto por el gobernador de Montevideo, antes de recibir la orden oficial transmitida por el virrey. El día 20 de Junio, siguiente al de la firma del traslado de la Real Orden por parte del virrey. Azara escribe a Lastarria ese día, en medio de la barahunda de la evacuación de Batoví, diciendo: “ . . . *Ha venido S.E. el Gobernador de Montevideo y creo debo esperar a que el virrey tome determinación sobre estas cosas. Entre tanto pasado mañana cuento salir para el Cerro Largo con el fin de tener estas cincuenta leguas menos cuando llegue el aviso del virrey. Dios ha querido favorecerme sacándome de un país en que no había comisión peligrosa y de infinito trabajo que no se quisiese poner a mi cuidado*”. En esa carta Azara alude veladamente a los anteriores intentos del virrey del Pino para trasladarle al Paraguay y mantenerle así alejado de la corte de Madrid, y se alegra de haber evitado esa maniobra, quizás gracias a la intervención de su hermano Nicolás.

El 22 de Junio, según la carta anterior, salió Azara de Batoví, y el 13 de Julio estaba ya en Montevideo. En carta a Cerviño del 21 de Julio dice: “ . . . *ni aún puedo conjeturar cuando pasaré a esa [(Buenos Aires)], bien que no podré tardar, pues me encuentro con una orden en derechura y otras tres más de diferentes ministerios para pasar a la Corte en primera ocasión*”. El paso a la capital virreinal no sería inmediato por varios motivos; en primer lugar, nominalmente era todavía Comandante Militar de la Frontera, y el día 16 debió asistir a una Junta de Guerra mantenida en Montevideo para determinar algunos movimientos de tropas. Bien que las hostilidades habían

terminado mucho antes en España (a mediados de Junio) en Sudamérica se hallaban todavía en su punto álgido. Por otra parte estaba la necesidad que Azara tenía de arreglar sus cuentas con el erario español antes de partir para España, y eso, según la última carta mencionada, debía hacerlo antes de dejar Montevideo. No era tarea sencilla pues se le adeudaban años de haberes, aunque había cobrado una parte de su sueldo, un sueldo no desdeñable correspondiente a los grados de teniente de navío y capitán de navío. En cambio parece ser que no recuperó, ni lo pretendió, el abono de los gastos efectuados para financiar los viajes y expediciones emprendidos por su cuenta, las compras de material a los indígenas, o los sueldos a los pobladores, todo lo cual ascendía en conjunto a 1500 pesos fuertes anuales⁶⁰.

Probablemente cuando estaba todavía en Montevideo Azara recibiría, como todos los componentes de las partidas de demarcación, una comunicación fundamental procedente del virrey, con la que se ponía fin a los trabajos de demarcación: “...por la guerra con Portugal que se ha declarado ya en esta capital son innecesarias y aún gravosas al Rey las partidas destinadas a la demarcación de límites entre estos dominios y aquella potencia...debiendo sus miembros retirarse a sus respectivos destinos”. La misión de Azara y de los demás comisarios finalizaba así extraoficialmente, pues el motivo de la orden del virrey, es decir la guerra, era transitorio. De hecho, en España la guerra había finalizado, pero la orden oficial del cierre de la actividad demarcadora no llegaría hasta 1804.

A partir de este momento no es posible poner fecha a los últimos pasos de Félix de Azara en tierras americanas. CONTRERAS (2011 a) intenta reconstruir su marcha de Uruguay y de Argentina mediante una serie de conjeturas verosímiles, pero no probadas por cartas u otros documentos, pues se carece de éstos. Se ignora la fecha en que pasó a Buenos Aires, aunque tuvo que hacerlo para cumplir las exigencias de la orden de regreso a España, ya que ésta le obligaba a dejar todos los documentos relativos a la demarcación de límites o a sus trabajos de historia natural en manos de una persona de confianza, que en este caso iba a ser, como era de esperar, Pedro Cerviño.

En casa de éste se alojaría Azara probablemente durante su estancia en Buenos Aires. Allí le haría entrega de todos los mapas y documentos, de sus manuscritos, probablemente también del instrumental científico y, si no lo había hecho antes, de los volúmenes de la *Histoire Naturelle* de

⁶⁰Es muy difícil establecer el poder adquisitivo actual del peso fuerte (o real de a ocho) de finales del siglo XVIII. El precio actual de la moneda para coleccionistas es de unos 13 euros, pero si comparamos los salarios en Buenos Aires a finales del siglo XVIII con los actuales en España la equivalencia es de 167 euros. Esto quiere decir que los gastos efectuados por Azara y no reembolsados serían como mínimo de unos 20000 euros, y como máximo de 250000 anuales. Apenas resulta creíble ni siquiera la primera cifra.

Buffon que Cerviño le había prestado. No la necesitaría más, pues su hermano Nicolás la poseía en París y sin duda la llevaría a la casa común de Barbuñales. Por distintas circunstancias, una vez en Europa no llegó a aprovechar el ejemplar de su hermano, pero este es tema que se sale del contenido geográfico y temporal de este texto, y deberá quedar para otro lugar.

Ya que se ha mencionado a Nicolás de Azara y los manuscritos sobre historia natural y geografía que Félix dejó al cuidado de Pedro Cerviño, es oportuno tocar el tema de la situación de las obras del naturalista en las vísperas de su salida de América. Las menciones de estas obras son muy frecuentes en la correspondencia de Félix de Azara, y siempre con referencias a su hermano, convertido en su agente editorial para Europa. Nicolás había sido embajador de España en Roma hasta 1798, y ese año fue nombrado embajador en París. Se situaba así junto al principal centro de la ciencia zoológica en Europa, el *Jardin du Roi*, rebautizado unos años atrás como *Musée National d'Histoire Naturelle*. Allí se reunían los mejores especialistas mundiales en zoología, desde Lamarck, anteriormente dedicado a la botánica pero desde hacía poco encargado de poner orden en el “cajón de sastre” de los invertebrados, hasta los herederos y continuadores de Buffon, como Daubenton, Montbelliard, Lacèpede o los dos hermanos Saint-Hilaire. Era pues el mejor lugar para traducir, editar y publicar las obras zoológicas de Félix.

No es extraño, así, que el 27 de Agosto de 1800, en una carta de Félix de Azara a Cerviño, le escribiese que había leído en el Mercurio del Enero anterior la noticia de la traducción al francés y la publicación en París de su obra sobre los cuadrúpedos del Paraguay. Esta es la primera obra de Azara que aparece publicada en Europa, y alcanza una difusión inmediata: En el libro el editor anuncia que se ha distribuido en las librerías de 36 ciudades, de Londres a Moscú, y en una docena de países; sin embargo Azara no está contento con la noticia, ya que encuentra numerosos errores y faltas en la obra y piensa que se trata de la versión que envió años atrás a su hermano para que la presentase ante los naturalistas europeos con el fin de que corrigiesen los posibles errores. En efecto, cuando apareció al año siguiente la edición española tanto los errores como las insuficiencias y las críticas de Azara se habían suavizado o desaparecido. Pero eso ocurrió cuando Azara ya no estaba en América y comentarlo no corresponde a este trabajo.

En carta a Lastarria del 6 de Septiembre de 1800, Azara comenta que ha recibido carta de su hermano y copia unas líneas de la misma relativas a la traducción de la obra mencionada. Dice José Nicolás: “. . . Aunque me has escrito que tenías muy aumentada la historia de los cuadrúpedos y que no imprimiese la que me enviaste años hace, la hice ver en Paris por varios savants. Y les gustó tanto que han querido traducirla, y se ha leído en el Instituto Nacional y ha merecido

los mayores elogios. Cuando yo salí se empezaba a imprimir, sin perjuicio de publicar después la obra más completa". Queda explicado así el motivo de la publicación prematura de que se queja Félix. Pero esas líneas, si son sinceras, y no hay por qué dudar de que lo sean a pesar del comprensible afecto de José Nicolás hacia su hermano, aportan un testimonio valiosísimo que esgrimir ante los detractores de Félix de Azara, quienes rebajan sus méritos científicos a los de un aficionado. Así lo califica, por ejemplo, Paul Groussac, cuya ojeriza hacia Azara, ya lo hemos visto, está sostenida por una evidente falta de documentación⁶¹. Está claro que personas con mejor formación científica que Groussac opinaban de otro modo.

En aquel momento José Nicolás atravesaba una situación difícil. Algunos elementos de la corte española, entre los cuales se contaban miembros del llamado "partido inglés" (CONTRERAS, 2011a), le habían desacreditado ante el rey, atribuyéndole manejos contra la Iglesia Católica o la corte española. Temporalmente consiguieron su objetivo, y fue suspendido como embajador, de ahí su frase "*Cuando yo salí se empezaba a imprimir . . .*", refiriéndose a su salida de la embajada. En efecto se estableció en Barcelona durante cerca de un año, y desde allí mantuvo correspondencia frecuente con Félix. Finalmente fue rehabilitado y volvió a la embajada en París con la alegría que es de suponer no sólo para él sino también para su hermano.

El 28 de Mayo de 1801 Azara escribe a Cerviño dándole las gracias por la noticia que le ha transmitido de la reposición de su hermano en la embajada española de París: Allí dice: "*. . . Yo tenía tiempo ha antecedentes de todo esto, y extrañaba que tardase tanto. Por otra parte no puedo echar de mí los cuidados. Sé a no poderlo dudar que aborrecen a mi hermano los envidiosos de su mérito en España, . . . sino también y más principalmente en las cortes de Portugal, Nápoles, Roma, Alemania e Inglaterra. Pero esto mismo será una prueba eterna del mérito de un simple particular, pues es bastante objeto para tantos odios*".

En la última carta americana de Azara que ha llegado hasta nosotros, la escrita a Pedro Cerviño el 21 de Julio de 1801 y ya comentada, figura la última mención de su hermano José Nicolás, y por lo tanto la última mención de alguien relacionado indirectamente con sus trabajos sobre historia natural. Pero lo que dice ahí Félix de Azara no tiene que ver con ese tema. Lo que dice allí sobre este punto es lo siguiente: "*. . . También me escribe mi hermano con la mayor priesa, diciéndome*

⁶¹A propósito de la ojeriza y la indocumentación de Groussac viene aquí al pelo mencionar que éste en distintas ocasiones atribuye al aragonés el valerse de la influencia de su hermano para huir de la guerra y lograr su retorno a España, y a manejos del propio Félix el retraso en la vuelta de Aguirre. Es difícil sostener esto cuando se sabe que la primera petición de retorno la hicieron ambos al mismo tiempo en 1793, muchos años antes de la guerra, y que Aguirre logró volver a su patria dos años antes que Azara quien no volvió hasta el fin de las hostilidades.

que encontraré a N. Reyes, a los Ministros y a toda la Corte dispuestos a favorecerme y a que yo sirva después de tantos años de destierro. Las honras inauditas que se han hecho a mi hermano las habrá Vmd. Sabido por Volaños [sic].”

Ya se ha dicho que no sabemos cuando zarpó el barco que llevó a Félix de Azara al España. MONES Y KLAPPENBACH (1997), dan el 13 de Noviembre de 1801 para la llegada al puerto de Málaga, lo que indicaría que salió de Buenos Aires a principios de Octubre. Por lo tanto debió pasar en Buenos Aires unos tres meses, de Agosto a Octubre. Tuvo, pues. tiempo sobrado para arreglar todos sus asuntos con Pedro Cerviño y con el virrey, y añadir el tiempo de espera necesario para encontrar el barco y el momento que le permitieran efectuar el viaje sin riesgo. Llegado a Málaga partió directamente para Madrid. Pero esto es otra historia . . .

A modo de conclusión: La evolución de las ideas biológicas de Félix de Azara

A lo largo de las páginas precedentes hemos recorrido el itinerario cronológico y vivencial de Félix de Azara durante su etapa americana, pero el propósito principal de este trabajo es ayudar a comprender la evolución de las ideas de Félix de Azara en el ámbito de la historia natural. No es el único intento en este sentido, y por ello se beneficia, entre otras, de la vasta y magistral obra de Julio Rafael CONTRERAS (2005, 20011 a y 2011 b) y de María Celeste MAZZOLA (2005). Pero este intento no tiene comparación con los de dichos autores: de Contreras le separa la menor extensión y, en consecuencia la menor profundidad de los métodos empleados y los tratamientos conseguidos, y de Mazzola le distingue principalmente la orientación (allí tocando todos los aspectos del pensamiento azariano tal como se reflejan en su obra ya madura y publicada en el siglo XIX, y aquí reducida a los límites de la historia natural y al tiempo transcurrido en América). Tampoco hay paralelismo entre este trabajo y el anterior de MARTINEZ RICA (2008), pues aquel presentaba la peripecia vital de Azara en el marco del panorama científico de la segunda mitad del siglo XVIII y otorgaba protagonismo a los grandes naturalistas de ese periodo, Carlos Linneo y Georges Leclerc, conde de Buffon mientras que este no tiene un telón de fondo con el que contrastar las ideas, pues durante todo el tiempo en que Azara permaneció en América (salvo apenas en el último lustro) no pudo recibir influencia alguna de los naturalistas europeos y debió construir sus ideas a partir de sus propias observaciones y, no lo olvidemos, del vasto saber empírico que podían transmitirle las etnias indígenas. Por lo tanto no aparecerán aquí los naturalistas coetáneos, principalmente Jean Baptiste de Lamarck, que estaban destacando por

entonces en Europa y que no influyeron en absoluto sobre Azara, ni tampoco se insistirá en el pensamiento ulterior y maduro de Félix de Azara, tal como se da a conocer en sus obras, publicadas en Europa a partir de 1801.

Mazzola distingue tres etapas en la configuración del ideario de Azara: una primera de simple observación, que ella bautiza como de acopio de datos, una segunda dedicada a las descripciones y a su organización y la tercera caracterizada como de reflexión e interpretación de los datos y modelos. En el presente trabajo también se indican tres niveles: el del despertar del interés por la naturaleza y la consiguiente acumulación de observaciones, básicos en una persona que se define como “*un soldado que jamás ha mirado a un animal con atención hasta ahora*” (ÁLVAREZ LÓPEZ, 1935), el de un desarrollo de ese interés que desemboca en la adquisición de una metodología y en la descripción detallada y precisa de numerosas especies, y el del análisis e interpretación de los datos, que exige una mínima fundamentación científica y el contraste con las ideas de otros naturalistas.

Aquí se ha datado el comienzo de esos periodos respectivamente en 1784, cuando Azara emprende el viaje por tierra desde Buenos Aires a Asunción (aunque en ocasiones confiesa Azara que en el viaje previo de Buenos Aires a Rio Grande do Sul ya había efectuado observaciones de historia natural); en 1787, cuando ha reunido suficientes ejemplares como para esbozar una clasificación de las aves paraguayas y enviar remesas de las mismas al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid; y en 1796, cuando gracias a los préstamos de Martín Boneo y de Pedro Cerviño puede consultar la Historia Natural de Buffon. Esta última etapa continuará después de su regreso a España, y le proporcionará el medio de contrastar, perfeccionar y completar sus ideas científicas. Cuando Azara emprende el regreso a España han cristalizado ya algunas de dichas ideas—guía, que no cambiarán tras la adquisición de nuevos conocimientos, y que se pueden considerar establecidas ya en la etapa americana. Son, entre otras

- Fascinación por la naturaleza americana
- Creciente capacidad de observación y descripción
- Creciente conciencia de sus carencias en el terreno científico
- Constatación de la superioridad física y mental de las razas indígenas
- Menor interés por los vertebrados inferiores, los invertebrados y las plantas
- Constatación de la existencia de grupos animales comparables con los de España

- Participación en polémicas científicas con apoyo de sus observaciones
- Uso del tamaño, el pico y las patas como elementos de clasificación de las aves
- Uso del tamaño, la cola y el pelaje para la clasificación de los mamíferos
- Preferencia en el uso del guaraní para designar a animales y plantas
- Cambio en la idea de creación única del reino animal por la de creación múltiple
- Conciencia de que sus observaciones van destinadas al rey, y a través de éste al público español

Como las restantes ideas—guía de esta relación, la fascinación de Azara ante la naturaleza americana fue aumentando a lo largo del tiempo, y mientras sus conocimientos sobre la misma van creciendo también. De su primer encuentro con ella, a su llegada a Río de Janeiro, no nos deja ninguna vivencia, salvo las imaginadas por sus biógrafos. Tampoco nos deja indicaciones acerca de su interés por la naturaleza con ocasión de su primer viaje a Río Grande, por orden del virrey, aunque en escritos muy posteriores indica que había efectuado observaciones sobre la naturaleza de la región. Pero la fascinación por naturaleza y paisaje acaba imponiéndose. El contraste entre la naturaleza tropical y la española es tan marcado que la comparación es inevitable: no solo son distintas, sino que la primera es superior a la segunda en todos los aspectos: la vegetación es más densa y productiva, los árboles más altos y verdes, los pastos más densos, la ganadería mucho mayor, las minas más grandes y lucrativas, la caza y la pesca más abundantes, los indígenas más altos, fuertes y proporcionados, etc.

La capacidad de observación y descripción va creciendo también a lo largo de los años, con un arranque brusco durante el viaje de a Asunción, en 1784. Las indicaciones sobre la fauna, la flora y el paisaje a lo largo de este viaje se van incrementando día a día, se hacen más extensas y dan lugar a reflexiones sobre aspectos generales de la ecología de la zona. Cuando comience los viajes de exploración las observaciones de este tipo se harán de modo más metódico, y acabarán plasmándose en las minuciosas descripciones de los ejemplares de aves que envía al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, y que serán el núcleo de sus escritos ornitológicos.

A pesar de la seguridad que le dan estas descripciones, forzosamente veraces porque no escribe de oídas o de lecturas, sino de lo que él mismo ha visto, también la inseguridad en sus reflexiones y generalizaciones va aumentando. La consulta de las obras de los escasos autores a los que tiene

acceso no le crea problemas, porque cree y sostiene que están equivocados cuando sus pareceres discrepan del suyo propio, pero cuando conoce por referencias, y más tarde es sus obras, a otros autores de mayor talla científica, vacila. Por supuesto, sus descripciones siguen siendo veraces, pero la interpretación que hace de ellas cada vez es menos firme, y se aprecia su inseguridad en este terreno: cada vez con mayor frecuencia va señalando su carencia de fundamentos en historia natural, suavizando sus críticas a los autores europeos, y confiando más y más en ellos.

Azara se ocupa muy poco de los invertebrados, y de entre ellos trata apenas a los insectos. Tampoco escribe mucho de los vertebrados anamniotas, es decir, de los peces, anfibios y reptiles. De las plantas, y especialmente de los árboles, se ocupa algo más, pero nunca restando protagonismo a los grupos de su interés, aves y mamíferos. Para las plantas justifica su posición porque no es botánico, pero esto es una excusa sobrevenida tras su retorno a España (aparece en la edición francesa de su obra "*Voyages Dans l'Amérique Méridionale*", publicada en 1809). Tampoco es zoólogo, y sin embargo se ocupa de zoología. Las plantas son importantes para él, como para casi todo el mundo en su tiempo, porque proporcionan alimento, madera, medicinas, o fibras textiles, y desde luego estos aspectos utilitarios eran poco tratados por los botánicos (salvo el aspecto medicinal, pues muchos botánicos eran también médicos o boticarios).

En cuanto a los invertebrados, es cierto que les dedica poca atención, y ésta circunscrita a los insectos. También aquí se excusa en su ignorancia, pero esta es hija del desinterés, que es el propio de toda la sociedad de su tiempo. Entonces, como ahora, es mucho menor el interés del público por los invertebrados o los vertebrados inferiores que por las aves y los mamíferos, únicos que, para la mayoría de la gente, merecen con pleno derecho el nombre de animales⁶².

Más tarde llevará la comparación entre los animales de Europa y de América al terreno de las especies afines a uno y otro lado del Atlántico (cerdos, liebres, perdices, etc), siempre resultando superiores las especies americanas en cada grupo. Estima que entre los carnívoros el jaguar es igual o superior al leopardo, y entre los herbívoros el tapir es comparable con el caballo. Ciertamente que no existen elefantes en América, pero existieron en otro tiempo mamíferos de gran tamaño, y aduce el ejemplo del megaterio (no lo llama por ese nombre, que no conocía) encontrado en Luján y enviado al Real Gabinete de Madrid, donde aún hoy se exhibe su esqueleto. En cuanto a

⁶²No está de más señalar que en los tiempos americanos de Azara no existía el término "invertebrados", creado por Lamarck en 1806. La obra de Historia Natural de Buffon propiamente dicha (la que pudo consultar Azara) no trata de otros animales que de las aves y los mamíferos. El resto de los vertebrados se trata en los suplementos a esta obra, escritos y publicados posteriormente por otros autores, y lo mismo ocurre con los crustáceos e insectos. Los demás invertebrados tendrán que esperar a Lamarck y Cuvier para ser objeto de tratamiento enciclopédico.

los humanos Azara da claramente la preeminencia a los aborígenes americanos. Es verdad que las comparaciones de Azara son un poco forzadas, pero dado el triste espectáculo que le ofrecían los españoles y los criollos en América (exceptuando a los conquistadores, uno de los cuales, según él, equivalía a mil criollos), no podía dejar de admirar la fuerza y resistencia de los indígenas.

En los comienzos de la conquista se plantearon algunas dudas sobre si los habitantes de América podían considerarse humanos, y concretamente si descenderían de Adán y Eva o de otra pareja humana creada de manera independiente. Esta y otras diatribas, como las ligadas a la Leyenda Negra, eran interesadas: Si los americanos no descendían de Adán y Eva no les alcanzaba el pecado original ni la redención de Cristo, que no necesitaban. En tal caso no estaba claro si podían ser cristianos, y si no lo eran podían ser sometidos a esclavitud. La polémica se zanjó muy pronto, en 1537, por la intervención del papa Paulo II con la bula *Sublimis Deis*, declarando que “. . . *todas las gentes que en el futuro llegasen al conocimiento de los cristianos, aunque vivan fuera de la fe cristiana . . . no deben ser reducidos a servidumbre . . . y deben ser invitados a abrazar la fe de Cristo a través de la predicación y con el ejemplo de una vida buena*”. Por supuesto, Azara secundó esta doctrina, y se opuso también a formas de explotación menores, como la mita o la encomienda. En cuanto a la Leyenda Negra, mantuvo una posición en parte opuesta a la misma: Según Azara ésta omitía toda referencia a los aspectos positivos de la conquista, y exageraba o aún inventaba los negativos, mientras que él consideraba sobre todo los aspectos positivos, y reconocía los negativos, pero sin exagerarlos. En todo caso su admiración por los actos heroicos de los conquistadores era muy alta.

Azara utilizó para ordenar y clasificar las especies de aves y mamíferos un sistema *sui generis*, basado en determinados caracteres morfológicos como la forma y el tamaño del cuerpo, de la cola, del pico y de las patas. La clasificación de Linneo se basaba para las aves en el pico y las patas, y en las patas y la dentición para los mamíferos. Los resultados fueron dispares, pero en ambos casos artificiales y poco adecuados para expresar las relaciones reales entre los grupos. Éstas no pudieron hacerse patentes hasta que no se estudió la anatomía interna de los animales, y para ello hubo que esperar sobre todo a los trabajos de Lamarck y Cuvier, ya en el siglo XIX. Pero Azara sí que percibió la necesidad de estudiar la anatomía comparada, y por ello pidió a Pedro Cerviño los volúmenes de la obra de Buffon que contenían las anotaciones de Daubenton sobre ese tema.

La nomenclatura guaraní de animales y plantas fue utilizada profusamente por Félix de Azara para designar los animales y plantas que describía. Tenía para ello poderosas razones. Desconocedor de la nomenclatura linneana e imposibilitado de aplicar los nombres vulgares europeos a especies que a todas luces eran diferentes, no tenía otra opción que utilizar los nombres locales. Por otra parte el guaraní, como casi todos los lenguajes indígenas de la región, poseía un copioso vocabulario aplicado a la zoología y la botánica, gracias a la intensa convivencia con la naturaleza de sus hablantes, muy dependientes de la caza y de la recolección de recursos silvestres. Era consciente de que esto le acarrearía inconvenientes en los ámbitos científicos europeos, que calificaban de bárbaros (como lo hacían los españoles y criollos de Sudamérica, incluyendo al propio Azara) a los pueblos aborígenes y a sus manifestaciones culturales. De hecho, ya lo hemos visto, esta pudo ser una de las razones que movieron a José Clavijo a ignorar el material que Azara envió al Real Gabinete de Historia Natural, si bien otros autores achacan esta situación al hecho de que dicho material llegó en mal estado (FIGUEROA, 2011).

Como la mayoría de los ilustrados españoles, Félix de Azara se consideraba y actuaba como cristiano, y ello en grado aún mayor que su hermano José Nicolás. No en vano su tío Mamés era deán de la catedral de Huesca y le había educado antes de que entrase en la carrera militar, su hermano Lorenzo desempeñó más tarde el mismo cargo, y su hermano Eustaquio llegó a ser obispo de Barcelona. Cuando fundó o trató de fundar poblaciones en la Banda Oriental lo primero que hacía era proporcionar una capilla, un sacerdote, ornamentos, imágenes y objetos sagrados. Lógicamente mantenía una estricta postura creacionista. En aquellos tiempos nadie había formulado todavía una teoría clara sobre la evolución de los seres vivos y al menos en los países cristianos casi todo el mundo creía literalmente en la explicación dada por el Génesis. Pero la estancia de Félix en América le obligó a plantearse algunas preguntas acerca del origen de las especies americanas. Sin dejar totalmente de lado el relato bíblico de la creación llegó a invocar creaciones separadas en distintos continentes. Justificaba esta postura por la necesidad de que los carnívoros contasen con alimento en el momento de su aparición, es decir, invocaba un argumento ecológico. De todos modos estas ideas no estaban totalmente desarrolladas cuando salió de América, y en su forma definitiva corresponden mejor al siglo XIX.

La ideología principal que guía los trabajos, acciones y creencias de Félix de Azara es la que le llevó a elegir la carrera de las armas. El viejo lema tradicionalista de “*Dios, Patria, Rey*” que seguían los funcionarios del Antiguo Régimen era fundamental para Azara, como lo era para todos los militares. Normalmente esta ideología se aplicaba sin problemas a sus desempeños, desde el

combate a la demarcación de límites, y desde la mejora de las fortificaciones al levantamiento de mapas. Desde luego, también a sus trabajos sobre los mamíferos y las aves del Paraguay. Todos ellos se llevaban a cabo directamente al servicio de España y de su rey. En sus diatribas contra los portugueses volcaba su enojo por las usurpaciones que sufría el país y por los españoles que las consentían. La desidia, la holgazanería, el desprecio de toda ciencia, la falta de aseo, etc, eran faltas que critica en los españoles y criollos, pero no en los portugueses, mucho más limpios y educados según él, y esta diferencia en la crítica tenía el mismo fundamento.

Cuando un determinado problema parecía tener que solucionarse en contra de uno de los tres principios básicos pero a favor de otro, Azara se veía obligado a optar por la que cree mejor solución. Un ejemplo acaba de darse al comentar la comparación entre portugueses y españoles: Azara admira a los portugueses, pero la admiración no implica que apoye sus rapiñas, pues al fin y al cabo son enemigos de la patria. Una gran parte de las cartas e informes que eleva a las autoridades se dedica a quejas de la conducta de éstos –al fin y al cabo son los responsables de que no haya podido llevar a cabo su misión principal– y a sugerencias o propuestas formales para atacarles y recobrar los territorios usurpados.

Otro ejemplo aún más claro: Azara mantiene una postura crítica hacia los jesuitas y especialmente hacia su labor civilizadora en las reducciones, postura que contrasta con la de quienes no están obligados a sostener las ideas del rey y de la corte. Sus frecuentes críticas hacia la orden –que no obstan, sin embargo para que reconozca los aciertos, la labor caritativa y los sacrificios de sus miembros– muestran una gran diferencia con la de otros autores, como Louis de Bougainville, quien durante su vuelta al mundo se detuvo en Buenos Aires, precisamente en los días en que se llevaba a cabo la expulsión de los jesuitas. Pero claro está, Azara creía a pies juntillas las justificaciones oficiales de la expulsión, procedentes de la corte y sostenidas también por José Nicolás de Azara. Era muy difícil aceptar que en muchos casos se trataba de meras calumnias. En este caso la elección entre el servicio a Dios y el servicio al rey se decide por el segundo, siempre bajo la suposición de que de paso se presta también un servicio a Dios. Esta postura se había establecido en la mente de Azara antes de llegar a América y se vio reforzada durante su estancia en el continente. Si se comenta aquí, a pesar de su aparentemente escasa relación con la historia natural, es porque influyó en sus lecturas sobre el tema, y le llevó a despreciar algunos textos dignos de mejor trato.

En fin, a la hora de juzgar las ideas y pensamientos de un personaje de otros tiempos hay que guardarse muy mucho de aplicar nuestros criterios presentes en el juicio, y aún sería mejor abstenerse de juzgar al personaje.

Bibliografía citada

AGUIRRE, J. F. de (1905-1911) Diario del capitán de fragata Don Juan Francisco de Aguirre. Anales de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, 4 y 7. Buenos Aires.

ÁLVAREZ LÓPEZ, E. (1935) Félix de Azara. Siglo XVIII. Biblioteca de la Cultura Española. Ed. M. Aguilar, Madrid.

ANGELIS, P. de (1835-1839) Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias de Río de la Plata. 6 vol. Imprenta del Estado, Buenos Aires

AZARA, F. de (1902) Apuntamientos para la Historia Natural de los Pajaros del Paraguay y Río de la Plata, 3 vols. Imprenta Viuda de Ibarra, Madrid

AZARA, F. de (1871) Viaje de Santa Fe a Asunción. In: MITRE, B. (1871) Viajes inéditos de Don Félix de Azara desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y a pueblos de Misiones. Noticia preliminar. Rev. Río de la Plata, 1. Buenos Aires.

AZARA, F. (1904) Geografía Física y Esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes. Compuesta por D. Félix de Azara, Capitán de Navío de la Real Armada el la Asunción de Paraguay. Anal. Mus. Nac. Montevideo, Sección histórico-filosófica, v. 1. Montevideo

AZARA, F. de (1998) Viajes por la América Meridional. 2 vols., Ed. El Elefante Blanco, Buenos Aires.

AZEVEDO MARQUES. M. E. de (1954) Apontamentos historicos, geograficos, biograficos, estatisticos e noticiosos da provincia de Sao Paulo. Martins Editora, Sao Paulo.

BORDA, J. C. (1787) Description et isage du cercle de reflexion, avec diferentes methodes pour calculer les observations nautiques. Imprim. Didot l'Ainé. Paris

BREZZO, L. M. (2003) Las exploraciones y los escritos del capitán de navío Juan Francisco de Aguirre en el Paraguay (1784-1796) Historia Paraguaya: Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia. v. 43. Asunción.

BREZZO, L.M. (2005) Imágenes de la periferia. Las exploraciones de Juan Francisco de Aguirre y su Historia y Geografía de las Provincias del Río de la Plata. Temas de Historia Argentina y Americana, N° 6,

CABRERA, A. (1912) Catálogo Metódico de las Colecciones de Mamíferos del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. Trabajos del Museo de Ciencias Naturales, N° 7, Madrid

CALATAYUD, M. A. (2000) Catálogo crítico de los documentos del Real Gabinete de Historia Natural (1787-1815). Monografías del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Madrid.

- CAPEL, H. (2005) El ingeniero militar Félix de Azara y la frontera americana como reto para la ciencia española. In: BALLARIN, I., CONTRERAS, J. R., y ESPAÑOL, M., *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821): un ilustrado aragonés en la última frontera Sudamericana*. Diputación Provincial de Huesca, Huesca.
- CARDOZO, E. (1934) *El Chaco y los virreyes. La cuestión paraguayo-boliviana según documentos de los archivos de Buenos Aires y de Río de Janeiro*. Imprenta Nacional, Asunción
- CHIALCHIA, A. N. y CONTRERAS, J.R., (2005) El primer contacto de Don Félix de Azara con la naturaleza del área guaraníca. In: BALLARIN, I., CONTRERAS, J. R., y ESPAÑOL, M., *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821): un ilustrado aragonés en la última frontera Sudamericana*. Diputación Provincial de Huesca, Huesca.
- CONTRERAS, J. R. (2011 a) Félix de Azara, su vida y su época. Vol. 2, *El despertar de un naturalista: la etapa paraguaya y rioplatense*. Diputación Provincial de Huesca.
- CONTRERAS, J. R. (2011 b) Félix de Azara, su vida y su época. Vol. 3, *El retorno a Europa: la tormenta y la etapa final*. Diputación Provincial de Huesca.
- FIGUEROA, M. F. (2011) En los márgenes del imperio español y de la Historia Natural: Félix de Azara colector (1787-1789). *Rev. Univ. Tucumán*, 15. Tucumán.
- GÓMEZ-PUJOL, L. (2021) *Mapes d'altri: Martí M. Boneo i Villalonga (1760-1805). Un cartògraf i explorador mallorquí a l'ombra de Félix de Azara*. In: *De la terra a la mar i de la mar a la terra. Homenatge a Antonio Rodríguez Perea*. Monogr. Soc. Hist Nat. Balears, Palma de Mallorca.
- GONZÁLEZ, J. C. (1943) *Apuntes biobibliográficos de D. Félix de Azara*. In: AZARA, F. de, *Memoria sobre el estado rural de Río de la Plata y otros informes*. Biblioteca Histórica Colonial. Ed. Bajel, Buenos Aires
- GROUSSAC, P. (1905) *Publicación de documentos relativos al Río de la Plata con introducciones y notas*. *Anales de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires*, 4
- LÓPEZ PIÑERO, J. M. (2002) *La medicina en la historia*. Ed. Esfera de los Libros, Madrid.
- MANESSE, J. (1787) *Traité ssur la manière d'empailler et de conserver les animaux, les pelleteries et les laines*. Librairie de Monsieur Guillot, Paris.
- MARIÑAS, L. 1981 *Demografía iberoamericana: Su problemática, raíces y consecuencias*. *Rev. Estudios Políticos (Nueva Época)*, N° 21, Buenos Aires.
- MARTÍNEZ JIMÉNEZ, E. (2015) *Delimitación y defensa del territorio colonial español de América del Sur. Análisis y recreación a partir del diario de D. Diego de Alvear y Ponce de León*. Tesis Doctoral. Universidad de Córdoba.
- MARTÍNEZ MARTIN, C. (2005) *Correspondencia de Félix de Azara en su comisión por tierras americanas*. In: BALLARIN, I., CONTRERAS, J. R., y ESPAÑOL, M., *Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821): un ilustrado aragonés en la última frontera Sudamericana*. Diputación Provincial de Huesca, Huesca.
- MARTÍNEZ RICA, J. P. (2008) *Las raíces de las ideas biológicas de Félix de Azara*. *Rev. Real Academia de Ciencias*. Zaragoza. 63: 101 – 164.

- MÁRTIR DE ANGLERÍA, P. (2012) *Décadas del Nuevo Mundo, vertidas del latín a la lengua castellana* por Joaquín Torres Asensio. Edición Facsimilar, Valladolid Editorial Maxtor.
- MITRE, B. (1871) Viajes inéditos de Don Fénix de Azara desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y a pueblos de Misiones. Noticia preliminar. *Rev. Río de la Plata*, 1. Buenos Aires.
- MONES, A. y KLAPPENBACH, M. A. (1997) Un ilustrado aragonés en el Virreinato Del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821). Estudios sobre su vida, su obra y su pensamiento. *Anal. Mus. Nac. Hist. Nat. Montevideo*, (2) 9.
- PAOLANTONIO, S. (2010) Estudios sobre cometas realizados desde Argentina. Ponencia en el 4° Simposio Iberoamericano de Cometas de la LIADA. Memoria de la Liga Ibero Americana De Astronomía, 2010, Santa Fe (Argentina)
- PÉREZ MARICEVICH, F. (1983) *Diccionario de Literatura Paraguaya (Primera parte)* Biblioteca de Colorados Contemporáneos, n° 7. Asunción.
- RANGLES, W.G.L., (1993) The Alleged Nautical School Founded in the Fifteenth Century at Sagres by Prince Henry of Portugal, Called the 'Navigator'. *Imago Mundi*, XLV, pp. 20-28.
- ROCA-BRUZZO, P. (2019) La escuela de Sagres: la construcción de un mito historiográfico, *Nuevas de Indias. Anuario del CEAC*, IV, pp. 81-111.
- SCHULLER, R. R. (1904) Notas bibliográficas y biográficas. In: AZARA, F. *Geografía Física y Esférica del Paraguay y Misiones Guaraníes*. *Anal. Mus. Nac. Montevideo*, Sección histórico-filosófica, v. 1. Montevideo
- SINUÉS, J. (1930) D. Félix de Azara y Perera. Refundición del texto biográfico del historiador de la casa de Azara Basilio Sebastián Castellanos de Losada, escritor de mitad del siglo XIX, y adiciones por José Sinués y Urbiola. Discurso leído en la sesión de homenaje dedicada a D. Félix de Azara y Perera, y contestación del censor de la Sociedad Marqués de Nibbiano. Ed. Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, Zaragoza.
- TAUNAY, A. de (1924) *Historia Geral das Bandeiras Paulistas (3 vols.)*. Typ. Ideal, Sao Paulo.
- THORDARSON, M. (1930) *The Vinland Voyages*. Amer. Geogr. Soc. Research Series, n° 18.
- VARELA, J. (1781) Oficio del Capitán de Navío José Varela Ulloa al Secretario de Estado, avisándole su llegada a Lisboa y las del Teniente Coronel Félix de Azara que le acompañará en la demarcación de límites en la América meridional. Biblioteca Virtual de Defensa, Mar del Sur, Caja 01, Documento 005.
- WALCKENAER, C. A., (1809) Notice de la vie et des écrits de Don Félix de Azara. In : *Voyages par l'Amérique Méridionale*. , v. 1. Imprimerie Dentu, Paris
- ZEBALLOS, E. S. (1907) Introducción a "Viajes inéditos de Azara". Manuscrito en la colección de documentos del Dr. Estanislao Zeballos, precedido de una introducción escrita por éste y anotada por Luis María Torres). *Rev. De Derecho, Historia y Letras*, 10 (28), Buenos Aires.